

AYANTA BARILLI



UNA MUJER
Y DOS GATOS

Lectulandia

La protagonista, trasunto de la propia autora, relata y desgrana una etapa de soledad, marcada por una ruptura sentimental y la marcha de sus hijos, cada uno a un destino que no puede visitar.

En el transcurso de estos meses, acompañada tan solo por sus dos gatos, la escritura se convertirá en el único acto de resistencia posible frente a la adversidad. Repasará los momentos clave de su existencia, vistos desde una óptica obligadamente distinta, en la que una mujer -que es también hija, madre y amante- se convertirá en una mentirosa.

La desobediencia será la luz que alumbrará su camino.

El tiempo se detuvo, pero las emociones siguieron impulsando las horas.

Una mujer y dos gatos.

Un grito desgarrador sobre un final, que se convierte en un principio.

Ayanta Barilli

Una mujer y dos gatos

ePub r1.0

orhi 14.02.2022

Título original: *Una mujer y dos gatos*
Ayanta Barilli, 2021

Editor digital: orhi
ePub base r2.1

Para Mauricio, Almudena, Aitana, Eva, Alejandro,
Alicia y Pep, amigos de esta pandemia y de todas las
pandemias. Las mundiales y las personales.

Para Nina y Bowie, mis dos gatos.

Para el hombre que siempre me gustó. Y al que nunca hice ni
caso.

Si quieres hacer reír a Dios,
cuéntale tus planes.

W OODY ALLEN

UN CUADERNO DE RAYAS

No he vuelto a escribir. Desde que gané un premio literario con el que siempre había soñado. Porque me han pasado muchas cosas. Y no todas buenas. Mis hijos se fueron de casa. El que fuera mi marido emigró a otra casa. Y yo me quedé sola en casa, mientras fuera se desataba una pandemia.

Ahora garabateo un cuaderno cuando todavía no ha vencido el cuarto día de confinamiento. Recuerdo bien la mañana en que lo compré en Roma. Lo vi en una librería del centro. Me gustaron sus rayas. Parecía un cuaderno de los del cole. Pensé que lo utilizaría para tomar apuntes sobre mi nueva novela. No podía suponer entonces que se convertiría en la crónica aciaga de estas semanas en las que un extraño virus ha desbaratado nuestras vidas. La mía. La de todos.

Salgo para lo imprescindible. Hacer la compra y llevársela a Aitana y a su familia, todos enfermos de coronavirus. Y para ir a la radio cada noche. Durante el programa hablo por teléfono con los oyentes. Y poco más. Nada más.

El reloj de la cocina retumba en el silencio de la casa. Nunca antes me había fijado en el ritmo del tiempo.

Lento.

Siento una soledad física enorme. Solo el agua en mi piel me acaricia y me alivia. La aparición de esta enfermedad coincide con una etapa de mi vida en la que me he quedado sola con dos gatos. Nina y Bowie.

Soy incapaz de empezar la novela. No logro concentrarme en nada. Llamadas, mensajes, algún trabajo doméstico.

Intento mantener mi ánimo en un estado aceptable. Pero no es fácil. Miro alucinada el telediario. Miles de enfermos, centenares de muertos. Y fuera, la primavera en sus inicios. Un fin del mundo de una hermosura tierna, luminosa, en flor.

Dicen que es una guerra contra un enemigo invisible. Un enemigo microscópico. Anoche vi pasar un dron por el cielo. Patas iluminadas y una voz que conminaba a la población para que no saliera de sus casas.

Me asusté. Parecía el Coronavirus en persona. Una araña voladora. Mala. Inquietante.

En cada despertar olvido, durante unos segundos, lo que está sucediendo. Es una sensación de alivio que se deshace enseguida. Un espejismo. Pero esos instantes de normalidad son felices. Una felicidad violenta, que nunca había percibido.

Hasta ahora.

MADRID, 21 DE MARZO 2020

Me he dado cuenta de que poner «Madrid» en la fecha de este cuaderno es superfluo. ¿Dónde voy a estar si no es en Madrid?

Anoche volví de la radio andando. Ya no permiten ir dos personas en coche y coger un taxi me produce una repugnancia insuperable. Eran casi las tres de la madrugada. Me acompañó mi hermana Sandra por teléfono, siempre tan divertida, aún ahora. Llama desde Roma donde nos llevan la delantera en lo que al confinamiento se refiere.

Un paseo raro el mío. No tenía miedo. Las calles estaban desiertas y los malandrines en sus casas. Difícil violar a nadie con lo que ahora llaman «la distancia social». La ciudad exhala una insólita paz. Hermosa. Épica en su silencio. Los semáforos cambian de verde a rojo, pero ya da igual porque no hay ni un coche en las grandes avenidas. Solo pasan las ambulancias. Sin sirenas. ¿Para qué ponerlas si no hay tráfico?

Camino tan rápido, envuelta en un abrigo negro que fuera de mi abuela, que me da flato. Llevaba años sin sentir ese dolor en el costado. Y enseguida me produce una alegría infantil. Recuerdo las caritas de Sandra y de mi primo Leone manchadas de chocolate, sus sonrisas de paletas grandes, con sierra.

Cuando llego a casa, me reciben los gatos. Maúllan, se restriegan contra mis piernas. Bebo un Cola Cao en esta cocina que ha visto pasar los últimos veinte años de mi vida. Luis, mis hijos pequeños. Y luego otras relaciones fallidas que intento no recordar. En todo caso, voces lejanas. Felices y tristes.

Y de nuevo la cadencia del reloj en la pared. El silencio.

NO TODAVÍA

Otro día de soledad absoluta interrumpida por decenas de llamadas telefónicas, mensajes y vídeos. Días que empiezan y acaban despacio. Y, al mismo tiempo, días en los que no alcanzo a hacer nada de lo que quiero. Días inútiles, perdidos.

Anoche me escribió alguien que fue importante en mi vida. Una carta correcta, bienintencionada. Que me vuelve a colocar en un lugar incómodo. Una vez más la mala de la historia. Pero no me siento capaz de contestarle. No deseo reabrir esa puerta, ni siquiera en estos momentos tan complejos. Parece que lo que está pasando nos tiene que llevar al perdón recíproco. Y yo no siento tal disposición. No todavía.

Cantan los pájaros. Todo sigue igual, mientras todo ha cambiado. Pienso en la semana que pasamos mi hermana Sandra y yo juntas en Madrid, antes de Navidad, y me parece que es la definición de la felicidad. Sin embargo, entonces no me di cuenta.

Me pasa lo mismo con muchos recuerdos. Recientes y antiguos.

He vivido con una falta de conciencia absoluta de mi suerte. Ahora lo entiendo.

LÁGRIMAS RADIOACTIVAS

Me he agarrado un berrinche absurdo por un problema sin ninguna importancia. Las lágrimas quemaban mi piel. Parecían radioactivas. He tenido que ponerme aloe en la cara para calmar el escozor. Después me ha llegado un vídeo de una playa de Vizcaya con un ciervo bañándose en el mar al alba. Algo increíble. Bellísimo y aterrador.

Estoy preocupada porque no consigo escribir ni una sola línea de mi novela. Como si hubiese perdido ese don. Tan valioso. Tan importante para mantener mi equilibrio emocional. Tengo la sensación de que no podré recuperarlo porque lo que sucede a mi alrededor, a nuestro alrededor, es mucho más importante que cualquier historia que pueda contar.

¿A quién le importa escribir o leer cuando el mundo ha enfermado de muerte?

Siento una presión asmática en el pecho. Un regusto a alcohol en la boca. No creo que esté enfermando. Es otra cosa. Angustia, quizá.

Me tomo un lexatin. Y no se me pasa.

PAVOS Y POLICÍAS

Hoy me despierto con la llamada de Aitana preocupada por su hijo. Tiene una forma de coronavirus con placas en la garganta. Le duelen mucho. Decido ir a comprar un antibiótico, pero en el camino me asaltan las dudas. ¿Y si es nocivo tomarlos con esta enfermedad desconocida? Hay una larga cola en la farmacia respetando la debida distancia social. Muchos viejos esperan con sus recetas. Están serios, asustados. Hace frío y viento. Pienso que debería dejarlos pasar, pero no lo hago. Estoy cansada. Vuelvo a carecer de la generosidad suficiente. Una hora después, logro alcanzar el mostrador. La farmacéutica dice que no sabe si un paciente de covid tiene que tomar antibióticos. Dice que ella a su hijo se los daría. Me da una caja a pesar de que no tengo receta. Y suelta:

—Solo faltaría que los capullos de Sanidad me hicieran una inspección por vender medicinas sin receta médica.

Me hace reír. Desde luego, solo faltaba.

De camino a casa de Aitana llamo a un médico del Niño Jesús que tengo en mi agenda por alguna entrevista. Hablo con él y me confirma que el hijo de Aitana tiene que tomarlos, pero no los que he comprado. Vuelvo a la farmacia. Otra hora de cola. Resignación total por mi parte. Observo con mucha atención todo lo que me rodea. Seriedad. Silencio. Y un par de situaciones surrealistas:

Un coche policía avanza muy despacio por la calle. Utilizan un megáfono. «¡Fuera, fuera!», dicen. No sé si se refieren a nosotros, los que estamos en fila. Pero no. Delante del vehículo hay tres o cuatro pavos reales que pasean a sus anchas. Los agentes intentan conducirlos hacia el parque. Los pavos pasan de todo.

Descubro, posado sobre un bolardo, un cofre rojo. En el centro. Pienso que un enamorado lo ha dejado ahí para un amor al que no le está permitido

ver. Hago una foto. Es bonito. Esconde una historia.
Y, quizá, un anillo.

MANZANAS, AZÚCAR Y CANELA EN RAMA

Esta mañana mi *madrastra*, que tiene casi treinta años menos que yo, me ha enviado una foto de mi padre trabajando en el nuevo periódico digital que ha fundado. Se me han saltado las lágrimas. Entre unas cosas y otras llevo dos meses sin verle. Nos queda poco tiempo para compartir. Y el confinamiento es un tiempo arrebatado a la vida. Regalado a la muerte.

Esta tarde mi hija Caterina me ha llamado para pedirme la receta de la tarta de manzana. Su favorita. Sé lo que significa para ella. Lo he vivido yo misma en otras ocasiones. Esa tarta sabe a casa, a familia, a madre. Me ha hecho ilusión.

Esta noche he tenido una larga conversación telefónica con un hombre que siempre me ha gustado. Pero al que nunca he hecho caso. De pronto, solos los dos, hemos pasado un rato agradable. No sé muy bien qué significa.

Nina y Bowie duermen conmigo. Beso sus hocicos húmedos. La compañía felina es la única posible.

Todo continúa al fin.

MISTERIOS DEL ALMA

Ayer no escribí porque tuve un día difícil. Mi alergia al alcohol se disparó. Durante estas últimas semanas en la radio me he limpiado las manos con gel hidroalcohólico, sin pensar en mi intolerancia. No puedo beber ni siquiera una copa de vino. Si lo hago, se me hinchan los ojos, la boca y la garganta. Pero no caí en la cuenta de que a través de la piel también llegaría lentamente a la sangre. Así que por la noche me dio un ataque: pecho enrojecido, piernas acorchadas y asma. Tuve que llamar al seguro médico de madrugada para que me pincharan Urbason.

Un susto, la verdad.

Y no se acabó ahí la cosa. Por la mañana, después de hacerle la compra a Aitana, volví a casa para comer y al masticar se me rompió una muela en dos.

Pánico.

Ahora cualquier percance sin importancia se convierte en un problema de primera magnitud. Llamé a mi dentista y abrió la clínica para atenderme. Me conoce desde pequeña. Un encanto de hombre. Mientras me ponían una muela provisional, con cuatro manos metidas en la boca, dos del médico y dos de la enfermera, pensé en el riesgo de contagio con esta operación.

Pero ¿qué podía hacer?

Una vez en casa, volví a sentir una ansiedad creciente, que se disparó durante la noche, al regresar de la radio. Llamé al hombre que siempre me gustó y hablamos hasta las cuatro de la mañana. Su voz acabó por tranquilizarme. No entiendo bien en qué consisten estas relaciones virtuales. Son absurdas y al mismo tiempo necesarias. Lo que hace tan solo dos semanas me habría parecido una idiotez ahora me acompaña y alivia.

Misterios del alma.

Cuando cuelgo con la oreja en llamas de tanto teléfono, pienso que quizá no consiga ver a mi hijo, ni a mis familiares y amigos italianos en muchos

meses. No podré pasar las vacaciones de verano con ellos, como suelo. Será la primera vez en mi vida que no volveré para bañarme en el mar de mi infancia.

Me siento en una trampa mortal. Esta ciudad, la radio, Madrid. Y sus calles. Irreconocibles.

Hoy me he despertado desarbolada. Las malas noticias se suceden desde primera hora. Consuelo a todo el mundo por teléfono y no encuentro consuelo para mí misma. Limpio toda la casa. Amoniaco en los pomos de la puerta, en la barandilla de las escaleras, en los interruptores. Uno a uno. Cocino por si mi estado de ánimo futuro me lo impide.

Luego me tomo un lexatin.

Al fin un poco de paz.

Duelmo una siesta sin ver el telediario de las tres. ¿Para qué? Me despierto con el mensaje de que han ingresado al padre de Marta, tiene 88 años. No le pueden ver. No pueden siquiera hablar con él.

Seguimos.

LA QUIMERA DEL ORO

Sábado. Un alivio no ir a trabajar. Abro los ojos decidida a reanudar la novela, pero, una vez más, no lo hago. Me agarro al teléfono, hablo compulsivamente. Cuando ya me he quedado sin saliva y sin palabras, hago una hora de pilates *online* mientras los gatos se cuelgan de mis piernas y me muerden la cabeza. Una cabeza llena de canas porque las peluquerías están cerradas. Decido teñirme yo sola por primera vez en mi vida. Queda perfecto. Me pregunto por qué me he gastado el dineral que me he gastado en cuestiones tan baladíes como el pelo.

Soy una pija sin remedio.

Después me lanzo a la calle para hacer la compra a Aitana.

Siguen enfermos, pero comen como limas. Sobre todo sus dos hijos adolescentes. Arrastro el carrito cargado por todo el barrio. Charlo un rato con Aitana, su marido Alejandro y sus hijos. Yo en la calle, ellos asomados por las ventanas de su chalé. Cada uno en una, hasta sumar cuatro. Parece la escena de *Belle Époque* cuando toda la familia canta desde lo alto. Surrealista. Es una manera de vernos, aunque solo sea un rato. Los noto cada día que pasa más debilitados. No sé cómo transmitirles un poco de alegría.

En el camino de vuelta a casa, me doy cuenta de que ha desaparecido la presión asmática en mi pecho. La alergia al alcohol se ha disipado al evitar el desinfectante en las manos. Aun así no me explico cómo todavía no he pillado el virus.

¿Seré asintomática?

Mi hijo Mario vive perdido en los Alpes italianos, donde regenta un albergue de alta montaña junto a su mujer. Ayer se rompió la caldera de leña que les proporciona calefacción y agua caliente. Me mandó un mensaje diciéndome que rezara para que lograra arreglarla. Recé, ¿qué más podía hacer? Al final, consiguió ponerla en marcha, no sé si por mis rezos o por sus

habilidades. Me cuenta que ya no hay nadie que les suministre la leña. Así que sale todos los días y busca troncos en los bosques nevados. Los arrastra hasta su jardín y los corta con una sierra eléctrica. Cosas de locos. Cosas de nuestros abuelos.

Todo esto me recuerda a la película de Charlot en la que su cabaña caía de pico en pico, impulsada por una tormenta de nieve. En el cine me hacía reír, sin embargo ahora se me achica el corazón.

¿Qué nos pasará?

ESTOS DÍAS AZULES Y ESTE SOL DE LA INFANCIA

Otra noche en blanco, preocupada. Mariolino, Sandra y el hombre que siempre me gustó no consiguen realizar las gestiones para pedir las ayudas gubernamentales anunciadas. Las webs y los teléfonos están saturados. Y el papeleo virtual es de máster en informática.

Llamo a Karen, la mujer que limpia en mi casa desde hace años. Ha enfermado ella también. Me dice que ha ido a la farmacia a comprar aspirinas. Le digo que no puede hacer eso, que contagiará al resto. Contesta que llevaba mascarilla y guantes. Me quedo consternada.

¿Cuánta gente saldrá a la calle en estas condiciones?

Así las cosas, este encierro no acabará nunca.

Me angustia la posibilidad de no ver a mi familia italiana. Pasarán muchos meses hasta que pueda viajar a su encuentro. Y una nostalgia sin solución se apodera de mí.

Me imagino arrastrándome por el suelo como un marine, intentando cruzar fronteras sin ser vista.

Me imagino andando por tierras de España y Francia como Antonio Machado y su familia durante la Guerra Civil.

Me imagino en una balsa atravesando el golfo de León como Robinson Crusoe.

He confinado el teléfono en otra habitación para eliminar su excesiva presencia. Lo miro solo dos veces al día. Desde luego si lo que querían era idiotizarnos con pantallas, esta vez lo han conseguido plenamente.

¿Lo que querían quiénes? Al igual que el virus, el enemigo es invisible en esta contienda.

Caterina me ha enviado un videoclip en el que baila junto a los tres amigos con los que se ha encerrado en Trijueque. Es divertido. Pero parece

como si se hubieran vuelto locos. Ellos también.

Y a propósito de locos, una vecina aplaude a todas horas, sin ton ni son. Ella sola. Mañana prometo salir para enterarme de quién es. Le preguntaré si está bien, si necesita compañía, aunque sea unos minutos asomada a la ventana.

Las ventanas han vuelto a su ser antiguo. Solo les faltan las celosías. Y Bernarda Alba denunciando a quien no respete las reglas.

Los gatos Nina y Bowie entran y salen. ¡Suerte que tienen! Pienso que han quedado con los pavos reales en el parque cerrado. Tierra virgen en pleno centro de la ciudad.

EL CUARTO VACÍO

Comienza el mes de abril con una nevada.

Ayer por la noche, al volver andando de la radio bajo la nieve, vi un pavo real, otro, que paseaba por la calle. Arrastraba su cola y miraba sorprendido a su alrededor. Ejercía de quitanieves en una avenida sin coches. Era majestuoso.

Nunca pensé que en Madrid hubiera tantos pavos.

Por la mañana me levanto decidida a lavar una alfombra blanca que tengo en el baño. La manché el otro día con el tinte de pelo. Pesa tanto que no puedo cogerla, así que la llevo escaleras abajo, dos pisos, hasta la cocina. Intento introducirla en la lavadora, pero no cabe. Acabo tirada en el suelo con la espalda apoyada en el horno y los pies dentro del tambor, haciendo palanca para empujarla hacia dentro.

Me desespera mi falta de fuerza física. Mientras suelto todo tipo de palabrotas, repaso mentalmente los hombres que han pasado por mi vida. Del primero al último. Y de la rabia consigo introducir la alfombra entera y cerrar la maldita portezuela. Una especie de parto doméstico que me deja agotada.

Unas horas después, la tiendo. Misma operación pero al revés. La arrastro escaleras arriba hasta el tendedero que está en la ventana de la habitación de Caterina. Al colgarla en las cuerdas, estoy a punto de despeñarme porque pesa más que yo.

Estos días odio entrar en el cuarto vacío de mi hija. Está frío porque he apagado la calefacción. Me recuerda a ese frío de los tanatorios, al gabinete donde colocan los ataúdes abiertos. Decido que, hasta que regrese Caterina a casa, ya no tenderé la colada fuera.

Pienso en llamar al hombre que siempre me gustó, pero no lo hago. Las relaciones con hologramas no sirven para resolver los problemas caseros.

Se pone a llover. Cuando me doy cuenta e intento retirar la alfombra de las cuerdas pesa más que nunca. Está empapada. Ahora sí que entiendo por qué me he gastado tanto dinero en teñirme el pelo en la peluquería.

Y no sigo. Basta de alfombras.

Hablo con Marta por teléfono. Su padre está mejor. Me cuenta que le sacan del hospital después de tres días de tratamiento. Tiene que volver a su casa. Pero a su casa no puede volver porque contagiaría a su mujer, que tiene ochenta y cuatro años.

¿Qué se puede hacer ante esta situación? ¿Liberan una cama para ocuparla pocas horas después con otra persona de la misma familia?

La vecina que aplaude a deshoras se arranca. Me pongo los zapatos y el abrigo a toda prisa. Salgo a la calle, pero, cuando llego frente a su fachada, ha parado.

No me atrevo a llamar al timbre.

DESDE LAS ALTURAS

Hoy es el cumpleaños de Alejandro. Recuerdo que, hace unas semanas, que parecen diez años, cuando todo lo que está pasando ahora era solo un rumor de fondo chino, charlábamos de la fiesta que íbamos a hacer para celebrarlo.

Vista la situación, han organizado una *party online* antes de comer. Me levanto y preparo una tarta de limón. Su favorita. Decido no participar en el guateque por ordenador. Estoy de todo lo *online* hasta las narices.

Me aburre. Me deprime.

Cuando la tarta se enfría, la llevo a casa de Aitana y Alejandro.

Parece rica. La he preparado con todo mi amor, pero no la comeré con ellos. ¡Qué raro!

De vuelta, alguien me llama desde las alturas. No es Dios, afortunadamente, sino un vecino que toma el sol medio desnudo en el recuadro de luz de su buhardilla. Le saludo de ventana a ventana, me grita cosas que no entiendo.

Al poco, me envía un wasap en el que escribe que se ha tomado un éxtasis. Nunca he sabido su nombre, así que le guardo en agenda como E., por éxtasis.

Este barrio es increíble.

Debería haberlo frecuentado más.

Marta ha encontrado una residencia medicalizada para su padre. No sé si es una buena o una mala noticia. Me aterra la soledad de nuestros viejos en la enfermedad. Y en la muerte.

Decido no pensar en ello.

¿RESISTIRÉ ERGUIDA FRENTE A TODO?

Resulta que ayer Aitana y Alejandro, a las ocho de la tarde, después de los aplausos, pusieron los bafles en la ventana con música tecno a todo volumen. Poco a poco, los de las casas cercanas salieron a sus patios, sacaron cervezas y anacardos, se aventuraron apenas fuera de sus cancelas, sin perder nunca la distancia social. Acabaron bailando en la acera. Una fiesta imprevista, a la desesperada, después de dos semanas de encierro. ¿O son ya tres?

Y así siguieron hasta que cayó la tarde y llegó la Policía. Aitana me envió un vídeo de los bailes espontáneos e inocuos, puesto que no ponían a nadie en peligro dadas las características de esta zona residencial, de casitas bajas y unifamiliares. Me produjo gran hilaridad.

Tengo ganas de hacer lo que nunca quise hacer. Ir a una discoteca, emborracharme, escaparme con un desconocido, acostarme a las once de la mañana.

O algo así. ¡Qué cosas!

Hoy he visto el telediario después de muchos días sin encender la televisión. Hay una serie de palabras que ya no soporto escuchar:

UCI, ERTE, IBEX, test, picos, positivos, desinfección, desbordados, recuento, protección, mascarillas, respiradores, geriátricos, urgencias, datos, batalla, fronteras, confinamiento, pandemia, curva, eficacia.

Virus. Virus. Virus. Coronavirus.

También me produce náuseas la canción *Resistiré*. Cuando salgamos de esta, espero no volver a escucharla en mi vida.

PRESIENTO QUE, TRAS LA NOCHE, VENDRÁ LA NOCHE MAS LARGA

Ha muerto Luis Eduardo Aute. Amigo, por no decir hermano, de mi padre. Padrino de mi hermana Aixa. Familia.

El pasado mes de mayo, mi padre y yo fuimos a visitarle. Vive, vivía, a dos pasos de mi casa. Estaba muy tocado por un ictus que le sobrevino al acabar un concierto. No hablaba, pero sus ojos estaban vivos, presentes. Siguió con interés la conversación de aquella tarde. Y sé que estaba feliz de vernos en ese mismo salón en el que pasamos tantas noches, juntos hasta el alba. Noches de guitarra, de ceniceros llenos, de risas. Noches de libros y poesías.

En la despedida, una despedida última de la que no quisimos ser conscientes ni mi padre ni yo, nos miró y nos dijo:

—Fernando, Ayanta.

Dos palabras que lo decían todo. No hacía falta añadir nada más.

Desaparece una generación importante. Poco a poco. Y mucho a mucho, durante estas semanas en las que hasta los funerales están prohibidos.

Siento que caigo en el precipicio de mis pesadillas. El infierno siempre estuvo a la vuelta de la esquina.

Y el paraíso, también.

SÁBANAS LIMPIAS

Ayer por la tarde sonaron las canciones de Aute a través de las ventanas de todo el barrio. Acababa una y empezaba otra. Yo seguí escribiendo estas páginas y mi novela. Lloraba y escribía.

No habrá funeral, pero su música en el aire ha sido una despedida preciosa.

A él le habría encantado. Le habría encantado.

Anoche recogí las pocas flores que han brotado en mi patio. Las até con una cinta que encontré en la caja de costura. Escribí una nota. Salí y dejé el ramillete colgado en la cancela de Aute. De la familia de Aute. Hice una foto para enviársela a mi padre.

Hoy me he despertado con una buena noticia que me ha enviado mi amigo Pep desde Barcelona, publicada por *La Vanguardia*. Habla de la posible, más que posible, inmunidad de todos los afectados. Ojalá. Esperemos.

Luego me ha llamado Marta para decirme que su padre mejora en la clínica.

Un buen comienzo. En un alarde de energía, pongo sábanas limpias, friego el suelo, practico pilates. A última hora de la mañana incluso hago, me hago, una tarta de manzana. Después le envió un mensaje al hombre que siempre me gustó:

«He cambiado las sábanas para ti».

Estoy de lo más atrevida.

LO INTENTÉ

Nunca me saqué el carné de conducir. Y eso que todos me lo dijeron mil veces.

—Aprende, no te cuesta nada. No sabes para qué te puede servir.

Lo intenté. Decenas de veces. Y el problema no eran las clases prácticas. El problema eran los test. El examen teórico. A mí me ponen delante de un test y no entiendo nada. Enloquezco. Soy incapaz de contestar a unas preguntas que reducen la vida y sus posibilidades a una ecuación irreal.

¿Qué dos tipos de animales están presentes en las señales verticales de peligros por presencia de animales?

- A. Animales domésticos y animales en libertad.
- B. Animales tropicales y animales en libertad.
- C. Animales domésticos y animales salvajes.

Recuerdo que, en el intento de demostrarme a mí misma que no era completamente imbécil, memorizaba las preguntas más absurdas y las planteaba en comidas y cenas familiares. Se organizaban unas trifulcas inacabables. ¿Cuál es la diferencia entre un animal salvaje y un animal en libertad? ¿Qué posibilidades hay de toparse con un animal tropical por la M-30? ¿Un animal tropical es siempre un animal salvaje o existen animales tropicales de compañía? En tal caso, ¿cómo los llaman? ¿Mascotas del trópico?

Para obligarme a ir a la autoescuela, decidí que lo mejor que podía hacer era comprar el coche más barato que encontrara y aparcarlo delante de casa. Verlo todos los días. Ahí plantado, a la espera de su estreno.

Al final mi coche nuevo se convirtió en el coche de los amigos, de los amantes, de los vecinos, de los hijos. Y de los novios de mis hijos. Porque nunca logré aprobar el teórico. Ni siquiera en Cuenca, donde algunos listos aseguran que está tirado.

El resultado de ver todos los días de mi vida el coche arrumbado en la acera fue que empecé a tener pesadillas recurrentes. Soñaba que sucedía algo inaplazable que me obligaba a conducir sin tener ni idea de cómo hacerlo. Los finales del sueño eran variables. Me estampaba contra una farola sin mayores daños, daba varias vueltas de campana y quedaba parálitica, mataba a alguien. Un peatón.

O un animal tropical. Según.

El caso es que hoy salgo hacia la radio y me percató de que mi coche blanco no está aparcado donde creía. ¿Cómo puede ser? ¿Lo han robado? ¿Quién, si ni siquiera los cacos andan fuera de sus casas?

Ojos de asombro encima de la mascarilla.

Doy una vuelta a la manzana en su búsqueda mientras pienso cuándo fue la última vez que se utilizó. Enseguida abandono mis pesquisas porque comienza el directo y no puedo llegar tarde al trabajo. En el trayecto me invaden pensamientos lúgubres sobre la humanidad. ¡Menudo asco! En el último año, un divorcio, el coronavirus y ahora encima roban el coche que no uso y tan rebién le viene a la comunidad de vecinos.

Al pasar por el torno de la radio lo recuerdo todo, como si el torno fuera la entrada al mundo del derecho en el que vivíamos cuando el mundo todavía no se había puesto del revés. ¡Acabáramos! Mi coche se lo llevaron mi hija y sus tres amigos para huir a Trijueque un día antes de que se decretara el estado de alarma.

¿Qué me pasa? ¿Cómo he podido olvidarlo?

Será por el confinamiento, pero mi falta de atención y memoria en estas últimas semanas es preocupante.

Por cierto, lo que no he olvidado es la respuesta correcta a la pregunta del test. Es la opción «A. Animales domésticos y animales en libertad». Una lástima, me encantaría ver animales tropicales por las carreteras. De momento, tendré que contentarme con los pavos.

En el futuro, ya se verá.

¿En el futuro? ¿Qué futuro?

SIN VENAS

Mi padre tiene por costumbre discutirlo todo. Le comento que he decidido hacerme unos análisis de sangre para determinar si tengo anticuerpos del coronavirus. Dice que no sirve de nada, que no se sabe hasta cuándo se mantiene la inmunización, que los laboratorios se enriquecen a costa de ingenuos como yo.

No he enfermado todavía, pero he tenido contacto con personas que sí han desarrollado esta gripe traidora. Amigos, compañeros de la radio, la señora de la limpieza, entrevistados...

No le hago caso a mi padre. Aunque sea una ingenua, quiero saber si estoy inmunizada o no.

Me voy andando hacia el laboratorio de análisis clínicos. Comienza a llover. Al principio, poco. Al final tengo que guarecerme bajo una marquesina y llamar un taxi. El taxista ha puesto en su vehículo una mampara muy fina que le separa del cliente. No tiene ninguna abertura. Me pregunto cómo voy a pagar. Cruzamos la Puerta de Alcalá, gris bajo la lluvia. Desierta y desolada.

Se para en medio de una gran avenida. Puesto que no hay tráfico ni se molesta en aproximar el coche al arcén. Acerca la máquina desde su lado de la mampara y me pide que apoye la tarjeta de crédito sobre el plástico duro. Funciona. Alucino.

Me siento un filete envuelto en papel film.

Subo las lujosas escaleras que conducen al laboratorio. Entro. Cola. Todos llevamos mascarilla. Aun así, los ojos sonrían. Hay una tácita complicidad entre nosotros, aunque no nos hayamos visto en la vida.

Me meten en un gabinete tan estrecho que parece ideal para contraer todo tipo de virus. Un pupitre, una silla y una mesita con agujas, probetas, alcohol y algodón. Espero con cierta aprensión. Pertenezco a ese grupo de personas

que nacieron sin venas. Nunca me las encuentran. Y la carnicería suele estar asegurada.

Entra una enfermera vestida de astronauta. Mono blanco, dos o tres pares de guantes azules enfundados uno encima del otro, gafas de buzo y visera protectora que le cubre la cara. La compadezco. Imagino el calor. Percibo su agobio. Es joven, amable. Inexperta, quizá.

Pincha varias veces mis brazos. Hurga sin sacar la aguja. Me dice que con los guantes no nota las venas. Le digo que sin guantes tampoco las va a notar. Se quita los guantes. Unta sus manos con el gel hidroalcohólico. Inmediatamente empiezan a escocerme los ojos por mi alergia. Pincha mis pies. Me mareo. Llama a otra enfermera.

Me tumban en una camilla.

La segunda enfermera consigue sacarme sangre de una mano.

Vuelvo a casa llena de esparadrapos.

Mañana me darán el resultado.

Como tenga razón mi padre y esto no sirva de nada, me pego un tiro.

DE VACACIONES

Han pasado veinticuatro horas. Entro en la web del laboratorio para ver si soy inmune. Está colapsada. Anuncian que hasta el 15 de abril no darán los resultados de la analítica. Es Semana Santa. Y se van de vacaciones, me dice una amable señorita en el teléfono de atención al cliente.

¿De vacaciones? ¿Adónde?

Observo los moratones que me han salido en los brazos y en las manos. De los pies, mejor no hablar. Parece que me los ha pisado un elefante. O un animal tropical.

¿Los elefantes son animales tropicales?

Vibra el móvil. Es mi padre, que se interesa por conocer el resultado del análisis de sangre. Le explico lo de las vacaciones y dice justo lo que ya imagino que me va a decir.

—Lo sabía. En España nunca funciona nada.

Y lo malo es que tiene razón.

GAFAS ASESINAS

Ni me acuerdo de qué hice ayer. Los días se suceden tan iguales que acaban empastándose en una masa indistinguible. Hasta el punto de que hoy, por primera vez en veinte años de directos radiofónicos, olvidé que tenía que hacer mi sección del viernes por la mañana.

Las jornadas se resumen en mi lucha por no abandonar la escritura de la novela, no acabar tirada en el sofá o hipnotizada frente al televisor.

Detesto el teléfono. Es imposible atender todas las llamadas. Y no digamos las videollamadas en las que la deformidad de los rostros aumenta todavía más la inquietud que padezco. Monstruos encerrados en casa, en eso nos hemos convertido.

El único alivio es dormir un rato. Aunque hay quien dice que dormir es el alivio de los tristes.

La vecina que aplaude sin ton ni son ya no lo hace. Esta tarde ha irrumpido una ambulancia en mi calle, que es tan estrecha que parece apta solo para bicicletas, peatones y pavos. He pensado con horror que vendría a llevarse a la vecina, de ahí su silencio. Si así fuera, su actividad frenética en lo que a los aplausos se refiere habría sido premonitoria. Aplaudía a los sanitarios que en el futuro la iban a atender. A todas horas.

Prefiero no saber si mi extraña vecina, a la que no he llegado a conocer, se ha puesto enferma. En todo caso, ole por ella y que la suerte la acompañe.

Hoy ha venido Aitana dispuesta a llevarse su carrito de la compra. Me ha traído un trozo de bizcocho. Hemos conversado un rato desde la cancela. Le he preparado un té y hemos merendado de pie. Se encuentra bien. Ella también se hará el análisis de sangre la semana que viene para determinar si está inmunizada.

Cuando se ha ido, he lavado el plato y la taza como si tuviera la lepra.

Ahora firmo ejemplares de mi libro porque una asociación de voluntarios ha montado una biblioteca en Ifema. El domingo pasarán a recogerlos. Me cuentan que también necesitan gafas. La mayor parte de los hospitalizados se fueron con lo puesto y sin gafas para leer.

Me viene a la memoria un viaje familiar que hicimos a Camboya. En un cementerio vimos un monumento a las víctimas del dictador Pol Pot. Era un cubo enorme de vidrio. En su interior había centenares de gafas. Antiguas, redondas, con patillas de alambre. Gafas de cristales partidos por el tiempo. El dictador solía asesinar a quienes llevaban gafas, no fueran a pensar demasiado.

En una de las dedicatorias al lector desconocido de mi libro, escribo:

«Haz lo que temes y el temor desaparecerá».

Es una frase de Krishnamurti que he escuchado en casa, durante toda mi infancia y juventud. Miles de veces.

Sirve un poco para todo. Y otro poco para nada.

MAÑANA

Me despierto abrazada a los gatos. Hoy tengo grandes planes.

He decidido que voy a podar las plantas de mi patio, que voy a salir a hacer una compra de comida rica, que voy a pasar a saludar a Aitana y Alejandro, que voy a escribir la novela con energía.

Me ducho, me visto, me maquillo, me perfumo. Vuelvo a ser yo. Y me sorprende mi imagen reflejada. Me había olvidado de lo que soy. De lo que era.

Bajo las escaleras canturreando y preparo un desayuno exquisito con zumo de naranjas rojas. Adoro las naranjas rojas. Le escribo al hombre que siempre me gustó y al que nunca hice caso que me encantan las naranjas rojas. Para que tome nota. Por si alguna vez tiene que subirme a la cama el desayuno en una bandeja con patitas. Nunca se sabe.

El día es perfecto. Sol y pajaritos. El sonido constante de las ambulancias a lo lejos ya ni lo oigo. Se ha convertido en la banda sonora de estas semanas. Digamos que es como si escuchara a los Pink Floyd en bucle. Así es que me olvido de este detalle. Me pongo las zapatillas de gimnasia, una chaqueta ligera. Cojo el bolso.

Abro la puerta dispuesta a todo y todo mi ímpetu se desvanece en un segundo. Nubes plúmbeas. Empieza a lloviznar. La primavera se ha vuelto a eclipsar en este invierno inacabable.

Cierro la puerta. Me quito los vaqueros, me pongo cómoda. Ya arreglaré las flores mañana, ya compraré cosas deliciosas mañana, ya saludaré a mis amigos mañana. Ya escribiré mañana.

Miro en el móvil el tiempo de mañana.

Mañana llueve.

¡Vaya!

HACHE, I, JOTA, KA, ELE, EÑE, ENE, A

Hoy es ayer, pienso al despertarme. Sin embargo, cuando empujo las persianas, compruebo con satisfacción que no llueve. Hace un día de sol espléndido. Domingo de Pascua. Recuerdo los ramos en las iglesias de mi niñez. Recuerdo los huevos duros pintados que les escondía a mis hijos en el jardín. Recuerdo este mismo olor a sol. Rico.

Me pongo a podar las plantas. Me viene a la mente... *el patio de mi casa es particular...* Planto algunos esquejes, barro las hojas secas, leo sentada en las escaleras.

Me sienta bien, me siento bien.

Más tarde charlo desde la ventana de mi buhardilla con E. Ya no está bajo los efectos del éxtasis, pero sigue siendo muy simpático y muy excéntrico. Me pregunta si quiero una pasti. Rehúso. Pero no me hace caso y me lanza una envuelta en una pelota de papel de periódico. Como era de esperar, no atina y cae en el patio. Acabo buscándola entre las frascas, muerta de risa. La dejo encima de mi escritorio. No pienso tomarla, pero nunca se sabe para qué puede servir. Es rosa y tiene un revólver pintado. ¡Qué miedo!

Alejandro, que es argentino, manda un mensaje que me resulta impropio, absurdo y, al tiempo, esperanzador.

«Venite, que prometo no tocarte. Hay pasta italiana en la terraza.»

«Vaya. Ya comí y te acabo de leer ahora. Pensaba que era broma...»

«Tía, te hacía más contestataria. Yo siempre hablo en serio.»

«No siempre hablas en serio, tío.»

Qué raro es todo. Jamás pensé recibir una invitación a comer y un éxtasis de regalo en este Domingo de Pascua coronavírico. Lo tradicional es un huevo de chocolate, no un éxtasis. Lo normal es almorzar con la familia, no con unos amigos en cuarentena. Así anda el planeta últimamente. Raro, raro.

¿Nos estamos volviendo majaras?

Hoy no he escrito nada. Tan solo esta página. Indolencia, pereza estacional. Sigue rondándome la cancioncilla absurda.

... cuando llueve se moja como todos los demás. Achipé, achipé, sentadita me quedé.

Y yo qué sé. Yo qué sé.

TIC... TAC

Acabo de recibir el resultado de la analítica. Negativo. No tengo anticuerpos. No he tenido esta gripe ni siquiera de un modo asintomático, que es la mejor manera de pasarla, aunque resulte incorrecto decirlo y me afeen la conducta los cientos de miles de hipócritas solidarios que andan sueltos en las redes, las teles y los balcones. ¿A quién no le gustaría tener veinte años y pasar esto en un achís aun a costa de pegárselo a todo quisqui sin querer?

Llueve sobre mojado. No solo porque en Madrid no para de llover, sino porque empiezo a no creermelo nada de lo que nos cuentan.

Dicen que es un virus muy contagioso y yo, que me he relacionado con decenas de personas poco antes de que enfermaran...; yo, que no he dejado de trabajar ni un solo día...; yo, que he estado en Italia las dos semanas previas a que empezara el confinamiento allá..., yo no lo he cogido.

Solo me ha faltado lamer el micrófono lleno de saliva propia y ajena con el que hago cada noche el programa de radio.

Y aun así probablemente no lo habría pillado.

Yo, yo, yo..., ya sé. Sufro un ataque de egocentrismo. Todo gira a mi alrededor. No tengo el coronavirus, pero he contraído una enfermedad que también es contagiosa. Padezco de un individualismo feroz, desconocido en mí. Hoy he escuchado una entrevista a una doctora especializada en pandemias. Decía que si no nos sentimos representados por nuestros gobernantes, se genera un individualismo peligroso.

Pues será eso lo que me pasa.

Será que no me siento representada.

A veces pienso que todo es un engaño. Que algún poder humano o divino nos ha empujado hacia esta distopía por razones incognoscibles para nosotros,

comunes mortales. Los sucesos del último mes tienen ciertas sospechosas similitudes con algunas, todavía más sospechosas, historias conspiranoicas viralizadas en redes.

¿De verdad es posible que el hombre no llegara nunca a pisar la luna?

Si eso fuera así, si realmente en los años 60 lograron tener al mundo en vilo, con la nariz apuntando a unas estrellas de papel de plata pegadas en una cartulina negra, lo de ahora sería un juego de niños en comparación. Nada más fácil que recuperar los decorados de *Hospital Central*, contratar a dos puñados de actores entre los miles que hay en el paro, obligarlos a firmar un convenio de confidencialidad bajo pena de muerte en caso de incumplimiento y disfrazarlos luego de médicos, enfermeros y pacientes. Y ya sabemos que los efectos especiales se hacen por ordenador. Si crean dinosaurios que parecen de carne y hueso, ¿cómo no van a ser capaces de generar en un laboratorio chino este comecocos lleno de bocinas al que llaman el Rey de los Virus?

Pero ¿por qué? ¿Para qué montar este circo?

Para generar una crisis pareja a la de las posguerras, enriquecerse a su costa y a nuestra costa, establecer regímenes totalitarios y, de paso, cargarse a la mitad de los ancianos del planeta evitando gastos *prescindibles* en las pensiones.

¡Basta de tonterías, Ayanta! ¡Basta! El compás del reloj de la cocina te está afectando a las meninges.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Eppur... si muove. Como dijo Galileo.

La verdad es que me habría encantado dar positivo, tener anticuerpos, por una sola razón: ir de visita a casa de Aitana y Alejandro. Y darles un abrazo. Y merendar, cenar, abrazarnos.

Pero no.

Continúa este encierro total.

La actividad más relevante de hoy ha sido que me he vuelto a teñir el pelo. Nada que ver con la vez pasada. No he manchado la alfombra del baño ni nada. Lo bueno de este #YoMeQuedoEnCasa es que he aprendido algunas nociones de peluquería fundamentales, es justo reconocerlo.

Otras cosas buenas:

1. No gasto dinero en el cine, ni en el teatro ni en restaurantes. Es decir, no gasto dinero en nada de lo que me gusta hacer.

2. Por lo tanto, ahorro sin esfuerzo por primera vez en mi vida.

3. Ya no me importa, puesto que he perdido todo tipo de apetitos. Incluidos los sexuales.

4. No malgasto el tiempo en maquillarme ni en arreglarme. Total, nadie me ve.

5. No tengo que recoger la leonera del cuarto de mi hija. Llevo un mes sin ella y no sé cuándo podrá volver a casa.

6. Leo, escribo y trabajo todo el santo día. Aprovecho cada minuto, no como antes, que vivía bajo la presión de diversas tentaciones insulsas. Y pecaminosas.

Algunas cosas malas:

1. Todo lo demás.

Resultado: 6-1. Claramente ganan las cosas buenas.

INDIGNADAS

Ayer Aitana, después de cinco semanas desde que contrajera la enfermedad, fue a hacerse los análisis de sangre para determinar si había dejado de ser contagiosa. Le cobraron veinte euros más de lo estipulado ya que decidieron subir el precio de un día para otro. Ley de la oferta y la demanda, argumentan algunos.

Indignación por su parte. Y por la mía. Como era de esperar, los laboratorios se lucran de esta situación dramática. Lo denunciemos en redes. Algunos contestan que nos está bien empleado por actuar en consonancia con nuestra situación de privilegio económico y desacatar las reglas impuestas por la Sanidad pública. Afirman que es una falta de solidaridad.

¿Solidaridad?

El Gobierno a mí me ha tipificado de «bien social» sin que yo se lo haya pedido, puesto que carezco del heroísmo necesario. Soy periodista y sigo trabajando en una situación de riesgo sin que nadie haya pensado en protegerme, nadie más que mi propia empresa, que nos ha pertrechado de guantes y mascarillas. Así es que, con vuestra venia, intento cuidarme yo sola. Sin ayudas ni subvenciones que, entiendo y definiendo, sirven para los más desfavorecidos.

Poco después de hablar con Aitana, salta la noticia de que *han* decidido prohibir los test y las analíticas en los laboratorios privados, a pesar de que estos tenían como política interna dar prioridad a las personas hospitalizadas. Algo lógico dada la situación. Pues al Gobierno no le ha parecido bien. A partir de ahora, si yo, una ciudadana libre, un «bien social», decido conocer cuál es mi estado de salud, ya no es posible.

Pero hay una cosa que no me pueden prohibir: no pueden evitar que yo piense. Que todos pensemos. Así que una pregunta insidiosa surge, brota como las flores en esta primavera lluviosa y descontaminada. ¿Cómo piensan

atajar una pandemia sin realizar pruebas masivas a la población para determinar la incidencia? ¿Pretenden mantenernos encerrados eternamente y controlados por GPS?

Si ese es el plan, y atendiendo a mi estatus *privilegiado* de «bien social», comenzaré lo que llaman la «desescalada» por mi cuenta. A costa de no ir a la moda. De no ser solidaria.

Desobediencia civil.

A las barricadas.

Oh, bella ciao.

Ciao, ciao.

INSTINTO FELINO

Comienzo la desescalada. Hoy tengo mi primera cita desde que iniciara el confinamiento. He quedado a las 11:45 de la mañana. Con un hombre. Con el hijo de mi dentista, que también es dentista. Con mi dentista.

Salgo a la calle ilusionada como una adolescente que va a su primer guateque. Me muero de ganas de ir al dentista. Lo nunca visto.

Decido dar un largo paseo hasta la consulta. Si me para la Policía, les explicaré que considero mejor ir a pie que meterme en el metro. Y si se ponen farrucos, les enseño la lengua y, de paso, mi muela averiada. Un argumento irrefutable. Creo. Espero.

Camino. Respiro. Vibra el móvil en mi bolso. No lo cojo. Las tiendas cerradas. Las aceras vacías. El verde de los árboles mojados de lluvia en mis ojos. Los rostros de mis hijos, de mi padre, me acompañan. Silenciosos.

El hijo del dentista me recibe con gafas de buzo y gorro de baño.

Me tumba en el sillón. Me dice que abra la boca. Le obedezco. Me dice que ladee la cabeza. Le obedezco. Se inclina sobre mí. Un olor agradable a espuma de afeitar. Observo el bolsillo de su bata blanca. Tiene bordadas sus iniciales en rojo:

«J. L. Prieto».

¿José Luis? ¿Juan Luis? ¿Cómo debo llamarle?

¿Doctor?

No siento dolor ninguno. Me habla. Me explica, paso a paso, todo lo que me va a hacer. Serio, profesional. Con la autoridad de quien sabe.

Las iniciales de su bolsillo indican que el mundo de ayer, el mundo del derecho, todavía está ahí. Existe. ¿Se las habrá bordado su madre? Es la primera vez que alguien me toca en mes y medio. Cierro los ojos, el ruido del torno se desvanece. Me sorprende una fantasía erótica.

Imagino que J. L. se arranca las gafas de buzo, el gorro de baño, la mascarilla y me besa como si no hubiera un mañana. Porque, ahora mismo, no hay un mañana. Solo el aquí y ahora.

—¿Aquí y ahora, doctor?

No sé cómo me atrevo a publicar estas cosas. Espero que el doctor Prieto no me lea nunca. Ni su mujer, en caso de que la tuviera. A las malas me veré obligada a cambiar de dentista.

O no, ¿quién sabe?

Cuando vuelvo a casa con mi muela reluciente, descubro que el gato Bowie se ha zampado el cable del telefonillo. Toda una advertencia. Su instinto felino le ha avisado de mis imaginaciones inconfesables hacia J. L., el dentista. Y ha decidido cortar por lo sano.

Se cree mi novio. Y no anda falto de razón.

No sé qué pensará de todo esto el hombre que siempre me gustó. Y al que nunca hice caso.

ISLA BARATARIA

Desde que la Gran Vía ha dejado de ser una opción, ya no vivo en Madrid. Me acabo de dar cuenta. Vivo en un pueblo de casas bajas, calles estrechas, dueños de perros y jazmines en las tapias. Me gusta porque es una aldea individualista como yo, en la que los pocos que aplauden lo hacen sin convicción. Un pueblo convertido en isla.

En isla Barataria.

La gata Nina está rarísima. Ella tampoco vive en Madrid, ella vive en mi cuarto, concretamente en mi cama. Baja a la cocina solo para picar algún berberecho en lata de la tienda *gourmet* de El Corte Inglés.

Es una sibarita.

Y también es una individualista.

Como mi barrio.

Como yo.

Sin embargo, hoy se pasea por todas las estancias, me sigue, más bien me persigue, deseosa de afecto. Me enseña la tripa. Diría incluso que me mira con un agradecimiento perruno. Algo del todo ajeno a su carácter. Ya se sabe que las personas, y todavía más los gatos, estamos sometidos a cambios de humor imprevisibles.

Escribo durante horas y, al caer la tarde, me percató de que el éxtasis rosa con un revólver pintado, que había dejado sobre mi escritorio, ha desaparecido. Me quedo atónita. Juro que no me lo he tomado y nadie más que yo vive en esta casa.

Lo busco.

Levanto las decenas de objetos que pueblan mi mesa. Fotos, dos pares de zapatitos infantiles de mis hijos, una bola de cristal en la que cae nieve, varias

macetas de orquídeas, un pequeño joyero semivacío, aceites esenciales, bolígrafos, fichas, apuntes.

No lo encuentro.

Acabo a cuatro patas por la habitación. Levanto la alfombra. Miro debajo de los muebles.

Nina viene a mi encuentro.

A cuatro patas nos miramos las dos.

Se restriega contra mi cara. Ronronea sospechosamente.

La miro, me mira. Sus ojos canela bizquean.

Y una idea se abre paso en mi mente perversa.

¿Se habrá comido el éxtasis?

FRÍO

Anoche me encontré con E. en la calle. Le salía música yogui de un bolsillo. Se había hecho dos trenzas en la barba blanca y andaba como trascendido. Tuvimos la clásica conversación maloliente frente a los contenedores de basura. Le conté lo de la gata Nina drogada. Le pareció graciosísimo el asunto. Al despedirnos me preguntó:

—¿Y tú por qué vas siempre tan abrigada?

Al hombre que siempre me gustó le conocí en una piscina municipal cuando teníamos doce años. Pero no le volví a ver hasta que cumplí los veinte. Yo estaba de vacaciones, él no. Yo tenía novio, él tenía novia. Así es que no le hice ni caso. Le miré, me gustó y ahí terminó la cosa. Él se casó. Yo me casé. Él tuvo varios hijos. Yo tuve a Mario y a Caterina. Yo me divorcié y me volví a casar y me volví a divorciar. Él permaneció con su mujer treinta años. Demasiados para un matrimonio infeliz.

Durante todo ese tiempo, seguí encontrándomelo. En una verbena, en un supermercado, en una plaza.

Y, una vez, en medio del mar.

El verano pasado, le vi pasar entre el gentío de una bulliciosa avenida de Madrid. Yo escribía en la terraza de un bar. Le llamé, se acercó a mi mesa. Nos abrazamos, no sé muy bien por qué. Nunca nos habíamos abrazado antes. Su camiseta olía a limpio y tenía la línea del planchado en las mangas. Una ola de deseo me dio un revolcón. Volví a caer en la silla. Se sentó a mi lado. Llevaba puestas unas gafas de sol. Pidió un café.

—Corto y con hielo, por favor.

Lo dijo de perfil y vi que tenía un ojo morado. Le quité las gafas, le aparté un mechón de pelo de la frente. Era la primera vez que estábamos solos en treinta años.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté.

—Me he separado —contestó.

Yo también, pensé, pero no tengo un ojo morado. Se tomó el café de un sorbo y se marchó. Otra vez.

Y a mí me dio frío en pleno agosto. Porque la tristeza, la incompreensión, la violencia de los finales me dan frío.

Quizá por eso vaya siempre tan abrigada.

Hoy han alargado el estado de alarma hasta el 9 de mayo. Los odio. Con todas mis fuerzas. Es oficial: no volveré a votar nunca más.

Este no es mi reino.

HAMBRE DE VIVIR

Las palabras cambian según se alarga y recrudece el confinamiento. Palabras repetidas hasta la saciedad.

Circunstancias difíciles, bulos, repuntes, fase de estabilización, inmunidad, datos, deuda, bono, desconfinamiento, déficit, desafío, desescalada, rebrote.

Palabras huera, sin corazón. Frías. Muertas.
Palabras deshabitadas.

Si yo fuera vieja, me echaría a la calle para hacer algo impropio en una vieja. Algo que, a lo largo de mi vida, jamás pensé que acabaría haciendo. Por ejemplo, colarme en el Parlamento vacío y enseñar las tetas *online* a toda España, al planeta entero. Algo por el estilo. Algo muy juvenil. Muy entusiasta.

¿Que por qué?

Para despistar al cursi y al cura que nos gobiernan y a la pandilla de intrigantes que los acompañan desde la oposición: un pijo, una doña perfecta, un *cowboy* y un independentista paranoide.

Más que nunca se hace evidente la humillación, constante y consensuada, a la que están sometidos «nuestros mayores», otra combinación de palabras estomagante. Lo más triste es que esto viene de lejos, aunque ahora los lobos nos hayamos disfrazado de corderos algodónados.

Ahora somos buenos. ¡Mira tú!

Hemos olvidado que nuestra sociedad, es decir, nosotros, ya habíamos abandonado a nuestros padres y abuelos en residencias para la «tercera edad», otra palabreja, antes de que se armara, o nos armaran, esta pandemia. Ya los teníamos encarcelados en sus domicilios, despojados de los afectos esenciales, tratados como niños y condenados a la soledad.

Por tanto, me atrevo a afirmar sin datos estadísticos en la mano que, entre el mes de febrero en el que imperaba la calma chicha y el mes de marzo en el que se vino abajo el mundo, nada, absolutamente nada, ha cambiado en nuestra actitud. Somos los mismos que ayer. Los mismos que hoy discuten si los chiquillos pueden salir de casa. Los mismos que mañana dirimirémos si los viejos podrán salir de casa.

Perdón, una cosa sí ha cambiado: en «tiempos del coronavirus», otra perla sintáctica, a los yayos les mandamos dibujitos, los obligamos a relacionarse con una pantalla, los aplaudimos a la salida del hospital.

Yo, si fuera vieja, me quedaba con lo de siempre. A mí que no me aplaudan, llegado el caso agradeceré los cuidados de los médicos y enfermeros. Pero aplausos, no, ¡qué vergüenza! Las cosas claras, que una ya no está para idioteces.

En el telediario entrevistan a una señora que vive en un geriátrico donde han muerto decenas de ancianos, víctimas de la falta de previsión de nuestro gobierno y de casi todos los gobiernos. Ella se ha salvado. Tiene noventa años. Una mata de pelo blanco, unos ojos claros, vivos. Inteligentes. El tono del joven periodista es el habitual, de una complacencia solidaria, empática, buenista, bobalicona.

—¿Cómo se llama? —interroga a la mujer mirando a cámara, la mar de mono con sus guantes y su micro envuelto en plástico.

—Evidia —contesta ella observando al periodista, con sus manos sarmentosas posadas en el regazo y cierta coquetería.

Un nombre antiguo el suyo. De otra época. Evidia. El intrépido reportero elude repetirlo, no lo ha entendido, ya ni lo recuerda. Le pregunta cuál es el truco para superar el virus sin un test, sin medicinas ni respiradores, presa en una residencia. La vieja sonríe misteriosa. Ella y solo ella ha encontrado el remedio a la pandemia. Y nos lo cuenta:

—Me lo como todo, con tal de vivir.

UN VIAJE EN GLOBO

Tal día como hoy, hace veintiocho años, me invitaron a subir en un globo aerostático. Llegué a la explanada donde estaba previsto el despegue, o como quiera llamarse lo que hace este vehículo novelesco. Era en un lugar de La Mancha cuyo nombre me gustaría recordar, pero que he olvidado por completo.

Una vez allí, me acoquiné, no me atreví a montarme en aquel endeble artilugio. Contemplé cómo alzaba el vuelo, cómo se dejaba mecer por el aire en un cielo despejado. Azul, azul. Saludé desde tierra a los pasajeros suspendidos en la barquilla de mimbre. Y posé las manos en mi vientre. Estaba embarazada de nueve meses.

Esa misma noche me puse de parto y, unas horas después, un glorioso 23 de abril del año 1992, nació Mariolino, el primero de mis vástagos. Vio la luz el Día del Libro, coincidencia que generó gran hilaridad en mi padre.

Mañana no podré celebrar tan señalada fecha ni con flores ni con libros. Ni siquiera con mi hijo. Mario y yo estamos separados por una frontera que nunca antes había existido y que ahora se ha convertido en trinchera. En una guerra emocional que libro cada día en soledad.

¿Cuándo lograré echarme en sus brazos?

Los mentideros gubernamentales susurran que hasta dentro de un año no volverá a instaurarse el tráfico aéreo entre Italia y España.

¿De verdad? ¿Y qué hago yo con mi amor? ¿Qué hago yo con esta nostalgia que devora mi pecho? ¿La mido con un test de antígenos? ¿Me aplico una vacuna para combatirla?

Pienso en Mario. La suya es una generación que ha vivido una crisis económica de envergadura y una pandemia desastrosa. Difícil en estas condiciones llevar a cabo un proyecto profesional, personal.

Me viene a la memoria una anécdota. Hace unos años, cuando mi hijo todavía era un adolescente, acudió a un concierto que se celebraba en Malasaña, un barrio canalla de Madrid. El cantante, tan joven como él, gritó a su público:

—¡Nos han robado la juventud!

Y Mario le contestó:

—¡Será a ti, gilipollas!

En su día me pareció una respuesta brillante al derrotismo institucionalizado. Al victimismo crónico del bienestar.

Hoy, ya no estoy tan segura.

Hoy, me gustaría subirme en el globo de antaño.

Viajar. Volar.

Traspassar el tiempo, posarme en la caperuza nevada del monte en el que vive Mario, Mariolino, con una tarta de velas prendidas en mis manos.

—Feliz cumpleaños, amor mío. Ya he llegado. Ya estoy aquí.

Y mirarle a los ojos.

Y troncharme de la risa.

Y esperar a que se cumplan sus deseos de un soplo.

Uno a uno. Año a año.

Y comérmelo todo, con tal de vivir para verlo.

MARCIANADAS

No hay solo malas noticias. De tanto en tanto, aparecen algunas que, sin ser buenas, resultan cómicas. Esa es la razón por la que el telediario se ha convertido para mí en una cita ineludible. Tengo vicio. Me siento frente a la tele con la ilusión y esperanza de un *hooligan* ante su equipo en los mundiales de fútbol. Y el ansiado gol acaba por llegar.

Un periodista de contrastada seriedad, siempre trajeado de gris marengo, desvela una primicia. En China y en Estados Unidos han iniciado un estudio para demostrar una teoría que, de momento, carece de evidencia científica. Es solo fruto de la observación médica en los últimos meses. Parece ser que no más del cinco por ciento de los enfermos graves son fumadores, a pesar de que el virus ataque sin piedad a los pulmones. Los informes realizados los han llevado a sospechar que la nicotina en sangre protege del covid-19. En resumen, que fumar es bueno por primera vez en la historia de la medicina.

¡Gol!

Me enciendo un cigarro y paso al siguiente suceso.

Han detectado cambios cromáticos en el tono de la piel de los pacientes que sobreviven en las unidades de cuidados intensivos debido a problemas hepáticos. Chinos que perdieron la conciencia siendo amarillos despertaron siendo negros.

¡Gol!

Ya, pero ¿también cambiaron sus ojos avellana por unos labios carnosos? ¿Y los blancos? ¿Nos despertamos verdes?

Menuda marcianada.

El periodista gris marengo suelta la bomba y nunca contesta a mis dudas. La callada por respuesta. Igual que los políticos. Deben de pertenecer a la misma familia de tarados genéticos.

Al atardecer, me ha llamado Aitana. Hablamos de nuestras cosas sentadas en el porche. Cada una en el suyo. De pronto, interrumpe la conversación para decirme que acaba de pasar una niña en bici por su calle. Nos callamos. Aitana se echa a llorar desconsolada. La escucho sollozar al otro lado de la línea. Estoy a punto de colgar y correr a su casa con mi bolsa de basura.

Una bolsa de basura llena de amor.

UNA ESTATUA DE SAL EN LAS TINIEBLAS

Antes de que el hombre al que nunca hice ni caso apareciera en el angosto horizonte telefónico como una compañía durante el confinamiento, quedamos una noche.

Sucedió el verano pasado.

Después de nuestro encuentro fortuito en Madrid, me invitó a cenar. Decliné la propuesta. No me apetecía. No quería líos. Pero al final, al cabo de una simpática insistencia por su parte, accedí. Pasó a recogerme y me llevó por una carretera oscura y serpenteante hasta un pueblo escondido de la sierra.

Cenamos, conversamos durante horas. Al salir del restaurante, en lugar de besarnos, compartimos un porro. No estaba yo para besos. Ni él para rechazos. De su moratón solo quedaba un leve rastro verdoso, enternecedor. Paseamos. Nos reímos. Y emprendimos el camino de vuelta en coche.

Música dulce. Una noche templada, sin luna. Me sentía feliz por primera vez en muchos meses. Una mujer que comenzaba una nueva etapa. Soltera, con hijos mayores. Situada, de nuevo, en la casilla inicial de un tablero lleno de promesas por cumplir. Todo estaba bien. Olvida lo malo y quédate con lo bueno que es mucho, pensaba.

Andaba perdida en estas reflexiones cuando un automóvil enorme se cruzó en la estrecha vía y nos impidió el paso. Frenamos, deslumbrados por los faros.

—No hagas nada, no digas nada. Es mi ex —me rogó sin tiempo de mayores explicaciones.

Le obedecí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La ex bajó de su cuatro por cuatro loca de rabia. Solo recuerdo que tenía unas tetas muy grandes y unos pendientes de perlas, también muy grandes. Introdujo la cabeza por la ventanilla. Y comenzó a insultarle. Él no se inmutó, siguió mirando al frente, con cara de nada. Yo pensé que, esta vez ya sí, le

sacaría un ojo. Pero, cuando estaba a punto de hacerlo, me vio a mí, que permanecía sentada al lado del conductor, como una estatua de sal en las tinieblas.

Metió medio cuerpo dentro, tetas incluidas, y me dedicó todas las palabrotas que le vinieron a la mente. Permanecí callada, empeñada en escrutar el sombrío horizonte. Hasta que dijo lo que dijo.

—¡Zorra, vuelve con tu marido!

Y entonces, sí. Entonces no lo pude evitar. No sé si fue por los efectos del cannabis, o porque pasaron delante de mí los dos últimos años de mi vida como una película mala, o qué sé yo, pero el caso es que no pude contener una carcajada honda, salvaje. Diabólica en aquel crepúsculo de principios de septiembre.

—¿Qué marido? Maridos querrás decir, guapa —le contesté con lágrimas de risa en las mejillas.

Pudo sacarle un ojo a él y matarme a mí. Pero se contuvo. Lo que hizo fue sacar las llaves del contacto de nuestro coche y llevárselas. Se piró derrapando por donde había venido. Sin un adiós.

Nos quedamos mudos unos minutos.

Después tuvimos que empujar el viejo Seat Panda tres kilómetros hasta encontrar un arcén donde dejarlo arrumbado. Sin aliento, se me ocurrió plantear una duda lógica dada la circunstancia:

—¿Crees que puede volver?

—No lo descarto.

Por suerte no volvió. Y la romántica velada acabó de la peor manera: el hombre que siempre me gustó dejó de gustarme. Volví a no hacerle ni caso.

Me envió mensajes durante meses.

Nunca contesté.

Hasta la pandemia.

MANZANAS VOLADORAS

Anoche me telefoneó Luis, el padre de mi hija. Y dijo otra de las frases que no soporto escuchar:

—Ya nada volverá a ser normal.

—¿Y eso por qué? No es la primera pandemia que sucede en el mundo.

—¿A ti te parece normal que Caterina lleve un mes y medio encerrada en Trijueque y que no la podamos ver?

—No, no me parece normal, pero volverá.

Fue imposible retomar la conversación, conducirla hacia los derroteros cariñosos por los que solemos navegar. Colgué enfadada, irritada. Y lo sentí mucho, porque agradezco sus llamadas, su presencia en mi vida.

Hoy me ha enviado un vídeo en el que descolgaba un hatillo de manzanas atado a una cuerda, desde su balcón hasta el balcón del edificio de enfrente. La complicada operación llegó a puerto, con gran alborozo del vecindario.

Me ha arrancado una sonrisa. Triste.

Siempre he valorado mucho el sentido del humor de Luis. Y lo malo es que quizá tenga razón, en cierto sentido su pequeña película es la viva imagen de lo que los charlatanes que nos rodean llaman una «nueva normalidad».

Aun así me resulta inaceptable. Que se la coman con patatas. O con reinetas. Yo me quedo con la «vieja normalidad», infinitamente más sensata y amable.

Lo peor de esta historia es el miedo. El miedo a enfermar, el miedo a salir, el miedo a vivir. El miedo a morir. Han dado en la diana, porque el miedo es la mayor fragilidad de Occidente. El miedo es un sinónimo de alarma. Es un estado de alarma. Metafórico y real.

¿En qué momento nos creímos eternos?

Solo necesito besos, abrazos, palabras de aliento.

Con guantes, mascarillas y desinfectantes, nada merece la pena.

Nada.

CINCO EUROS LA HORA

Domingo. Último domingo de encierro. Lo ha dicho nuestro presidente ayer, por sorpresa, como suele. A partir del próximo 2 de mayo podremos salir a la calle con las precauciones consabidas. La única manera que se me ocurre para celebrarlo es pasar la aspiradora.

Ponernos guapas mi casa y yo.

Repaso cada habitación, repaso cada esquina, repaso las alfombras, repaso los intersticios de los radiadores y hasta la felpa de mis pantuflas, que han sido declaradas recientemente un bien nacional e imprescindible.

Lo aspiro todo.

Los malos rollos, el enfado, la incertidumbre, la rabia, la ansiedad, el cansancio, el insomnio, la pereza, los dolores, la tristeza. La soledad.

Respiro y aspiro. Anhelo, deseo, sueño, quiero, espero.

Pretendo.

Y en esas repaso también el sofá, lleno de pelos de gatos. Levanto los cojines y noto que traga algo sólido, algo que rueda por el tubo y cae en la bolsa.

¿Qué será será?

Abro la tapa de la carcasa, rebusco, toso, estornudo y noto una cosa dura. Pequeña. Rosa. Es una pastilla. Es el éxtasis. Lo limpio. El revólver pintado ha desaparecido y está mordisqueado.

La gata Nina, ha sido la gata Nina. Lo sabía.

Me quedo sentada en el suelo, en medio de la polvareda, con la pastilla en la mano. Nina se restriega, quiere más. Le doy unos berberechos a cambio y guardo la píldora mágica en un cajón. Llama E. al timbre. Abro la puerta y le veo con un caniche marrón. Lleva un turbante en la cabeza.

—Quería saber cómo estabas.

—¿Desde cuándo tienes perro?

—No es mía, se llama Lucy y se la alquilo a la señora del número 10. Está agotada de tanto paseo a cinco euros la hora. Es la perra del barrio. ¿Te la dejo un rato?

Rehúso. Me despido. No aguanto un disparate más.

Agarro el teléfono y envío el siguiente mensaje al grupo de gentes más cercanas:

Familiares, amigos, compañeros, amantes y vecinos: inicio una cura de *detox* telefónico para desescalar la vida *online* y alcanzar la tan esperada nueva normalidad. Un apagón emocional que no durará mucho, lo suficiente para que me recupere de la tendinitis en la mano derecha y el soplo al corazón que me ha ocasionado este #YoMeQuedoEnCasa. Volveré, os lo juro. Solo os pido que no os apelotonéis frente a mi cancela para abrazarme. No me seáis insolidarios. Todo mi amor, que es mucho.

Si ha de ser silencio, sea.

AL MARGEN DE LA LEY

Como era de esperar, la alarma estatal se ha convertido en paranoia social. Una dolencia psicológica de muy mal pronóstico que ataca de forma «asimétrica», aunque masiva, a la población. Dicen que la ansiedad de hoy será la depresión de mañana. Y contra ella no hay retrovirales ni mascarillas que valgan.

Recibo un correo de mi padre. Mi hermanito Akela, de ocho años, ha enfermado tras la primera salida del domingo y después de dos meses de confinamiento. Tiene fiebre y diarrea. Puede ser una forma infantil de coronavirus gravísima. «Desconocida hasta el momento», me escribe.

Interrumpo mi aislamiento telefónico. Le llamo. Está indignado, considera una temeridad que los niños vuelvan a la calle. Le han llevado a urgencias. Hay que esperar.

Esperamos.

Al cabo de un rato, me comunica que el pediatra ha dicho que tiene una gastroenteritis debida probablemente al bajón inmunológico ocasionado por el encierro. No le hacen ninguna prueba y le dan a la madre de la criatura un informe que prescribe aislamiento por posible caso de covid-19 sin diagnosticar.

Y así, de cuarentena en cuarentena, al niño le saldrá bigote.

Lo curioso es que en el telediario el periodista trajeado de gris marengo, célebre por su seriedad, acaba de dar la noticia, avalada por el ministro de Sanidad, célebre por su ambigüedad, de que en España se les están realizando test de forma sistemática a todos los menores que presenten dicha sintomatología.

A todos menos a mi hermano, por lo que se ve.

Más mentiras.

Más preguntas.

¿Moriremos por patinar al aire libre? ¿Por acariciar a un perro? ¿Por comernos una piruleta sin guantes?

Indefensión ante esta «nueva normalidad» en la que la superstición campa a sus anchas. Aun así, el diagnóstico de mi hermano es un alivio, porque una ya no piensa como antes. A una la han convencido de que los médicos *online*, los médicos a dos metros, los médicos sin medios son los dioses modernos de la era poscorona que se nos viene encima.

Adivinos a los que venerar y obedecer.

Tienen caperuza y bola de cristal.

Están hechos de polvo de estrellas.

Cuelgo. Vuelvo a apagar el teléfono. Vuelven a cantar los pájaros.

Una de las cosas que más me ha sorprendido de esta etapa es la docilidad de mis amigos. No ha habido escapadas nocturnas, apariciones inesperadas, reuniones secretas, risas ahogadas, abrazos prohibidos.

No hemos aprovechado para vivir al margen de la ley, cuando la ley es un sinsentido, ni siquiera dos horas en dos meses.

¡Qué aguante! ¡Qué tesón! ¡Qué paciencia!

¡Qué coñazo!

Y ¡qué buena gente!

NO HAY NADIE

Tengo la sensación de que me han subido a una noria de la que es imposible bajar. Desde hace un tiempo, que se me antoja ya infinito, ando suspendida por los aires en un cestillo, al borde del abismo. Lo veo todo desde las alturas. Un paisaje verde, florido, inasible. Lejano.

Durante este vuelo obligatorio en redondo, encaramada a una atracción de feria que viaja por el limbo, lo único que se me permite es hablar por teléfono. Aquí arriba la cobertura es inmejorable, hay que reconocerlo. Abarca el mundo entero. Lo único molesto es la brisa que, en ocasiones, se convierte en viento. En vendaval.

En huracán.

Test no habrá, pero de gigas andamos sobrados.

Contacto con mi familia italiana y me entero de que mi tía Carlotta, una madre para mí, no se encuentra bien desde hace demasiados días. Temperatura, malestar, desgana. Tiene ochenta y cuatro años. Vive en Roma. Le hacen unos análisis de sangre que arrojan unos resultados desastrosos. Tan solo tres meses atrás la habrían ingresado de inmediato. Sin embargo, ahora su médico-adivino de cabecera le receta por WhatsApp aspirinas y reposo. La prueba no se la han hecho, total ¿para qué malgastarla en una anciana?

Una de dos: o son más rácanos que el tío Gilito o los famosos test en realidad no existen. Nunca existieron.

¿Serán solo bastoncillos para las orejas?

Carlotta no se queja, acepta de buen grado la prescripción, se fía de su doctor. No escucha mis dudas, no acepta mis consejos, ni siquiera mi ayuda económica para acudir a una clínica privada y hacerse, qué menos, una radiografía de tórax.

Impotencia.

Vértigo.

Y la noria da una vuelta más, se para en el punto más alto con un chirrido metálico y un bamboleo que me retuercen las tripas. No me atrevo a mirar hacia abajo. Agarro la barandilla de mi góndola, respiro, abro los ojos, y descubro aterrada el panorama.

Políticos, periodistas, enfermeros, peluqueros, comerciantes. Niños, jóvenes, viejos. Gentes. Y yo misma. Al fondo. Pequeños insectos sobre el verde tapete que hormigueamos de un lado para otro, chillándole a un móvil. Locos, perdidos. Sin rumbo.

Una lágrima resbala por mi mejilla. Cae por el éter. Se evapora antes de tocar tierra.

Saludo. Nadie me ve.

Grito. Nadie me oye.

Lloro. Nadie me consuela.

Socorro. ¿Hay alguien ahí?

ABRÓCHENSE LOS CINTURONES

Siento un deseo imperioso de adelantar esta película.

Por agobiante. Por aburrida.

Pulso el mando y contemplo cómo avanzan las imágenes.

Mis pasos en la noche de camino a la radio, la redacción desierta, el micrófono envuelto en papel film, los guantes de goma que intentan pasar la página del guion, las llamadas de los oyentes. Mis pasos en la noche de vuelta, el semáforo en rojo que ya no importa, las conversaciones a las tres de la mañana con el hombre que siempre..., los gatos enroscados sobre el edredón y yo enroscada en los gatos a la espera del sueño, los despertares lluviosos, los desayunos solitarios, las flores de mi patio, el teléfono, el ordenador, el telediario, los breves paseos con la basura. Y de nuevo mis pasos, callados en la noche.

Días idénticos. Días insulsos.

Fotogramas que transcurren rápidos, pero que vivo en ralentí.

Mantengo pulsado el mando a distancia.

Aparece mi futuro.

Stop. *Play*.

Vuelve a ser primavera. Una primavera como las de antes. Como las de siempre. El hombre que siempre me gustó toma un avión. Espera una maleta que no llega nunca. Sube a un autobús amarillo atestado de gente. Tarda en llegar más de lo previsto por el tráfico. Se pierde. Me llama. Salgo a su encuentro. Le descubro al otro lado de la calle. El disco ámbar me impide cruzar. Nos miramos a la espera del verde. Viene hacia mí. Me abraza en la acera, a la salida de un colegio. Niños de cartera y merienda que huelen a lápiz nos envuelven. Mi mejilla en su pecho. Sus manos en mi pelo. Nos besamos por primera vez, un beso que no termina ni al cerrar la verja de la

escuela. Vamos a mi casa sin saber de qué hablar. Entramos y subo las escaleras corriendo, me tiro en la cama, huyen los gatos. Le escucho. Sube despacio, un crujido a cada paso.

Entra en la habitación con la misma sonrisa que he imaginado sin verla miles de veces, millones de veces, a lo largo de estos meses. De este año.

Saltamontes en el plexo solar.

«Ven, ven», le digo.

Se sienta en el borde del colchón, se quita los zapatos.

Gira el rostro hacia mí.

Aprieto el botón de pausa. Congelo la imagen.

CASI CASI

Lo único que permanece intacto es la fantasía.

Las «medidas de alivio social» que desgranó el ministro de Sanidad en la rueda de prensa de ayer parecen redactadas por un guionista americano de alta comedia.

Nos las explica con su habitual paternalismo, pero olvida avisarnos de que tomemos apuntes para no meter la gamba mañana, cuando inauguraremos la tan esperada fase 0. Adolece el hombre de unas parafilias comunes entre la clase política: le apasiona ser el centro de atención, generar el desconcierto absoluto a su alrededor y postergar el abordaje de cuestiones fundamentales, creo yo, ante la amenaza pandémica.

Por ejemplo:

¿Cuáles serán las «medidas de alivio sexual»?

No sabe, no contesta.

De follar, ni hablamos.

Redacto una guía personal para abordar la fase 0.

1. De 6:00 a 10:00 y de 20:00 a 23:00 todos a hacer gimnasia para recuperar la línea perdida durante el encarcelamiento. En dicha franja horaria solo se podrá correr y brincar. También montar a caballo.

En ningún caso caminar.

2. De 10:00 a 12:00 y de 19:00 a 20:00 se permite salir de paseo a los mayores de setenta años. A estos les recomiendan evitar la práctica de la hípica y el salto en largo.

No vaya a ser que los de Traumatología también sufran un colapso.

3. De 12:00 a 19:00 será el turno de los menores. Pelota en solitario, patinete y bici. Prohibido el pilla-pilla y los mordiscos y los lametones y los

picos en la boca. Tampoco se pueden intercambiar caramelos chupados. Ni mocos.

Cabe subrayar que es un horario ideal para la conciliación familiar.

4. De 10:00 a 21:00 es lícito salir en busca de alimentos. A cualquier edad y como sea. A pie, en silla de ruedas, en monociclo o subido a lomos de las manadas de jabalíes y pavos reales que pueblan nuestras calles y aceras.

De momento, y a la espera de nuevo aviso, se mantiene la trasnochada convicción de que cuando uno tiene hambre, come.

En cuanto al famoso tema de los viajes internacionales que me tiene obsesionada, el ministro del Interior opina que se podrán realizar «más antes que después».

Yo ya con eso me quedo mucho más tranquila. ¡Dónde va a parar! Me siento muy aliviada por las medidas de alivio. «Más antes que después.» Nunca olvidaré esta gran frase.

En señal de gratitud, convoco a las miles de familias y a los miles de amantes que están separados, desterrados, alejados, exiliados, desgajados, deshechos y jodidos por una frontera, a aplaudir a las 5:45. Único horario de actividades lúdicas que queda.

No se quejen, ya saben que a quien madruga...

Mi hijo Mario me envía este mensaje desde el pico de su montaña:

«Si logro volver a España en avión, bien. Y si no, ya he mirado el recorrido a pie, atravesando los Alpes. Tardaría más o menos un mes. Tampoco tanto. Sería una aventura increíble y tú podrías esperarme en Madrid. Casi casi me apetece».

A mí casi casi no me apetece. Pero quizá, «más antes que después», me llegue a apetecer. ¿Quién sabe?

CALDERILLA EN LA CARTERA

Pocos días antes de que comenzara el confinamiento, me ocurrió un fenómeno paranormal. Desperté una mañana con la peregrina idea de cambiar mi vida. Bajo el agua de la ducha decidí que la manera de inaugurar una nueva etapa era desprenderme de aquellos objetos que marcaban el devenir de mi laberíntico pasado sentimental.

Sufro el complejo de Elizabeth Taylor, que se casó tropecientas veces y cada vez con peor fortuna.

Así es que saqué las alhajas que guardaba en un joyero, metí en una bolsa de plástico el exiguo botín y me dirigí a una tienda de Compro oro, dispuesta a venderlo todo.

Al entrar, noté un ambiente raro, vagamente ilegal. Un viejo mafioso sentado en una butaca y la hija del mafioso al otro lado del mostrador. Ambos con cara de pocos amigos. Desplegué el alijo, lo pesaron y me dieron a cambio unos quinientos euros que guardé en mi cartera sin dar las gracias.

Salí de allí, subí a un autobús, volví a casa. Y continué mi acción psicomágica tirando fotos, cartas, más recuerdos. Me sentí ligera. Joven. Poderosa.

Luego escribí y escribí y escribí.

A última hora de la tarde fui al supermercado a comprar vituallas. Mientras paseaba con el carrito entre torres de tetrabriks, pensé en qué hacer con el inesperado parné. Comprarle un capricho a mi hija, invitar a cenar a mis amigas, viajar a Italia. Celebrar como fuera mi definitiva renuncia a los apegos materiales y espirituales que me habían acompañado.

Me puse a la cola, sonreí al dependiente, abrí la cremallera del monedero, pregunté cuánto le debía. Y me quedé atónita, con el corazón desbocado, cuando vi lo que vi. La cartera estaba vacía. Negra, limpia, hueca. Lo único que quedaba dentro eran mi carné de identidad y la tarjeta de crédito. Intactos.

Busqué el dinero sin ningún resultado. Bolsos, bolsillos, basura. Nada. Repasé mentalmente mis pasos y gestos a lo largo del día. Llamé a mi padre, a Aitana, a Almudena, a Caterina, a Pep. A quien quisiera escucharme. Era inexplicable. ¿Me lo habían robado? ¿Lo había perdido?

Me maldije.

Por la noche, en la vigilia que precede al sueño, de pronto me vino una imagen que contestó a mis preguntas. Yo en el autobús rebuscaba calderilla en la cartera para abonar el trayecto. Saqué el fajo de billetes recién percibido a cambio de mis abalorios. Lo posé en un asiento vacío. Y me marché. Sin más. Porque no lo quería, porque no era mío, porque era de otros. Un acto fallido que olvidé de inmediato y que supuso un alivio inconsciente. Liberador.

¡Dios mío, qué mal estoy!

Cerré los ojos en la cama. Imaginé a un pasajero que descubre el fajo, que mira de un lado a otro, que esconde aquel regalo, que observa pasar los árboles y los coches por la ventanilla con una sonrisa. Incrédulo todavía, agradecido al destino y a su suerte.

Una suerte que también es la mía.

Todo encaja, siempre.

Igual que estos cincuenta días de silencio.

Línea divisoria que separa el antes del después.

El principio del fin, por fin.

Ahora solo queda descubrir su significado.

NESSUN DORMA

A la hora en la que nos sacan de paseo, la gente pasea.

Sin embargo, yo duermo.

Y E. se sube al tejado. Al alba. Saluda al sol sentado en calzoncillos, con las piernas cruzadas sobre las tejas. La larga barba canosa bañada en el oro de las primeras luces del día.

Desde la claraboya abierta de su buhardilla se expande una música sobrenatural. Violines lejanos que toman fuerza y acaban rompiendo en una melodía desgarradora, apasionada. Épica. Una voz poderosa brota en un aria que me arranca de las profundidades del sueño.

Nessun dorma.

«Nadie duerma», advierte el tenor.

Me levanto de la cama desnuda. Empujo el tragaluz y veo a E. frente a mí. Con los ojos cerrados, encaramado en el punto más alto del barrio, dirige una orquesta imaginaria. Y canta. En *playback*.

¡Disípate, oh, noche!

¡Ocultaos, estrellas!

¡Al amanecer venceré!

¡Venceré! ¡Venceré!

Aplaudo.

Esta vez sí. Con todas mis fuerzas.

MI PIERNA IZQUIERDA

Gran día. Hoy he ido a la peluquería.

Con burka, eso sí, pero he ido.

María, la simpática peluquera de mi barrio, acaba de abrir después de dos meses de vacaciones obligatorias y anda indignada con las medidas impuestas por Sanidad.

Me las enumera removiendo un mejunje con olor a amoníaco en una bacinilla. Sus gestos traslucen un cierto nerviosismo, rayano en la histeria.

No le permiten ofrecer batas a los clientes. Ni secarles el pelo con toalla. Tampoco puede maquillarse, y mucho menos llevar abalorios.

—No se vaya a quedar el puto virus, con perdón, columpiándose en los aretes de mis orejas, ¿entiendes?

Y para colmo, su cuidado cabello, motivo de orgullo profesional, debe esconderlo bajo un triste gorro de ducha.

La pobre María anda desmelenada.

—Cosa que no puede ser buena para las clientas —observa con razón.

Me ofrece gel hidroalcohólico, le digo que no, gracias. Me anima a meter mi bolso en una bolsa de basura que ata cuidadosamente para evitar que salten los bacilos a la manera de los piojos, el bicho más temido de este negocio. Pertrechada de un fumigador, desinfecta la butaca en la que debo sentarme. Me acomodo con las manos en alto, sin tocar nada, pero los vapores antisépticos me producen un ataque de asma. Corro hacia el exterior. Toso. Estornudo. Vuelvo a toser agazapada en una esquina de la calle mientras los paseantes me fulminan con la mirada.

«¡Perdón! ¡Perdón! Tranquilos, que no es el corona, es solo el ébola», me entran ganas de gritarles.

Vuelvo a entrar.

María me tiñe, me lava. Me seca con un rollo de papel. Armándose de paciencia, elimina uno a uno los confetis blancos que se me han quedado pegados en el pelo mojado. Descubro que ha manchado mi camiseta favorita con la tintura indeleble que pringaba mi cabeza. Intenta limpiármela con un algodón impregnado de disolvente y la salpicadura se convierte en churrete y, finalmente, en lamparón. Se desespera. Para quitarle hierro al asunto, le comento que, la próxima vez, me traeré un quimono de casa. Le pido una revista, me informa de que también las han abolido.

—¿Por contagiosas?

—No. Por cotillas.

Pasamos a la cabina. Me tumba. Su teléfono no cesa de sonar mientras tira con rabia del vello de mis ingles, tan largo como los de un marinero neozelandés después de atravesar los mares del Sur. Ahogo mis gritos de dolor para no interrumpir las dramáticas conversaciones ajenas.

Una señora se ha cortado la coleta con las tijeras de la cocina. Otra se ha hecho mechas por su cuenta y ha quedado como una cebra. Otro se ha pasado la maquinilla de afeitar por el cráneo y lleva tres noches sin dormir debido al escozor.

—Ponte *aftershave* y vente dentro de tres semanas, antes no tengo hueco —le contesta arrancando sin mirar una banda depilatoria de mi pantorrilla.

Observo a María, la simpática peluquera de mi barrio, con cierta inquietud. Los guantes se le han quedado pegados a la cera, la mascarilla se le ha subido hasta los ojos y el gorro lo lleva entre los dientes.

—Lista, cariño —concluye.

Ha olvidado depilar mi pierna izquierda. No se lo hago notar, no quiero darle otro disgusto. Me dispongo a pagar con mi pata peluda, mi mancha en la camiseta y mi bolso metido en una bolsa de basura.

Pero cuando voy a teclear el pin, lo he olvidado.

Demasiado tiempo sin usarlo.

—Te pago en metálico, ¿vale?

—No, querida, a partir de hoy el dinero lo han prohibido.

TODO ESTÁ EN LOS LIBROS

Mi padre tiene una casa en un pueblo.

Una casa que es fortín, ciudadela y universo.

Su universo.

Un dédalo de habitaciones con tatamis y futones, un baño turco y otro japonés, un futbolín en el recibidor, un tigre de yeso en la buhardilla, un arpa birmana frente a la chimenea, un ataúd abierto en su despacho, un jardín con gigantescas cabezas de budas entre los juncos. Una pagoda para la ceremonia del té.

Y una bandera pirata en la terraza.

Sostienen sus cimientos ciento veinte mil libros.

Es una casa de muros de piedra sin paredes a la vista.

Solo libros y más libros.

Entre los numerosos proyectos descabellados que pueblan la mente de mi padre, igual de excéntricos que su hogar, hay uno que veo cada vez más necesario.

Pertenece a sus últimas voluntades.

Quiere que, al morir, le enterremos bajo una gran pirámide, construida con los miles de volúmenes que ha acumulado a lo largo de su existencia.

Sostiene que con la lluvia, el viento y el sol fraguarán en una masa indistinguible de textos que le elevarán al olimpo de los escritores.

En los últimos años, durante las interminables sobremesas de verano, matábamos las moscas y el tiempo haciendo planos del faraónico proyecto.

Porque, para él, todo está en los libros. La vida y la muerte.

Sin embargo, para el ministro de Cultura, compinchado con el de Sanidad, nada está en los libros. Ni la vida ni la muerte.

El dislate de la semana es que han abierto las librerías, con un retraso de casi un mes en relación con los países vecinos, pero han prohibido que los

toquemos. Consideran peligrosa la inocua actividad de pasear entre las estanterías, leer las contracubiertas, ojear las primeras páginas, oler las ilustraciones.

Ver sin tocar.

Toda una metáfora de nuestros días.

Ante la ofensa perpetua de quienes nos gobiernan, tengo ganas de enterrarme viva con mi padre, bajo la sombra protectora de la pirámide, en un sepulcro que es un templo.

Y leer lo que otros nos contaron.

Acariciar las palabras. Letra a letra. Las redondas, las chatas y las picudas. Con todos sus puntos y sus comas. Mordisquearlas, chuparlas, lamerlas, absorberlas, beberlas. Comérmelas todas.

Y morir, al fin, enferma de amor.

SOY UNA IRRESPONSABLE

Me ha llamado mi amiga Mercedes para contarme una historia que sabía me iba a entusiasmar. Resulta que unos conocidos suyos, tres italianos con unas situaciones familiares difíciles, se han subido a un coche, han atravesado España y Francia, y han llegado a Milán.

Así, sin más.

Nadie los ha parado en su huida.

Ni la Policía, ni las cámaras, ni los drones.

Increíble.

Los imagino abrazados el uno a su vieja madre y los otros dos a sus hijos, y me entran ganas de llorar. Bien por ellos. Me alegro de que hayan conseguido burlar el control sentimental al que estamos sometidos.

Apoyo la desobediencia por causas justificadas. Y los motivos del corazón lo son. Siempre lo han sido.

Animada por el éxito ajeno, le digo por teléfono a mi hija Caterina que, si la cosa con la tía Carlotta se pone fea, yo me voy a Roma. Como sea.

—Nos vamos a Roma —subraya convencida.

Lo malo es que ninguna de las dos sabemos conducir.

Lo bueno es que caigo en la cuenta de que soy más libre de lo que pensaba. He cometido el error de creer lo que me han querido enseñar en la tele el periodista trajeado de gris marengo y sus cómplices. Y no digo que esa realidad no exista, digo que también hay otras que ni siquiera veo, porque las pocas veces que he sacado el hocico de mi madriguera, me he quedado cegada por la luz de un sol que ya no toca mi piel.

Salgo decidida a hacer algo ilícito. Lo que sea. Me asomo a la cancela de Alicia, vecina y amiga. Mira a un lado y al otro. Me deja pasar. Arrastramos dos sillas a un lugar del patio fuera de la vista vecinal. No vayan a denunciarnos desde sus balcones. Nos sentamos a dos metros de distancia.

Cuchicheamos muertas de risa. Aparece su hijo adolescente. Me planta dos besos, uno por cada mes de confinamiento. Como si nada hubiera pasado en estos dos meses. Me quedo sorprendida y agradecida por el gesto inocente, juvenil.

Alicia y yo despotricamos un rato. Después me voy.

Vuelvo a casa con la sensación de ser una terrorista.

Le cuento a Aitana por teléfono todo lo que he hecho y pensado.

Me dice que soy una irresponsable.

Llevo sesenta días encerrada sola. Sesenta días preocupándome por todos. Sesenta días con la vista fija en una pantalla partida. Sesenta días yendo a trabajar con miedo. Sesenta días comportándome como un bien social. Sesenta días sin dormir, sin comer, sin tocar.

Y sesenta días con unas fantasías cada vez más sospechosas. Sueño que pido, y me conceden, la nacionalidad sueca para pirarme de aquí y no volver hasta el año que viene.

Rezo, menuda maldad, para que el virus ataque a toda la clase política, levemente, levemente, y se queden un rato calladitos en sus domicilios.

Imagino un disfraz perfecto de jabalí para cruzar los Alpes a cuatro patas y plantarme en el pico nevado de mi hijo.

Es verdad, soy una irresponsable.

41

YO CONFIESO

Me he convertido en una delincuente.

Todo lo que pienso y deseo es ilegal.

ALCACHOFAS POR LOS CIELOS

Paseo con Aitana por las callejuelas atestadas de gentes con guantes y mascarillas que simulan ser deportistas. Me cuenta que ha tenido una bronca descomunal con su hija adolescente. Ha dicho cosas de las que está muy arrepentida, en un arrebató sin precedentes en su historial familiar. Cuando la discusión amaina, se pone a cocinar. Enfurecida prepara unas alcachofas. Las mete en el horno.

Y el horno explota. Como una bomba.

Se esparcen miles de cristales por la cocina.

Padre, madre e hijos observan atónitos el panorama.

Ya no hay motivos para pelearse.

Aquello es la casa de los espíritus confinados.

¿Cuándo volveremos a ser personas?

LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ

Al anochecer llaman al timbre. Me asusto. Es un sonido inusual. Incluso antiguo, tal y como se han puesto las cosas.

—¡Voy! ¡Voy! —grito mientras me pinto los labios a toda prisa para no desaprovechar la ocasión de recibir a un ser humano.

Abro la puerta con una sonrisa a lo Doris Day cuando cocinaba tartas de cerezas en su chalé color salmón.

Y no creo lo que ven mis ojos.

Es Caterina, mi hija. Ha regresado por sorpresa, después de dos meses bloqueada en Trijueque.

Me desmorono.

La estrecho en mis brazos como quien se aferra a un tronco salvador flotando en medio del océano al cabo de un naufragio.

Es el primer abrazo desde que comenzara esta pesadilla. Percibo la consistencia prieta de su cuerpo, la calidez templada de su piel, la textura carnosa de sus labios.

En mis mejillas, en mi frente, en la punta de la nariz.

Me besa toda la cara como cuando era pequeña. Un gesto olvidado que me devuelve a la vida. Que obra el milagro tan esperado durante estas semanas de soledad.

Dejo de ser puro espíritu, recupero mi cuerpo.

Vuelvo a ser yo.

Sin amor, no soy nada.

Soy nadie.

Cierro la puerta con las lágrimas de Escarlata cuando se la llevó el viento.

Porque, después de todo, mañana será otro día.

NI RASTRO DE MÍ

¡Qué razón tenía yo ayer! En efecto, hoy es otro día.

Y mañana será pasado mañana, y pasado mañana será otro pasado pasado pasado mañana igual al primero. Un futuro que ya no corre en línea recta, sino que rueda en redondo.

El tiempo convertido en recuerdo y nostalgia.

En dolor y ausencia.

Han prorrogado el estado de alarma dos semanas más.

Y Madrid se quedará en la fase 0 dos semanas más.

A mí ya me da igual. Creo que sufro lo que los psicólogos llaman el «síndrome de la cabaña». No me apetece salir de casa.

Y no porque tenga miedo de enfermarse, sino porque no tengo ganas de pasear, de hablar, de reír.

A mi padre le veo por Instagram, a mi hijo le veo por FaceTime, a mis amigos los veo por Zoom, a mis compañeros los veo por Twitter, a mis oyentes los veo por Facebook.

A los políticos los veo por Movistar.

Y al hombre que siempre me gustó ni le veo. Solo escucho su voz en el altavoz del WhatsApp.

Vivo en directo una vida en diferido.

Y, de vez en cuando, me hago un selfi para corroborar que sigo aquí.

Temo que, cualquier día, me engulla la wifi.

Y no quede rastro de mí.

Tan solo estas páginas.

CHOCOLATE CON ALMENDRAS

El telediario ya no es lo que era.

Me lo han cambiado.

Ahora parece un publisreportaje turístico de los años 70.

Una película de los Ozores en Benidorm.

Desde que la mitad del país ha pasado a la fase 1, solo se ven imágenes de gentes sentadas en chiringuitos de la Costa del Sol silbando la banda sonora de *Verano azul*. Han abandonado el *Resistiré* por hartazgo nacional. Y emocional.

La nueva normalidad tiene un punto *vintage* que mola.

Nos devuelve a la época del destape.

Volvemos a ser igual de pobres y enternecedores.

Mi periodista favorito, al que llamo familiarmente Gris Marengo, ya no permanece de pie mientras da las noticias. Le han vuelto a sentar. Este sencillo cambio coreográfico, inocuo en apariencia, indica una relajación en los ademanes militarizados de los últimos meses. Nosotros también podemos dejar de ver la tele arrodillados y pidiendo perdón por respirar. Gris Marengo nos anima incluso a volver a las iglesias, aunque hayan prohibido el agua bendita y la hostia la tengamos que recibir en la mano previamente desinfectada.

De abrir el pico a la espera del pan de Dios, nada.

Y a la espera de un beso, menos.

Para quienes no les apetezca acudir a los lugares de culto, a los infieles como yo, siempre nos quedan las *raves* en los coches. Un divertimento sin igual que acaban de estrenar con enorme éxito, parece ser.

Los reportajes optimistas se suceden hasta que comienzan las crónicas internacionales. Con un primer plano de Angela Merkel dan por terminadas las sonrisas.

Pasamos del destape al despelote.

Y del despelote al desplome.

Gris Marengo vuelve a ponerse en pie y desgrana la caída de todos los índices posibles, y yo aprovecho mi total ignorancia en cuestiones económicas para arrastrarme hasta la cocina y agarrar una tableta de chocolate con almendras.

Regreso a mi puesto de vigía telemático.

Como colofón de las desdichas monetarias llegan las trolas soviéticas, un género tan radioactivo como Chernóbil.

La de ayer me dejó loca.

En Rusia la atención hospitalaria es muy deficiente. El personal sanitario ha empezado a abandonar sus puestos de trabajo debido al miedo y al agotamiento. Algunos médicos disidentes denuncian la dramática situación en redes. Y esos mismos médicos se despeñan, qué fatalidad, por la ventana. Los métodos rusos, desde los zares, pasando por el comunismo y hasta Putin, siempre han sido de lo más eficaces.

En todo caso, menuda les ha caído a los sanitarios. Aquí no los empujan por la ventana, pero permiten que enfermen y mueran debido a la falta de material. Una manera muy democrática de lavarse las manos.

El broche de oro llega al final, cuando ya me he zampado media tableta sin masticar. Chupo mis dedos desmadejada en el sofá mientras escucho el testimonio aterrador de familiares que han perdido a sus mayores en las residencias. Deciden iniciar una querrela conjunta en la que acusan al Gobierno y a la presidenta de la Comunidad de homicidio por imprudencia.

Casi 6000 ancianos fallecidos tan solo en Madrid.

Los datos son devastadores.

Se acaba el telediario. Apago la televisión. Gris Marengo vuelve a su casa. Yo me quedo en la mía. Contemplo la pantalla oscura. Y de pronto me sobreviene una tristeza cósmica.

Me da pena todo el mundo, las víctimas y los verdugos. Los que aciertan y los que se equivocan. Los que no pueden hacer nada y los que hacen más de la cuenta. Los médicos, los políticos, los periodistas, los hijos, los padres. Los niños.

Los vivos, los muertos.

Y los ratones de laboratorio.

Engullo el último cuadrado. Dicen que la feniletilamina que contiene el chocolate ayuda a evitar los cambios de humor y es muy bueno en caso de brotes psicóticos.

Propongo que lo distribuyan gratis en las farmacias, junto a las mascarillas.

No se me ocurre otra cosa.

BIGOTES

Ahora la que me he peleado con mi hija Caterina soy yo.

Y el horno no ha explotado. Solo mi cabeza.

La razón: una cuestión doméstica sin importancia.

Pero la realidad, mi realidad, es otra. Más honda.

Ya no quiero servir a los demás. Ni a hijos ni a maridos.

He dedicado más de media vida a limpiar, cocinar, consolar, acompañar, escuchar, ayudar. Tuve a Mario con veintitrés años y a Caterina con veintinueve y me he casado dos veces. Eso significa que he pasado treinta años ocupándome del prójimo.

Creo que es suficiente.

Creo que es un insulto a mi inteligencia continuar así.

Ahora quiero dedicarme a mí misma.

Me habría gustado nacer hombre. Y no lo digo como una reivindicación feminista. Lo digo como una verdad indiscutible: los hombres nacen con tiempo, las mujeres no. Y yo necesito tiempo. Tiempo para leer, para escribir, para pensar.

Porque sí. Porque yo lo valgo.

Estoy dispuesta a renunciar a todos los supuestos privilegios de mi sexo con tal de alcanzar mis sueños tardíos. Y si para ello es necesario tener bigotes, pues me los dejo crecer.

A propósito de bigotes, he olvidado contar que a la gata Nina se los han cortado. ¡Qué crueldad! Sospecho que han sido los niños de al lado. Tres pequeños salvajes confinados.

La pobre minina anda como borracha. La han dejado sin antenas para calcular las distancias. Las sociales y las personales. Nos enroscamos la una en la otra, igual de despeluchadas, igual de desorientadas. Y pensamos con cariño en Caterina, que también es mujer. Y tampoco tiene bigote.

Todavía.

LATIDOS

Aitana viene a casa sin avisar. Le acaban de dar los resultados de los análisis. Ha desarrollado anticuerpos, ya no es contagiosa. Tenemos permiso para abrazarnos. Al principio, de pie en el salón. Después en el diván. La estrecho en mis brazos como si fuera una niña. Lloro como si fuera pequeña. Una Pulgarcita diminuta.

—¡Qué rápido te va el corazón! —me susurra entre hipidos.

Va rápido, sí. Cada latido es un día, una hora, un segundo de estas semanas interminables. Inolvidables.

Cenamos juntas como antes, pero ya no es antes, es ahora. Y el ahora, aunque me cueste admitirlo, tiene una tonalidad diferente.

Opaca.

Así de turbia dirijo mis pasos hacia la radio. Me siento en el estudio, saludo a la productora y al técnico, que me miran inexpresivos con sus mascarillas, envuelvo el micro en plástico y pienso que no tiene ningún sentido alimentar esta relación virtual con el hombre que siempre me gustó. Decido que le tengo que dejar.

¿Dejar? ¡Qué idea absurda! Pero si nunca estuvimos juntos...

Termino el directo y le llamo. Son las tres de la mañana. Le cuento mis aviesas intenciones. Me escucha sin interrumpirme. Cuando acabo mi perorata solo queda un silencio telefónico. Incómodo. Oigo el tintineo de un vaso, el chasquido del mechero, el humo que sale de su boca.

Y el consabido tictac del reloj de mi cocina.

—Buenas noches —me dice.

«Soy idiota», me digo.

UN LUNES PERPETUO

Un San Isidro sin tontas, sin listas, sin santas. Sin toros. Sin hijos, sin familia, sin amantes.

Y sin sol.

Un día de fiesta que no es fiesta, porque se han acabado las fiestas. Y si se han acabado las fiestas es porque han dejado de existir los días de la semana. Da igual que sea miércoles o viernes, sábado o jueves. Ahora un domingo triste bien podría pasar por un martes lluvioso y un sábado entusiasta por un lunes aburrido. Los días de la semana han perdido sus texturas, sus colores, sus sabores.

Se han derretido como los relojes de Dalí.

Que siempre me parecieron horripilantes.

Ya nadie me dice aquello que detestaba:

«¿Cómo estás?»

«De lunes.»

No lo podía soportar. Me parecía la contestación de los mediocres vencidos por su propia vulgaridad.

Sin embargo, ahora todos estamos «de lunes». Un lunes perpetuo. Ni la esperanza de las vacaciones estivales nos han dejado. Con la implantación de la cuarentena se inaugura la prohibición de viajar. Me han condenado a la incertidumbre infame de no saber cuándo podré ver a mi hijo, cuándo podré cuidar de mi vieja tía, cuándo podré esconder la cara en el cuello de mi hermana.

Me siento una emigrante sin papeles.

Y sin patera.

¿Habrà en Internet un tutorial sobre cómo construir una patera?

Lo hay. Increíble. No me lo esperaba.

Me imagino subida a una de ellas, abrazada a mi hija, apretujadas entre desconocidos, con la piel fría de viento, las pestañas tiesas de sal y los ojos llorosos de mar.

Un mar de lágrimas.

Saladas. Tóxicas.

Y un único pensamiento.

Tierra. Tierra.

DEJADME CANTAR

¡Tierra a la vista! ¡Tierra a la vista!

Caterina y yo saludamos felices.

Los pasajeros improvisados de la patera, también. Decenas de manos que se agitan en el aire. El inestable cayuco zozobra en el mar revuelto. Subimos y descendemos por montañas líquidas, sin cresta. Paredes de agua oscura que se hinchan y abren sus fauces como un monstruoso animal marino dispuesto a engullirnos. Cuando acaba una, empieza la siguiente. Pero al fondo, muy cerca, ya se divisa la costa.

Línea larga de arena clara.

Polvo de piedra preciosa bajo el sol.

Un hombre del sur, moreno, de boca grande y surcos verticales en la piel, se pone en pie. Mira al frente y comienza una canción que es un himno:

—*Lasciatemi cantare con la chitarra in mano, lasciatemi cantare una canzone piano, piano.*

Y *piano piano*, con atención de no volcar la barquita, nos levantamos todos. Y cantamos todos:

—*Lasciatemi cantare perché ne sono fiero. Sono un italiano. Un italiano vero.*

Y nos tiramos vestidas. Caterina y yo braceamos juntas. Nos atragantamos de pura alegría. Porque unos metros más allá, en la playa, vemos a la tía Carlotta. Con el pelo blanco, esponjoso, envuelta en un abrigo más grande que ella. A su lado está mi primo Leone y mi hermana Sandra, que también cantan porque son muy italianos. Mi hijo Mario no puede esperar más y corre, nada, hacia nosotras. Sin siquiera quitarse los zapatos. Y nos ayuda a salir.

Más atrás, medio escondido, espera el hombre que siempre me gustó.

Y los besos del después saben a sal.

Saben a gloria.

Todo esto para dejar constancia de que hoy han confirmado que Italia reabrirá el 3 de junio sus fronteras con la Unión Europea sin necesidad de cuarentena.

CHIRIMIRI

E. ha cambiado el turbante por un gorro de ducha transparente. Aunque, en lugar de llevarlo en la cabeza, se lo pone en la cara, a modo de mascarilla total. Pasea de esta guisa. Y yo le acompaño un tanto avergonzada y otro tanto divertida.

Hemos ido a un pinar que está cerca del barrio y que no conocíamos. Un parque asilvestrado que han olvidado cerrar. Huele a tormenta, a pinocha, a fango.

Bajo los árboles, una tienda de campaña y una cuerda con ropa tendida atada entre dos troncos. Un humilde centro cultural cerrado, un huerto urbano abandonado. Grupos dispersos de muchachos con rastas y sin ellas, sentados en los respaldos de los bancos fumando marihuana. Flores de plástico descoloridas atadas con alambre oxidado a una valla de maderas cruzadas, sobre la que se apoya el esqueleto de una bicicleta pintada de blanco. En memoria de un ciclista sin nombre, muerto a saber cómo.

E. y yo alcanzamos sin aliento el punto más alto de la loma.

—Por fin algo de horizonte —me dice con un suspiro.

Delante de nosotros, edificios que son colmenas, ríos que son carreteras, bichos que son coches.

Detrás de nosotros, el muro lleno de grafitis del cementerio de la Almudena. Colinas de lápidas, nichos y cruces con más flores de mentira.

Una lluvia fina, indecisa, de sol entre las nubes, despliega un arcoíris sobre el camposanto.

Un fin del mundo a dos pasos de casa.

A dos pasos de él y de mí.

E. me pone sobre los hombros su parca con capucha. Y se quita el gorro del rostro. Mira hacia el cielo. Deja que las gotas le laven la cara.

Envío un mensaje al hombre que siempre me gustó. Contesta enseguida.

«Otro domingo por la mañana sin ti.»
«Espero que sea el último.»
Nada sirve, pero todo ayuda.

EL LEGADO

A mí lo que me pasa es que no soporto que me cambien nada. Me gusta que todo permanezca igual. A veces incluso lo malo. Por eso mi madre me llamaba *la bambina antica*, la niña antigua. No por antigua, sino por conservadora.

Este rasgo de mi carácter hace que las mudanzas del tiempo me estremezcan y que ande siempre alternando la nostalgia de lo que perdí con la melancolía de lo que ni siquiera viví.

O sea, una permanente insatisfacción

Un desastre sin solución.

Uno de los efectos indeseables de mi zozobra es que padezco el prurito, la exigencia, de convertirme en la heredera universal de mi familia. Y no me refiero al dinero, porque el dinero me importa un bledo, sino al legado emocional, intelectual, trascendental de quienes me preceden. Si mi abuela tenía por costumbre hacer tal cosa, o mi padre tiene tal otra, mi deber es mantenerla viva. Debo evitar que deje de hacerse, que caiga en el olvido. Que muera.

El resultado de esta fijación es que no paro de trabajar.

De sol a sol. Y de lunes a domingo.

Soy una coleccionista de la memoria.

Casas, libros, tartas, jardines, pueblos, ciudades, mares, países, paisajes, viajes, gentes, diarios, novelas, fotografías, objetos.

Y zapatitos infantiles. En las estanterías. En mi escritorio.

Unas botitas de cordón, dos pares de zapatillas de pana, unos zapatos de flamenco con sus lunares, unas sandalias rosas tan pequeñas que no tienen número.

Me recuerdan las medidas de mis hijos.

Las medidas de todas las cosas.

Y me muero de pena.

Y de alegría.

Un batiburrillo inagotable de sentimientos exacerbados, y más estos días que nos han puesto del revés. No ando con los pies, sino con las manos. Se me ha bajado la sangre a la cabeza, tengo los brazos entumecidos, las piernas por los aires y las faldas a la altura de los ojos.

Mantener el equilibrio no es una tarea fácil.

Pero nadie dijo nunca que fuera fácil.

Esa también es nuestra herencia.

«Ya somos el olvido que seremos.»

Lo escribió Borges.

Y yo no me lo creo.

PAÑUELOS AL VIENTO

Planeo mi verano.

En un arrebatado de entusiasmo, simulando una normalidad que no existe, compro un billete de ida y vuelta para irme a mi pueblo italiano durante el mes de agosto.

Se lo comunico a mi familia.

Mi hermana Sandra me contesta:

«Iremos todos a recogerte al puerto de Génova con banderitas y confetis, como en la película de Frank Capra».

Se refiere a *Un gangster para un milagro*, en la que una mendiga vende manzanas de la suerte a un malhechor y resulta que el malhechor se convierte en la manzana de la suerte de la mendiga. Una parábola clásica del mejor cine americano.

Mi hermana y yo la veíamos en una tele tan vieja que transformaba el color en blanco y negro. De manera que las milagrosas manzanas, en las manos trémulas de Bette Davis, no eran rojas, sino grises.

Sin embargo, nunca hubo unas frutas más coloradas.

Y nunca lloramos tanto y tan bien.

El esperado reencuentro entre la pordiosera convertida en dama y la hija hecha mujer, en medio del gentío de un bullicioso puerto jaspeado de pañuelos al viento, nos demostraba que la vida podía ser hermosa.

Debía ser hermosa.

Sandra, maga de las palabras, ha conseguido condensar todo esto en una sola frase. Una frase que no me ha enviado por teléfono como podría parecer. ¡Qué va! No es su estilo.

En realidad, la ha escrito en un papel que ha enrollado en una botella con tapón de corcho que ha lanzado al mar.

Al mar de nuestra infancia.

La botella ha cruzado el Mediterráneo, ha cruzado el tiempo, ha llegado hasta mí.

Y al destaparla, un humo que olía a final feliz, me ha hecho sonreír.

Eso es una hermana.

Y lo demás son tonterías.

KAFKA Y YO

Yo tenía una abuela con los ojos tan azules y el pelo tan rubio que no parecía de la familia. La quería mucho porque pensaba que la habían adoptado, y que ella no lo sabía.

Se llamaba Elena y era la mujer más buena que he conocido.

Iba a misa cada domingo, aunque más que católica se consideraba franciscana. Razón por la cual afirmaba que todos los animalitos eran animalitos de Dios.

Una enseñanza que he observado religiosamente hasta ayer.

Cada madrugada salgo de la radio y me encamino hacia casa. Un paseo de apenas diez minutos que me resulta agradable para acabar el día. Especialmente cuando hace bueno y me vuelvo a creer joven y pienso que un amor me espera al otro lado de la cama.

Sin embargo, a las tres de la mañana de hoy, lo único que hacía es mucho calor. Ni me creía joven ni me esperaba un amor. Y encima a cada paso espantaba un batallón de cucarachas.

Nada me produce mayor espanto.

Sudores, mareos, alucinaciones.

Yo a las cucarachas no las veo como animalitos de Dios, sino más bien como alimañas del diablo. Soy incapaz de matarlas. Huyo de ellas y prefiero dormir en un hotel, o en el sofá de algún amigo, con tal de evitar cualquier confrontación.

Pero anoche..., ay, anoche. Anoche tenía yo una mala noche, lo reconozco. Que si la prórroga del estado de alarma, la obligatoriedad de las mascarillas en la calle, la parcelación de las playas, los dos metros de distancia en las piscinas, el avatar de uno mismo en las tiendas para probarse la ropa, la confirmación de que España se niega a abrir las fronteras sin

cuarentena y alguna que otra noticia más consiguieron que anduviera como descabezada.

Salí del trabajo hecha una pena. Y por primera vez, en lugar de achantarme ante el vagabundeo insulso de los insectos acharolados, en cuyo brillante caparazón se reflejaban las farolas, empecé a perseguirlos.

Loca de rabia.

Y a aplastarlos.

Loca de alegría.

Un plan sádico que mi abuelita reprobaría.

Y que solo Tarantino entendería.

A cada crujido bajo mis sandalias, una risa salvaje en el alma.

En esas estaba yo cuando me paró la Policía.

Interrumpí mi actividad homicida de inmediato.

Les enseñé el carné de prensa.

Me dedicaron una larga mirada entre sospechosa y lastimera.

Les sonreí con cara de Abeja Maya mientras notaba cómo una cucaracha correteaba entre mis dedos y luego se colaba por debajo del arco del pie, en un cosquilleo aterrador.

Disimulé con un rictus demoníaco.

Me despedí de la pareja de picoletos.

Y pisé fuerte el suelo.

El insidioso insecto estalló en la planta de mi pie.

Entonces el cielo negro de nubes blancas se partió en dos y aparecieron en la brecha los dos luceros azules de mi abuela. Una luz divina me iluminó cuando su voz retumbó en la soledad de la calle confinada.

—Los animalitos son animalitos de Dios.

—¿Todos todos, abuelita?

—Todos todos, hija.

Alcancé mi casa muy arrepentida por mi maldad. Me metí en la cama exhausta y enseguida llegó el gato Bowie con pinta de felino orgulloso. Saltó a mi vera.

Traía un regalo para su dueña, que soy yo.

Me puse las gafas.

Entre sus fauces bigotudas aprisionaba una cucaracha parda.

Todavía movía las patitas.

MEMORIAS DE ÁFRICA

Cuando cumplí los doce nos trasladamos a Nairobi. No vivíamos en una granja a los pies de las colinas del Ngong, como Karen Blixen. La nuestra era una casa más a lo Gerald Durrell, porque en una ocasión se coló un rinoceronte en el jardín.

Y porque mi familia era una extraña familia.

En las noches claras se recortaba en el cielo la caperuza siempre nevada del Kilimanjaro. Quedaba suspendida en lo negro como una luna más. Así que, desde mi cama, veía dos lunas.

Una redonda, que era un satélite.

Otra picuda, que era una montaña.

Que parecía la tapa de la cáscara de un huevo.

En aquellos días africanos me ponía el despertador a las cuatro de la mañana. Saltaba por la ventana de mi cuarto en camisón, me tumbaba en la hierba y cumplía la promesa de mirar la bóveda celeste al tiempo que él.

Él era un muchacho que había conocido en una piscina municipal, justo una semana antes de irme a vivir a África con mi padre.

Me lo presentaron Aitana y Almudena, mis dos amigas del alma, y, acto seguido, me bisbisearon una cosa al oído que despertó mi interés.

—Es huérfano como tú —dijo Aitana.

—Bueno, peor que tú, porque a él se le han muerto los dos de golpe —especificó Almudena.

—¿Cómo de golpe? —pregunté sin dejar de mirarle, con una flecha clavada en mi corazón.

—Entiéndeme, quien dice de golpe, dice uno tras otro —remató Aitana.

«¡Y sigue vivo, qué tío valiente!», pensé.

Aquella tarde, sentados en el borde de la alberca con los pies en el agua y el sol vencido en la espalda, nos lo contamos todo. Sin silencios ni medias

verdades.

Un par de veces se rozaron nuestras rodillas raspadas de asfalto. Una vez él rompió a reír y una gota minúscula de saliva quedó prendida en el vello de mi antebrazo. Luego cayó a la piscina la goma de pelo con la que yo andaba jugueteando.

Él se zambulló de inmediato al rescate y cuando emergió del agua la dejó sobre mi muslo con un manotazo. Tomó impulso para volver a sentarse a mi lado y el charco humedeció mi bañador. Al final quedamos callados, incapaces de añadir nada más al relato de nuestras vidas.

Pocos días más tarde me subí a un avión con el sabor de un primer y único beso en mis labios. Y el compromiso de contemplar las estrellas a la misma hora.

Cuál sería mi sorpresa cuando descubrí que en ese lejano país ni la hora era la misma ni las estrellas tampoco. No había carro, cazo, Osa Mayor. Dos hemisferios nos separaban. El norte y el sur.

El muchacho huérfano de la alberca era el hombre que siempre me gustó. Y al que nunca hice ni caso.

Tan poco caso le hice que, para paliar la distancia, decidí enviarle una carta al director de Iberia explicándole que tenía doce años y que me había enamorado. Le pedía que me regalara un billete de avión para reencontrarme con mi novio.

En el sobre puse un sello para España; en el remite la casa en la que se colaban rinocerontes, y como única dirección un nombre: «Director de Iberia».

Nadie me contestó.

Imagino que nunca llegó.

Ahora, casi cuarenta años después, de nuevo, lo único que se me ocurre para volver a ver al muchacho de la piscina, al hombre que siempre me gustó, es escribirle una carta al presidente del Gobierno.

Espero tener más suerte.

HILO Y AGUJA

Estimado presidente del Gobierno:

Le escribo esta carta porque estoy enamorada.

No de usted, descuide. Sino de un hombre al que llevo una eternidad esperando. Y al que ahora no consigo ver porque trabaja en otro país.

Nos persigue una maldición: cuando él llega, yo me voy. Y cuando yo me voy, él llega. Entre las pandemias personales y las mundiales, nunca logramos que coincidan nuestras intenciones. Cada vez que parece que sí, que ya sí, luego resulta que no, que ahora no. Que luego, quizá.

Y así, a lo tonto, se nos va a pasar el arroz.

Si es que no se nos ha pasado ya.

Entiendo que usted cree que tiene otros asuntos más importantes en los que pensar. Pero se equivoca. Porque este problema mío no es solo mío. Sino de todo el país. Del mundo entero.

¡Que tenemos el corazón *partío*, presidente!

Hágase cargo. Y cumpla con su promesa de cuidarnos.

Coja hilo y aguja. Y póngase a coser.

A cada puntada, una madre y un hijo juntos.

Un hombre y una mujer juntos.

O dos hombres, dos mujeres, y hasta tres y cuatro. Juntos.

Y para que no se pinche el dedo, le presto un dedal.

Porque no quiero su sangre. Solo quiero una fecha.

¿Cuándo podré verle?

¿Cuándo?

OJOS DE CANICA

—*Dimmi quando tu verrai, dimmi quando, quando, quando... l'anno, il giorno e l'ora in cui, forse tu mi bacerai...*

Me he despertado muy temprano. Y muy cantarina. Atuso las flores, distribuyo las trampas para cucarachas en mi patio. Los gatos Nina y Bowie me observan con ojos de canica tumbados al sol como tigres.

—*Cada momento esperaré, hasta cuándo, cuándo, cuándo... de repente te veré...*

Hojeo el periódico sentada entre jazmines. Una foto llama mi atención: un plano cenital de una extensa pradera en la que han dibujado grandes círculos blancos, a dos metros de distancia el uno del otro. En el interior de los círculos, familias o grupos de amigos tumbados en el césped. Cada uno en su burbuja pintada.

—*Dime cuándo tú vendrás, dime cuándo, cuándo, cuándo... y besándome dirás: no te dejaré jamás.*

Dime cuándo olvidaré todas estas tonterías. Dime ¿cuándo, cuándo, cuándo?

Tarareo. Y me cabreo.

Cierro el cuaderno. Silbo a E.

Me saluda desde el tejado.

—¿Subes?

—¿Con mascarilla?

—Sin mascarilla.

Subo. Me acomodo a su lado, sobre las tejas calientes de sol.

Aquí arriba huele a cielo.

A libertad.

Y todo vuelve a ser normal.

EL MODERNO PROMETEO

Escribo sobre mis miedos para ahuyentarlos.

Sin embargo, a menudo, cada vez más a menudo, tengo la impresión de que el resultado es el inverso. De que al soñarlos y al novelarlos, acaban por suceder. Porque nada de lo que sale de mi pluma es del todo mentira o del todo verdad. Mis personajes son personas de carne y hueso, troceados y recosidos. Un picadillo de seres humanos que se cruzaron en mi camino y dejaron una huella, una muesca, un chispazo. Una estela.

Si los mato en la ficción, quizá mueran en la realidad. Pienso.

Y me lo pienso dos veces, claro. No vaya a ser.

La semana pasada relaté mi llegada a un puerto italiano jaspeado de pañuelos.

Algo improbable.

Y esta semana he llamado a una compañía naviera para navegar hasta Roma.

Algo probable.

Porque mi tía Carlotta ha empeorado.

Jamás pensé que me vería obligada a semejante viaje, pero el tráfico aéreo sigue paralizado, las fronteras cerradas y la única manera de abrazarla, de cuidarla, de acompañarla es embarcándome.

Veintidós horas de travesía, mareada de angustia.

Me preocupa que prohíban incluso el transporte marítimo. En tal caso, lo de la patera que conté algunas páginas atrás también se haría realidad.

Ya lo veo, me veo. Y no quiero verme.

De ahora en adelante evitaré apuntar aquí mis temores ya que, si pasara lo que presiento, si lo de mi tía no tuviera cura, tiraría este cuaderno por la borda.

Y dejaría de escribir.

¿Tendré la mala suerte de Mary Shelley? Una noche de tormenta y lumbre prendida, la escritora les contó a unos amigos una historia de terror. Aquello empezó como un juego y acabó en un libro. Mary alumbró a Frankenstein. Y su criatura la persiguió siempre, para bien y para mal. Le brindó el éxito literario, pero la convirtió en una desgraciada. Muchos de los sucesos trágicos relatados en las páginas de su novela le ocurrieron luego en su vida.

Que no me pase eso a mí...

Borro, borro todo lo anotado.

Y reescribo: a Carlotta no le va a ocurrir nada, no tendré que subirme a un cayuco y mi hermana no me lanzará confetis en un muelle ventoso.

Porque, a partir de este momento, ya no escribiré para ahuyentar mis miedos, sino para atrapar mis deseos.

Lo juro.

ME IRÉ, AMIGOS MÍOS

No lo he conseguido. No he podido vencer mis peores presagios con los verbos mágicos de este dietario. Carlotta está muy mal. Me lo acaba de decir mi primo. Por teléfono. Ha sido una conversación tranquila, prudente. Llena de amor.

Se me va una segunda madre. La primera murió cuando tenía nueve años. La segunda está a punto de marcharse. Y el dolor es doble, porque nunca he logrado que cicatrizaran mis heridas.

Quería irme de vacaciones con ella, quería llevarla de viaje, quería comprarle regalos, quería hablarle de mis hijos, quería agarrarla del brazo, quería verla conducir por las calles de Roma, quería comer sus buñuelos de manzana.

Quería quererla.

Eso quería. Quererla. Agradecerle todo lo que me ha dado. Lo que nos ha dado. Sin ella, sin su inteligencia, su rabia y su energía yo no sería quien soy. Somos lo que otros fueron. Los llevamos dentro. Tan dentro que olvidamos que es de ellos lo que creemos nuestro.

Así que me iré, amigos míos. Me iré remando en mi patera. O me tiraré al mar y llegaré a nado. Y me da igual lo que digan los que mandan. Nada ni nadie va a impedírmelo. Porque solo yo mando en mi corazón.

Necesito despedirme de ella.

Despedirme de mí.

AGUA HELADA

Cuando no se puede hacer nada más que esperar, mis pensamientos recorren caminos sinuosos. Evoco a los vivos y a los muertos, y aparecen bajo una luz arenosa, antigua. Los contemplo fascinada, como si pertenecieran a la vida de otra mujer que no soy yo.

Una tarde de verano, cuando tenía diez años, Carlotta y yo fuimos a la playa. Mi tía se tumbó en la arena, debajo de una sombrilla. Llevaba unas gafas de sol, un biquini de actriz y tenía las uñas pintadas de rojo. Era una mujer estilizada, elegante, bellísima. De mayor quería ser como ella.

Salí del mar con los labios morados y la piel de gallina. La miré tiritando. Mi sombra se reflejó en su figura. Ella se incorporó y me ofreció una toalla.

—Sécate, que vas a coger frío —me dijo sonriendo.

—Sí, mamá —le contesté.

Y me quedé aterrada por haberla llamado así. «Mamá.» Mi madre había muerto seis meses antes y sustituirla me parecía un insulto. O peor. Era como si la matara dos veces.

—Perdón. Me equivoqué. Tía, quería decir.

—No..., está muy bien..., llámame mamá.

La odié. Volví a tirarme al agua, aunque estuviera helada, aunque tuviera frío.

Y nunca más volví a confundir su nombre.

Vuelvo a recordar aquella escena. Y me doy cuenta de la dureza de nuestras vidas. De lo difícil que fue para ella. De lo difícil que fue para mí. De lo que tuvimos que luchar para sobreponernos a la muerte de una hermana, a la muerte de una madre, y seguir el camino juntas. Sin llamarnos de ninguna manera.

Pero amándonos de todas las maneras.

EL UNO FRENTE AL OTRO

Hoy nos vamos de excursión. Pasaré el fin de semana en la sierra con unos amigos. Los mismos que han llenado estas páginas durante el confinamiento. Alicia, la vecina amiga. Aitana y su marido Alejandro. También bajará E. de su tejado y nos acompañará Pep, un casi hermano que ha venido de Barcelona para verme.

Saldré del barrio después de muchos meses de encierro. Pero, ahora que puedo, se me han pasado las ganas. Me he acomodado en la soledad de la escritura, en una realidad ficticia que me ha permitido huir de esta.

Lo único que me apetece de verdad es encontrarme con el hombre que siempre me gustó. Anoche hablé con él durante horas. Y por fin tengo una cita más interesante que la del dentista. Hemos quedado el 15 de junio en la frontera entre Francia y España. Él llegará en coche desde París y yo en tren desde Madrid. Reservaremos una pensión de aquellas en las que la brisa del mar hincha los visillos y en las que lo único que importa es una cama de sábanas blancas.

Aunque quizá no logremos siquiera cruzar la aduana porque un severo policía nos lo impida. Quedaremos separados por una alambrada, el uno frente al otro. Besándonos a través de la red, con un sabor metálico en nuestras bocas. Y un hatillo a nuestros pies.

Si lo imagino, me muero un poco.

Mejor me quedo en casa. O mejor me voy a la sierra.

A la espera de que suene el teléfono.

Y alguien me cuente que nada de todo esto es cierto, que cómo he podido creerlo, que soy idiota, que ha sido solo un mal sueño.

Se ilumina la pantalla del móvil.

—¿Dígame?

Nadie habla al otro lado de la línea.

UN RATO, AL MENOS

No sé qué me pasó ayer que lloraba sin llorar.

Desde el principio de nuestra excursión.

Me caían lágrimas por la cara, sin esfuerzo, sin ninguna presión en el pecho y en el vientre. Silenciosas. A borbotones.

En el coche fuimos Pep, Alicia, E. y yo. No hablamos durante el breve viaje. Estábamos como alucinados. Asombrados por unas naderías en las que antes ni nos fijábamos. Los prados punteados de flores malva que desfilaban por la ventanilla. La gasolinera en la que paramos a repostar. La voz del navegador que nos indicaba el camino. La llegada a una casa en el campo. El encuentro con Aitana y Alejandro. Los boquerones con patatas fritas bajo el porche. El reparto de habitaciones. Y mi mascarilla abandonada sobre la cama, mojada de lágrimas.

Almorzamos en el jardín. Parecíamos la pandilla de Los Cinco, aunque fuéramos seis. O por lo menos, yo me sentía así, a pesar de mi edad. Dispuesta a cualquier aventura adolescente que nos llevara a descubrir algún secreto y a ser totalmente irresponsables. Un rato, al menos.

Después de comer nos metimos dentro de la piscina vacía a tomar el sol. Pep, siempre tan reacio a los cariños, se dejó besar. Alicia, hada de mi cuarentena, nos roció con la manguera. Aitana hizo unos estiramientos musculares lentos, divinos, que acabaron por estirarnos a todos. E. bajaba por la cuesta de azulejos subido a un bólido rojo de pedales, desnudo, con los pies en alto, sorteando nuestros cuerpos. Alejandro sacaba fotos, porque es otro coleccionista de la memoria. Y mientras el agua embarrada mojaba nuestras espaldas, yo, venga a llorar sin llorar. Una cosa extrañísima. El rímel corrido, la cara enrojecida, los labios salados.

Sentada en el bordillo de la alberca sin agua, bebí para aclararme las ideas. Pero todo lo que bebía lo expulsaba por los ojos. Y no es que estuviera

triste. Ni alegre. Era solo que no podía evitarlo. Me había convertido en fuente sin querer.

—¿Qué te pasa, compañera? —me preguntó E.

—Ya ves, que he decidido rellenar la piscina.

Y así seguí toda la tarde y toda la noche, y a la mañana siguiente pudimos bañarnos en un agua clara, salina. Llena de mí, llena de ellos. Se limpiaron los malos rollos. Y pensé que estábamos sanos, vivos, juntos, y que eso era lo único que importaba.

Porque lo demás no tiene solución.

MIAU

Después de tanto llorar, me puse graciosa, gatuna, coqueta. Y marqué su número. Y le dije todo lo que se me pasó por la cabeza. Todo lo que una mujer puede susurrarle a un hombre por teléfono, envuelta en un camisón hecho de sábanas y nada más.

Solo nuestras voces.

—Ayanta, por favor, no me hagas esto.

—¿Que no te haga el qué? Si no te hago nada...

Y continué. Boca arriba, boca abajo, de lado, sentada, arrodillada, con los talones apoyados en la pared y la cabeza colgando.

Por la ventana abierta veía el mundo del revés. Las estrellas pendían del cogollo de una palmera, y una media luna, con reflejos tentaculares de medusa, resplandecía. El rumor de los grillos acallaba mis palabras bajitas. Un poco inconvenientes. Frases dejadas a medias, de muchos puntos suspensivos. Y unas pausas cada vez más largas, que concedían el espacio necesario para dar rienda suelta a la fantasía.

Cerré los ojos, imaginé cómo me subía encima de él, cómo apoyaba mis manos en su pecho y cómo me balanceaba despacio, muy despacio. Le esperaba, le acunaba con mis cuentos. Hasta que escuché un gemido que me estremeció, aunque no le viera, no le tocara, no le oliera. Un suspiro largo, que sopló los nubarrones, despejó los cielos. Y volvió a poner el mundo del derecho.

Luego otro silencio. Y su risa. ¡Qué risa!

—Eres tremenda.

—Sí, lo soy. ¿Y qué?

Es domingo, mañana lunes. Comienza otra semana. Algo tendré que hacer para soportarla. Digo yo.

¿Le llamo otra vez?

EN PLENA CALLE, EN PLENA NOCHE

Están los que aplauden, los que golpean una cacerola, los que se divorcian, los que van en coche solos con mascarilla, los que no se atreven a salir de casa, los que le dan al botellón, los que se disfrazan de ciclistas, los que hacen cola para sentarse en una terraza, los que se lavan las manos cada cinco segundos, los que adoran el teletrabajo, los que anulan las reservas de verano, los que se niegan a pisar una playa parcelada. Los que piensan que son asintomáticos, los que lo son. Los que lo han pasado, los que no. Los que se lo creen todo, los que no se creen nada.

Y luego están los que rezan.

Yo me apunto a esta última categoría. Me he dado cuenta de que llevo tres meses rezando para que no les pase nada a los míos. Y para que no me pase nada a mí.

La última vez que recé fue ayer mismo, y no lo hice con las rodillas hincadas en las baldosas, los codos en el colchón y los ojos vueltos hacia el techo. No, no fue así. Fue en plena calle y en plena noche.

He cogido la costumbre de regresar andando de la radio a casa, por aquello de hacer un poco de ejercicio, respirar aire puro, ver un paisaje diferente al de mi salón, mi cocina y mi alcoba. El encierro en sus hogares de ladrones, psicópatas y violadores me ha servido para caminar en la oscuridad sin sentirme en peligro. En ningún momento he notado ese escalofrío tan femenino de ser una presa fácil. Me he sentido segura. Andar por la ciudad sin miedo ha sido una experiencia insólita. Muy placentera. Muy coronavírica.

Hasta ayer.

Anoche un muchacho de pantalón corto, camiseta sin mangas y enormes zapatillas me dijo algo desde el otro lado de la acera. Eran las tres de la

mañana. Un susto sacudió mi cuerpo, me agarré al bolso como si fuera el brazo seguro de alguien. Le miré sin entender lo que decía.

—¿Cómo? —pregunté atemorizada.

—¡Que si quieres follar conmigo! —repitió impaciente.

Me lo gritó mientras cruzaba hacia mí, con la mascarilla en la barbilla, el pelo rapado y los cables de sus auriculares sueltos en el cuello.

—¡No..., no quiero! —le contesté.

Y pensé: ¡que te folle tu puta madre, cabrón!

Aceleré el paso con la esperanza de que el hombre del saco renunciara a violarme allí mismo, contra la pared llena de grafitis. Él me siguió. Escuchaba el chatarreo de la música que salía de sus cascos, percibía su presencia detrás de mí mientras los coches pasaban luminosos en la carretera, y mis labios susurraban una plegaria: que la fiera no devore a la gacela.

El semáforo se puso en verde, eché a correr, alcancé mi casa, metí la llave en la cerradura, cerré con un portazo. Plantada en medio del salón oscuro, encorvada, con las manos apoyadas en mis muslos, recuperé el resuello.

Doy gracias a la Providencia por haber escuchado mis súplicas. Se ve que he rezado tanto que hemos vuelto a la normalidad. No a la nueva, sino a la de siempre. La que me obligará mañana a retomar la vieja costumbre de coger un taxi.

¿Quién dijo aquella chorrada de que la distancia social ha venido para quedarse?

A LAS CRESTAS DE UN DRAGÓN

Ayer, durante el directo radiofónico, mi padre me soltó que lo que escribí aquí la semana pasada era una cursilada digna de una novela rosa. Me puse colorada y una ola de calor me dejó varada en la orilla de la infancia, cuando sus apreciaciones, las negativas y las positivas, eran lo más importante del mundo.

—¿Te ha sentado mal? —preguntó a micrófono abierto.

—En absoluto —mentí a micrófono abierto.

Lo cierto es que me puse triste y, unas horas después, al meterme en la cama, me tuve que tomar una pastilla para conciliar el sueño. ¿Qué poder tendrán los padres sobre los hijos para que andemos siempre mendigando su aprobación? ¿Por qué me hace tanto bien y tanto mal todo lo que sale de su boca? ¿Cuál es la razón por la que espero su juicio como si fuera el único válido?

Quizá porque fue la primera persona que vieron mis ojos. El primer amor. Y eso no se olvida. Tampoco olvido la ternura que conseguía despertar en él porque, cuando yo era pequeña, a mi padre le encantaban mis cursiladas. Le llenaba el escritorio de dibujos, de flores secas, de mensajes de buenas noches. Me sentaba a su lado y fingía leer, fingía escribir, solo para despertar su admiración. La misma que sentía yo por un hombre que me parecía el mejor de los hombres.

Que me parece el mejor de los hombres.

Hoy hemos almorzado juntos. Llevábamos meses sin vernos. En cuanto he llegado me ha dicho que tengo patas de gallo, los dientes torcidos, que estoy medio sorda y que salgo más favorecida en las fotos. Puede que sea su manera de decirme que me quiere. Pero a veces, lo admito, echo de menos algo más convencional. Aunque sea mentira y tenga un aspecto penoso y mi

piel haya perdido la tersura de antaño y escriba memeces dignas de una novelista de quiosco. Cómo estás, sin ir más lejos.

Le imagino leyéndome ahora.

Te imagino, padre. Y un poco me da la risa, porque no puedo evitar reírme de mí misma y también de ti. Lo único que te pido es que no me expulses nunca del paraíso al que me trajiste. Porque tú, y solo tú, me convenciste de que esto era el edén. Con tus carantoñas, con tus cuentos, con tus viajes, con cada una de tus letras. Y yo me lo creí. Y volé agarrada a las crestas de un dragón, con una pluma como espada. Para conocerlo todo, para escribirlo todo. Y aquel ser mitológico, noble y valiente, capaz de hacerme atravesar ilesa el apocalipsis, eras tú.

Eres tú. No lo olvides.

Hala, chúpate esa. ¡Toma cursilada!

LO QUE QUIERO

Hombres, hombres, hombres.

He tenido todo tipo de novios, maridos y amantes.

Desde los trece hasta los cincuenta años.

Recuerdo a uno que iba siempre de negro, otro que bebía hasta caer desmayado, un tercero que estaba empeñado en que me gustara el fútbol, uno más que echó a la señora de la limpieza porque ya estaba yo para eso... Recuerdo también al que quería casarse a toda costa, al que no quería tener hijos, al que me juraba amor eterno mientras dejaba preñada a su mejor amiga, al que perseguía borrar cualquier huella de mi vida pasada, al que tenía celos del aire. Y al que pretendía modelarme a su conveniencia, como si yo fuera una pelotilla de plastilina.

Hombres, hombres, hombres.

A algunos no les he vuelto a ver el pelo, pero a casi todos los guardo como amigos. Y a uno como familia.

Repaso sus nombres, sus rostros, sus gestos. Me pregunto qué fue lo que me gustó de ellos durante horas, días, meses. Qué fue lo que me enamoró de ellos durante años, lustros, siglos. Y tengo la impresión de que los que creyeron amarme no me quisieron a mí, sino a la versión que ellos construyeron de mí. O todavía peor, a la imagen que yo mostré de mí. Porque nunca fui del todo sincera ni conmigo misma ni con los demás.

Nunca entendí bien quién era yo.

Ahora que llevo un tiempo sin pareja, soy lo que siempre debí ser. Es un descubrimiento extraordinario, una sensación de libertad que nunca antes había experimentado.

Puedo hacer lo que quiero.

Pensar lo que quiero.

Y, sobre todo, escribir lo que quiero.

Sin miedo, sin censuras, sin mentiras.
Como esta página, por ejemplo.
Hombres, hombres, hombres.

HE VISTO...

He visto a una niña vestida de blanco, con unas bambas blancas y una mascarilla blanca. Estaba sentada en un banco del parque, y se abrazaba las piernas huesudas, llenas de moratones. Tenía el pelo tan negro que parecía azul, que parecía china.

He visto un perro de lanas. Su dueño lo había sacado de paseo con calcetines. Dos pares para cuatro pezuñas.

He visto a un compañero de trabajo con los ojos rojos porque llevaba tapadas la nariz y la boca. Y porque su mujer le había abandonado.

He visto a mi hija Caterina llegar a casa con la misma cara de cuando era pequeña y había sacado buena nota. Es actriz y ha conseguido su primer papel en plena pandemia. En el futuro, cada vez que huela el gel hidroalcohólico, le recordará a su juventud.

He visto a mi gata Nina con una lagartija sin patas en la boca. Siempre lo hace. Solo le gustan las patas. Yo prefiero las pechugas.

He visto a mi amigo Pep zamparse un cruasán a la plancha con tres centímetros de mermelada de melocotón. Me han entrado ganas de comérmelo a besos. Pero he logrado contenerme.

He visto a un hombre que, sentado frente al volante, se quitaba un moco bajo la mascarilla.

He visto una entrevista que me han hecho para una revista femenina. A la pregunta de «¿Qué es lo primero que harás cuando todo esto pase?», he

contestado: «Echar un polvo». En realidad, no estoy tan segura de ello. Delante de un periodista no consigo decir nunca la verdad.

He visto que ha llegado un mensaje del hombre que siempre me gustó. He decidido no leerlo enseguida. Cuando el placer es un bien tan escaso, es preferible guardarlo para luego.

FISURAS

He llamado al hijo de mi dentista y hemos quedado.

—Te espero —me ha dicho.

Debo de ser su única paciente. Por tanto, su paciente favorita. No es de extrañar porque a ver quién es el guapo que se atreve a que le hurguen así como así. Supongo que quedaremos tres en toda España inmunes al miedo vírico.

Aunque, en realidad, yo no voy al dentista para arreglar mi dentadura, sino porque últimamente he desarrollado un especial interés en las cuestiones odontológicas. Y todo por culpa de la pandemia, que tiene sus cosas malas, pero también sus cosas buenas.

Busco en el armario un vestido ligero de verano. Elijo el de rayas que tiene botones por delante y que, llegado el caso, es el más fácil de quitar. Vuelo hasta la consulta, llamo al timbre. El ding-dong suena a música romántica. Me hacen pasar y aguardo mi turno recostada en la sala de espera como una odalisca hojeando una revista de moda. Pocos minutos más tarde, una amable enfermera me conduce hasta él.

Y le vuelvo a ver.

Con sus gafas de buzo, su gorro de baño, su mascarilla quirúrgica, su bata con las iniciales bordadas en el bolsillo. Todavía no sé qué aspecto tiene J. L., el dentista, pero me resulta cautivador.

Me tumba, se sienta a mi lado.

—¿Qué te pasa, peque? —me dice inclinándose hacia mí.

¿Peque? ¡Me ha llamado peque! No sé cómo tomármelo. Me lo tomo bien, claro. Y le miro con cara de cervatillo indefenso. Me pasa que estoy muy sola, Doc..., pienso, pero no se lo digo porque no me atrevo. Soy una cobardica. Le contesto algo insulso.

—Me pasa que me duelen los dientes, doctor.

J. L. inspecciona mi boca. Concentrado, en silencio. Escucho su respiración, los latidos de su corazón. Huele igual de bien que la vez anterior. En el hilo musical resuena *Imagine* de John Lennon.

—Tienes las muelas con pequeñas fisuras. ¿Notas que aprietas las mandíbulas?

Sí, lo noto. Noto que aprieto todo, todo el rato.

—Estás tensa, tienes que soltar —me dice mientras masajea mis mejillas.

Cierro los ojos. Y veo cosas.

J. L. desabrocha uno a uno los botones de mi vestido, sentado en su banqueta. Recorre mis muslos con sus guantes azules, suaves de polvo de talco. Besa mi ombligo. Echa a un lado la bandeja, baja más el cabezal, apaga la luz. Caen las pinzas, las limas, los tornos, las espátulas, los separadores, las jeringas, los aspiradores, las sondas. Y mis mandíbulas se relajan. Al fin.

—Deberías ponerte una férula para dormir, peque —me recomienda sin moverse de su sitio y con todos los aparejos ordenados.

Aprieta un botón, me ofrece un vasito de plástico. Lo cojo con las manos temblorosas. Bebo. Nada hay mejor que beber un buen vaso de agua.

Salgo de la consulta con mis fisuras.

Las de los dientes y las del alma.

Y me las llevo todas a casa.

Pesan un huevo.

¿ASPIRINAS?

Hace treinta años me marché de Italia porque me parecía un país imposible. Un lugar donde la corrupción había calado tan hondo que ya no concernía solo a los políticos, sino a la población entera. Es lo que pasa cuando la mafia se convierte en un precepto moral, en una religión, en una manera de entender el trabajo, las relaciones personales, la vida.

Por eso me fui. Y por eso no volví.

Preferí quedarme partida en dos, abandonar una parte de mí, relegarla a los días de vacaciones, a las bodas y a los funerales. Y tragarme mi nostalgia sin masticar, como quien engulle una piedra que baja muy despacio por el esófago. Y duele.

Pero todo vuelve. Siempre. Por mucho que uno escape, que mire hacia adelante, al final, los problemas vuelven y te atragantan.

Carlotta lleva dos meses y medio muy enferma. A pesar de los resultados aterradores de su analítica, su médico de cabecera le recetó aspirinas. Y le pidió cita para hacerse una resonancia magnética. Nunca la llamaron. Al final tuvo que costearla ella. El resultado ha sido muy malo: metástasis en el hígado. Han pasado tres semanas y sigue sin ningún tipo de tratamiento, a la espera de que se libere una cama en el hospital. Pero tampoco la llaman. Y no se puede permitir el lujo de ingresar en una clínica privada porque ha pagado siempre todos sus impuestos, porque no ha robado a nadie.

Escucho su voz al teléfono cada vez más fina, lejana. Es como si me hablara desde la luna. Mi impotencia es absoluta, ni siquiera puedo coger un avión y presentarme en su cocina y hacer algo tan simple como tomarme con ella un té negro, bien negro, juntas. No puedo porque sigue sin haber aviones, porque se mantiene la cuarentena en España, porque han pergeñado el mecanismo perfecto para separarnos.

Telefoneo a mi primo, le propongo llevarla a urgencias, me dice que las urgencias italianas están en una situación tercermundista. Bien que lo sé. He visto morir en situaciones inenarrables a mi madre, a mi abuela, a una de mis mejores amigas, precisamente en los mismos hospitales que ahora, encima, esgrimen la gran excusa del coronavirus para liberarse de cualquier responsabilidad. Una enfermedad que en Roma apenas ha hecho mella, por absurdo que parezca.

—¡Es una situación alucinante! —le grito exasperada.

Exasperada, porque me siento extranjera en mi propio país, porque estoy lejos, porque no concibo el sufrimiento, la espera estéril, la indefensión, la impunidad de un sistema que los italianos parecen aceptar sin más. No lo entiendo, nunca lo he podido entender. Y me enfado. Y le cuelgo. A mi primo. Y ni siquiera me quedo a gusto, porque me habría encantado tener uno de aquellos teléfonos antiguos de cable acaracolado y disco numérico para estampar el auricular en la carcasa de plástico.

Me arrepiento enseguida.

¡Qué culpa tendrá él de haber nacido allí!

¡Qué culpa tendré yo de vivir a dos mil kilómetros!

¡Qué culpa tendrá Carlotta de ser vieja, y de que a nadie le importe su destino!

POR TI

Me levanto de la cama, me ducho, extendiendo crema hidratante en mi piel, rocío mi cuello de colonia, me recojo el pelo, coloreo mis mejillas, me pinto los ojos, repaso con un lápiz el contorno de mis labios. Contemplo los vestidos colgados en mi armario. Elijo uno, me lo pongo. Calzo mis pies con unas sandalias de tirita fina en el tobillo. Me miro en el espejo, aliso la falda.

Y me doy cuenta de que todo esto lo hago por ti.

Porque te espero hoy, como te esperaba ayer, y te esperaré mañana. Aunque no exista ninguna posibilidad de que aparezcas sin avisar, llames a mi puerta, me des una alegría.

¡Con lo que me gustan a mí las sorpresas!

Y así pasan los días. Por la mañana me visto para él, por la noche me desvisto para él. Y el hombre que siempre me gustó nunca llega. Y hay días buenos, pocos, en los que me digo que debo aprender a esperar. Y hay días malos, muchos, en los que me digo que ya está bien de esperar. Que estoy harta. Que no tengo siete vidas como mis gatos.

La verdad es que me asaltan las dudas. No me fío de mí. Nunca supe elegir con tino a mis amantes.

¿Y si este tío es un aburrido, un conformista, un cobarde? ¿Por qué no se monta en el coche con lo puesto, y cruza la aduana a escondidas, y conduce mil horas sin dormir, y se cuela por la puerta trasera de mi casa, y arranca una rosa de mi jardín, y me prepara un zumo de naranjas rojas, y me lleva a la cama un opíparo desayuno sobre una bandeja con patitas? ¿Eh? ¿Por qué no? ¿A qué espera? ¿A que se desate la Tercera Guerra Mundial? ¿A que explote una central nuclear? ¿A que caiga la bomba atómica en la Puerta del Sol?

¿No es acaso suficiente con una pandemia?

Anoche me dijo que el 15 de junio no podíamos vernos en la frontera, tal y como habíamos quedado. Resulta que le tocan los niños. Y no puede

cambiarle el turno a su ex, no vaya a ser que le persiga de nuevo por la carretera, pero, esta vez, con un machete entre los dientes.

¿Por qué nada de lo que leí en los libros, de lo que vi en el cine, de lo que me contaron, de lo que imaginé, sucede en la realidad?

UNA SARTÉN, UNA TORTILLA

Tres y cuarto de la mañana. Llego de la radio. Me tropiezo con las deportivas que mi hija ha dejado tiradas en medio del salón, como suele. No me rompo la crisma de milagro. Busco cobijo en la cocina. No sé si fumarme un cigarro o comer algo. Cojo dos huevos de la nevera semivacía. Los bato con la mirada fija en la encimera. En realidad, debería irme a dormir. Estoy muerta.

Enciendo el fuego. Sigo batiendo los huevos, ahora con la mirada fija en el redondel rojo de la vitrocerámica. Desprende un calor agradable, que calienta mi cara y me produce todavía más sueño. Pero las ganas de una tortilla francesa vencen al cansancio. Echo el huevo batido. Empieza a salir un humo negro que nubla toda la cocina.

He olvidado poner la sartén.

MI FAMILIA Y OTROS ANIMALES

Y la cosa no terminó ahí. La cosa ha seguido esta mañana. Me he despertado hambrienta, he dado de comer a Nina y a Bowie su pienso favorito, al tiempo que ponía a tostar un cruasán para mí. Pero no he calculado bien y se ha quemado. Lo he tenido que rascar con un cuchillo en la pila abrasándome los dedos. Por fin me siento a desayunar y, en un mal gesto, vuelco la taza de café con leche. Se ha hecho un charco tan grande encima de la mesa que parecía que hubiera derramado cinco tazas, en lugar de una. El café con leche ha caído en cascada sobre mis pantalones, la silla y el suelo. Lo friego todo y me cambio de ropa. Después cocino toda la mañana. Canapés, brevas y melón con jamón, albóndigas de pescado, patatas a lo pobre, mayonesa casera, tarta de fresas. Viene toda la familia a almorzar. No nos hemos visto desde el inicio del confinamiento.

Mi padre solo comió melón, nada de lo que había preparado le gustaba. Mi hija tampoco probó bocado. Dice que los fritos hacen que le salgan granos. Mi hermanito y mi sobrina viven del aire, así son los niños. Mis dos madrastras están a régimen, porque el encierro les ha hecho perder la línea. Y a mí, con tanto trajín, se me había pasado el hambre. La única que dio buena cuenta de las viandas fue Aixa, mi hermana.

Se lo agradecí en silencio.

Yo, cada vez que organizo una comida o una fiesta, pienso que va a ser un desastre, que no va a venir nadie. Y que, si vienen, se van a enfadar entre ellos. Porque se lo toman todo muy a pecho, porque hablan de política, porque son un crisol de generaciones que se observan con sospecha. Así es que me paso las horas desviando conversaciones potencialmente peligrosas, limando ironías que puedan resultar ofensivas, intentando que se sientan bien.

Les doy la razón a todos porque he llegado a un punto en el que nada me importa nada. Ni el contagio, ni el 8-M, ni los negros en Alabama. Ni siquiera el pelo naranja de Trump.

Soy una ansiosa. Tengo complejo de perro ovejero.

Y al final se van tan contentos. Los despido desde el umbral, miro cómo desaparecen tras la esquina de mi calle y ya pienso en qué comida voy a preparar la próxima vez que nos veamos, ahora que podemos. Porque ha sido bonito. Porque los echaba de menos. Porque son mi gente. Porque nada me gusta más que contemplar sus rostros. Y adivinar en qué nos parecemos.

En qué nos pareceremos.

TARDES MÁGICAS

De pequeña solía ir con mi abuela de visita a casa de una amiga suya, de ascendencia malasia, que me tenía fascinada. Por cómo iba vestida y por la decoración oriental del salón en el que nos aguardaba, recostada entre grandes cojines dorados, con un cigarrillo de larga boquilla entre sus dedos, mientras saboreaba un té picante, especiado.

En aquella época leía las aventuras de Sandokán y soñaba con ser raptada por aquel pirata de mirada felina y larga melena. Como siempre he sido muy fantasiosa estaba convencida de que, durante la merienda, aparecería por sorpresa el famoso Tigre de Malasia galopando por el pasillo, al ralentí, con los músculos marcados bajo su impresionante pelaje.

A la espera de que llegara el hombre de mis sueños, me dedicaba a merodear por las estancias. Entretanto las dos mujeres seguían con su cháchara interminable.

El comedor parecía un jardín. Olía a selva y a canela. Frondosas plantas tropicales pendían de las estanterías, se enredaban en las lámparas, esparcían sus hojas en el suelo.

Me encantaba sentarme en la mesa de cristal, rodeada de espejos enfrentados. Veía mi imagen reflejada miles de veces, desde todos los ángulos posibles. Por delante y por detrás, de perfil, de escorzo. Un viaje infinito en el que descubría a las mil personas que habitaban en mí, y a las que nunca había conocido.

Mi Ayanta favorita era la que se asemejaba a Lady Marianna, el amor imposible de Sandokán. La llamaban la Perla de Labuán porque tenía la piel tan blanca como el nácar. Tan blanca como la mía.

Una de aquellas tardes mágicas, le vi. Llevaba un turbante, iba descalzo, a pecho descubierto, con unos bombachos lustrosos. Corría hacia mí desde el otro lado del espejo. Cruzó la luna de un salto. Y posó sus labios en los míos.

Fue el primero de mis besos.

RADIOGRAFÍAS DEL CORAZÓN

Recorro la lista de contactos. Apellidos de amigos, de familiares, de conocidos, desfilan en la pantalla del móvil. Busco a alguien que pueda ayudarnos a encontrar una cama en un hospital para mi tía. Es reprobable. Aun así, lo hago. Nadie debería verse obligado a conseguir un enchufe en cuestiones relacionadas con la salud. Pero no me queda otra. No puedo quedarme pasiva ante el desbarajuste de la Sanidad italiana y sentirme luego responsable de un desenlace fatal, que nunca me perdonaría.

Se ilumina un nombre: Matilde. Es una amiga con la que he compartido todos los veraneos de mi vida. Y es una de las personas más buenas, optimistas y generosas que conozco. Nuestras familias se frecuentan desde antes de que nosotras naciéramos. Es directora de cine y, hace unos años, encontró en su archivo una grabación antigua, en blanco y negro, en la que mi madre cruzaba delante de la cámara. Apenas unos instantes. No más de un parpadeo. Es el único recuerdo en movimiento que tengo de ella. Cuando me lo mostró, tuve que verlo varias veces seguidas para conseguir alargar lo más posible aquellos segundos de vida. Fue un gran regalo.

La llamo.

Le explico la situación. Me dice que conoce bien a la directora del pabellón de Ginecología de una clínica romana de renombre. Una casualidad increíble.

La llama.

Pocas horas después, mi primo me envía una foto de Carlotta en la cama del hospital. Mira a cámara muy seria, muy guapa. Siempre ha sido una señora con categoría, capaz de mantener la compostura en cualquier situación. Observo la foto, me fijo en sus muñecas, en sus manos. Están tan delgadas que parecen las patitas de un gorrión. Y veo lo que no quiero ver. Siempre me pasa. Es como si mis ojos tuvieran rayos X.

Es como si su corazón fuera el mío.

Noto el esfuerzo de seguir viviendo en cada uno de sus latidos. De mis latidos.

O TODO O NADA

A veces pienso que me habría gustado que mis hijos nacieran en una familia convencional. Con unos abuelos que los adoraran y los llevaran al cine y les concedieran todos los caprichos. Y una bandada de primos y sobrinos los domingos. Y unas comilonas tremendas en Navidad. Y un matrimonio de los míos, uno al menos, tampoco es tanto pedir, que hubiese funcionado.

Sí, me habría gustado.

En mi familia somos demasiado artistas, excéntricos y ególatras como para perder el tiempo comiendo palomitas en el cine con un nieto o un sobrino. Yo, sin ir más lejos, jamás he llevado a Maya, la hija de mi hermana, ni siquiera a tomar un helado. No tenemos término medio, somos de todo o nada. O bien nos vamos de viaje a Laos todos juntos, o no nos vemos en tres meses.

Por eso yo, en estas semanas desgraciadas, en las que me he sentido tan sola, me he dedicado a hablar con una hoja de papel. Porque no nos podíamos ir ni a Laos ni a ninguna parte. Y porque sigo empeñada en espantar a todos los hombres que se me acercan.

Recelosa que es una.

SIN RESPUESTA

No hay nada más triste que un hijo triste. Y Caterina está triste, porque las cosas que le pasan ya no son cosas de niños, sino de mujer. Aunque su piel mantenga la ternura de la infancia y fluya más leche que sangre por sus venas. Tiene veinte años. Mil ventanas por abrir. Y un mundo por descubrir que no es ni blanco ni negro, como ella cree.

No me queda tan lejos. Lo recuerdo bien.

¡Qué difícil me resulta darle malas noticias! Hablarle de lo complicado que es envejecer, de la enfermedad, de la muerte. Del final. Justo ahora, cuando todo se despliega ante ella como un principio, lleno de esperanzas y de ilusiones. Nada me apetece menos que pisotear el nido que construimos su padre y yo con tanto cuidado, para que se sintiera bien. Caliente y protegida.

Malos tiempos para los jóvenes. Y para los viejos.

¿Cómo convencerla de las bondades de la tolerancia, de la paciencia, de la aceptación? ¿Cómo enseñarle a ser generosa sin pretender nada a cambio, a abandonar las posturas rígidas, a escuchar aunque no te escuchen, a tolerar las ideologías diferentes, a llamar a la puerta después de un portazo, a mantener el sentido del humor ante un comentario hiriente, a encontrar el resquicio por donde entrar y hacerse un hueco, a olvidarse de la timidez adolescente, a no enfadarse, a dejarse conocer, a mostrar quién es, a mirar la vida de frente, pero con una sonrisa?

¿Cómo enseñarle a dejar de ser joven?

Hoy ha habido un brote de coronavirus en el hospital donde está ingresada mi tía. Han prohibido las visitas. A media mañana la han encontrado sentada en la cama, vestida, con el bolso en el regazo, dispuesta a marcharse.

—¿Dónde va? —le ha preguntado sorprendida una enfermera.

—A mi casa —le ha contestado Carlotta.

Me asalta una tremenda inquietud por los efectos devastadores de la soledad. Ni siquiera puede hablar por teléfono porque se ha quedado completamente sorda. De nuevo, me veo abocada a relacionarme a través del maldito WhatsApp. De nuevo, mis peores presagios se hacen realidad. A lo largo de estos meses, lo que más dolor me ha producido ha sido imaginar la enfermedad y la muerte de nuestros ancianos solos, en una habitación fría, inhóspita, irreconocible. Me resulta inaceptable. Y sin embargo, así ha sido. Así es. Así estamos ahora.

Se lo cuento a Caterina. Me mira demudada. Con esos ojos negros llenos de lágrimas que se me comen.

—¿Y yo qué hago, mamá?

Me lo pregunta en serio. Y espera.

Y yo no tengo una respuesta.

DING-DONG

Estoy escribiendo. Llaman a la puerta. Es muy temprano. Detesto que me interrumpen. Será el cartero. Abro la puerta. Y le veo, enrejado por la cancela. Lleva una pequeña mochila al hombro. Es él. Es el hombre que siempre me gustó.

Y al que nunca hice ni caso.

EL ROJO Y EL NEGRO

Me equivoqué. Tenían razón ellos, los de los libros que leí. Tolstói, Stendhal, Zweig. Y todos los demás. Los de las películas que vi, los de las sinfonías que escuché, los de las poesías que canté. No me engañaron, era verdad. El amor existe. Lo sé porque hay un hombre que es capaz de cruzar una Europa apestada, cerrada, prohibida, para venir a mi encuentro.

Y es que aquel hombre tuvo una idea descabellada, dictada por el querer: conducir de París hasta Madrid. Se montó en el coche con un paquete de tabaco en el bolsillo. Solo se detuvo en el puesto fronterizo. Un policía le miró sospechoso en la noche. Él bajó la ventanilla, sonrió, le enseñó un certificado laboral. Falso, por supuesto. El policía se dio cuenta, pero le dejó pasar. Tenía demasiado sueño para andarse con tonterías.

Por una vez las estrellas se pusieron de nuestro lado.

Subió la ventanilla. Pisó el acelerador despacio, y se fue rápido. 1268 kilómetros de un tirón. Doce horas y treinta y cinco minutos mirando la línea discontinua de la carretera. Miles de migas de pan que le indicaron el camino de mi casa. Y lo consiguió. Llegó.

Como Clark Gable cuando atravesó Atlanta en llamas.

Le descubro al otro lado de la cancela. No quiero abrazarle, besarle, agradecerle. No, lo único que quiero es desmayarme en sus brazos. Porque soy una antigua, como decía mi madre. Y una cursi, como dice mi padre.

Subimos a mi cuarto, se ducha. Le espero tumbada en mi cama, bajo el tragaluz. Escucho un agua que lo limpia todo. El sumidero se traga la soledad de golpe. Hay un hombre en mi baño. ¿Y ahora qué?, me pregunto. ¡Qué vergüenza! ¡Qué ganas de salir corriendo! ¡Y qué ganas de dejarme ir! Un poco, al menos.

Sale del baño envuelto en una toalla. Nada me intimida más que la falta de intimidad. Se acuesta a mi lado. Está agotado por el viaje. Apoyo mi mejilla en su pecho todavía mojado. Me acaricia el pelo. Respiramos.

—No pienso desnudarme —le digo.

—Yo tampoco —me contesta.

Vimos pasar las nubes y los pájaros por la claraboya. El cielo azul cambió de rosado a negro. Y las hojas del árbol se platearon de luna. Vi su espalda reflejada en el cristal y mis piernas amarradas a su cintura. Vio mis lágrimas y las besó una a una. Se las comió. Y el hombre que siempre me gustó, y al que nunca hice ni caso, me gustó.

Me enamoró.

NO FUE UN SUEÑO

Mañana me iré en coche hacia Italia. Es la única manera. Los aviones anunciados a partir del final del estado de alarma son en realidad una estafa de las compañías aéreas. Permiten comprar el billete, pero, pocas horas después, envían un correo en el que anuncian la anulación del vuelo. Hacen caja a costa de los pasajeros y posponen sin fecha un viaje que, en la mayoría de los casos, responde a una urgencia personal.

Como no sé conducir, el hombre que siempre me gustó se ha ofrecido a dejarme en la frontera entre Francia e Italia. Allí cogeré un tren que me llevará a Roma. Y él regresará a París.

Saldremos de madrugada, al terminar el directo radiofónico.

Siento que las distancias se han dilatado, mis dos países ya no están a dos horas, sino a dos días. Vuelvo a la infancia, cuando alcanzar a mi gente querida suponía una expedición inacabable en tren o en coche. Viajaba pertrechada de bocadillos y libros. Y miraba desfilas el paisaje. Cambiaban los colores. Pasaba del verde italiano al albero español. Del bosque al desierto. De un idioma a otro. Y se me agolpaban las nostalgias. Porque nunca pude tenerlo todo a la vez, nunca me sentí completa en ninguna parte. Siempre fui dos mitades hilvanadas. Un costurón que recorre mi cuerpo y que, ahora más que nunca, me parte el alma.

He tenido un sueño.

Estaba al lado de mi madre, agarrada a su falda. Delante de mí, unos barrotes blancos, moteados de óxido. El viento en la cara, el pelo húmedo en la boca. Mis sandalias mojadas de un agua que iba y venía. Desde la proa del barco mirábamos el mar. Mucho mar. Gris, verde y azul.

He llamado a mi padre.

Me ha dicho que no fue un sueño. Que fue verdad. Que mi madre y yo íbamos a su encuentro, de Génova a Barcelona. Era tan pequeña que ahora solo lo puedo recordar dormida.

¿Y si todo lo que sueño ya lo viví?

DESPEDIDAS

Hoy estoy nerviosa. Apenas he dormido. Tomo una pastilla de cafeína para soportar el día intenso que me espera. Me produce una ligera taquicardia. En realidad no sé si es por la pastilla o por esta sensación de final de etapa que por un lado me alivia, y por otro me mata.

Tengo la manía de recordar los momentos difíciles y heroicos mucho antes de que estos terminen. Lo anticipo todo y llego al final de mi propia vida a destiempo. Soy capaz incluso de ponerme nostálgica con sucesos que pude vivir, y no viví. También con los que otros vivieron. Los reconstruyo con detalle. Y hasta se me empañan los ojos de lágrimas como si fueran ciertos. Como si fueran míos.

A lo largo de la tarde, mientras hago la maleta, riego las plantas, vacío la nevera y hago un sinfín de cosas, van apareciendo por casa mis amigos. Los que me han acompañado durante estos meses raros, inhóspitos, malignos. Alicia, Aitana, Alejandro. También viene E. Lleva una mascarilla tuneada, con el cuello de cisne del detergente pato para el inodoro. Sostiene que es una gran idea, que hay que patentarla porque, si se desenrosca el tapón amarillo, es posible respirar oxígeno y no dióxido de carbono.

Nos sentamos en el patio, hablamos bajito, como si viviéramos en la Cuba castrista. Les explico mi viaje ilegal hacia Roma, a cuatro días de que acabe el estado de alarma. Me aseguran que, después de haber ido todo tan mal, ahora todo irá bien. Les creo. Les prometo enviarles una foto con el cartel de Italia en la frontera.

Imagino al hombre que siempre me gustó haciéndola, al alba, despeinados, desmadejados por el viaje. Y se me encoge el estómago de emoción. De nuevo ando un paso por delante de mi propia historia.

Los beso. Se van. Me voy a la radio. A la una y media de la mañana salgo del estudio. Veo las luces encendidas del coche que me espera en la acera.

Caterina y Pep se bajan por sorpresa. Han venido a despedirse. Nos abrazamos como si me marchara al exilio, como si no fuera a volver.

—¡Buen viaje, compañera!

—¡Buen viaje, mamá!

Él me espera sin mirarnos. Siempre tan discreto. Subo al coche, cierro la puerta.

—¿Lista? —me dice con una sonrisa de hoyuelos.

Arranca. Saludo hacia atrás. Pep y Caterina se hacen pequeños. Abrimos camino por la carretera desierta. Un aire templado entra por la ventanilla. Apoyo mi cabeza en su hombro. Y rezo. De nuevo. Por mi tía, por mis hijos, por mi hermana, por mi padre. Por mí, por él. Por todos nosotros.

Para que nos vaya bonito y los dioses nos protejan.

IRSE, LLEGAR, VOLVER...

El nuestro es un viaje a través de las tinieblas. Como si corriéramos por un túnel oscuro y estrecho, en busca de una claridad inalcanzable, que se aleja más y más a cada paso.

Tengo una sensación infernal.

En la carretera solo hay camiones iluminados de rojo. Y gasolineras cerradas, y puntos de luz parpadeantes que son molinos. Y un cielo bajo, encapotado, sin estrellas. Vamos rápido. A una velocidad mayor de la permitida. Concentrados. En silencio.

Vemos dos coches de Policía apostados en la carretera. Se me acelera la sangre. No nos paran, a pesar de que somos el único vehículo particular que pasa veloz, en medio de una noche que se me antoja eterna.

No duermo ni un minuto. Mascamos chicle. Comemos patatas fritas. Fumamos. Pasan las horas. Entramos en Cataluña. Llegamos a la frontera en pleno día. Anestesiados ya por el cansancio. Pongo mi mano sobre la suya. Cambio las marchas con él. Se vislumbra el puesto fronterizo, observo cómo se acerca sin casi respirar.

—No hay nadie, no hay nadie —le digo bajito.

En el otro lado, sí. En la entrada de Francia a España están controlando los coches. Uno a uno.

—No mires —me dice tranquilo.

No miro. No me hace falta. Recuerdo las veces que he pasado por este lugar sin siquiera fijarme. Todas las veces que he vomitado, mareada de tanto kilómetro y de tanto calor. Con mi madre en un coche destartado. Con mi padre en un Land Rover absurdo, lleno de gatos y de mujeres. Con amigos y tiendas de campaña. Con Mario y Caterina detrás, y Luis y yo cantando las canciones de los payasos. Como si la vida fuera eso. Pura alegría de viajar. De irse, de llegar, de volver.

Sin embargo, nunca imaginé esta versión apocalíptica del mismo recorrido. Me pongo las gafas de sol. Estoy pálida. Tengo sed. Humedezco mis labios. Los noto secos, agrietados. Cierro los ojos como si me despenara subida en una atracción de feria. No quiero ver nada más. No quiero sentir nada más.

—Ya está, Ayanta. Ya está —me dice sin dejar de mirar al frente.

Y por fin lo veo. Un cartel rodeado de estrellas europeas. Francia, estamos en Francia. Tierra libre. ¡Al fin!

Aparcamos en la primera estación de servicio, desabrochamos el cinturón después de ocho horas sin parar. Y nos damos un beso. No encontramos las fuerzas para salir del coche, tomar un café con leche, ir al baño. Estoy drogada de cansancio, de miedo, de incertidumbre. Suena el teléfono. Es mi hijo Mario. Me dice que quiere verme. Me pide que paremos a dormir en su albergue, muy cercano a la frontera italiana. Le digo que no puedo, que no tengo a nadie que me lleve hasta allí, que cogeré un tren para ir directa a Roma. Cuelgo con la tristeza de no poder realizar su deseo, que es también el mío.

La última vez que le vi fue en Navidades.

—¿Dónde está?

—¿El qué?

—Tu hijo.

—En un pico tan alto que, desde allí arriba, en los días claros, se ve hasta Córcega.

—Vamos.

—¿En serio?

A las seis de la tarde comenzamos a subir el puerto de montaña. Cada curva es un escalón hacia el cielo. Mario nos ve aparecer por la carretera sinuosa. Corre hacia nosotros, rodeado de monte y de piedras y de viento. Agita los brazos. Hace el tonto. Salta y ríe como un cachorro. Me tiro del coche. Me coge en brazos. Damos vueltas. Y me siento pequeña. Viva, feliz. Fuerte. Inmensa.

Sería capaz de atravesar el mundo entero mil veces hasta dar con él. Con Mariolino, mi hijo. Porque soy su madre.

Y eso no lo cambia ni una pandemia ni un meteorito que caiga desde el punto más lejano del universo.

UN PALACETE Y UN JARDÍN

El hombre que siempre me gustó me deja en una estación del norte de Italia. Nos despedimos en el andén. Parecemos dos enamorados. No consigo despegarme de su cuerpo. Me resulta imposible renunciar a él de nuevo. Huelo su cuello. Acaricio su espalda debajo de la camisa. Mi agradecimiento es infinito. Llega el tren. Me coloca la mascarilla en la boca. Y subo. Y le veo desaparecer.

Últimamente pierdo todo lo que encuentro.

Quizá luego encuentre todo lo perdido.

En el vagón solitario hace un frío del demonio. Han decidido matar los virus por congelación. Y, de paso, enfermar a los pasajeros. Escribo. ¿Qué más puedo hacer? Tan solo relatar lo vivido.

Cuatro horas después llego a Roma. Me espera Sandra, mi hermana, con su coche en marcha. Me monto deprisa, la maleta en brazos y el ordenador entre los dientes. No nos da tiempo ni a saludarnos bien porque ya pitan e imprecán los romanos. Nos lanzamos por las callejuelas empedradas. Una vez más me sorprende el aspecto cochambroso de la ciudad. Roma se cae a pedazos y nadie hace nada por remediarlo. Basura, grafitis, estatuas rotas, obras sin terminar, agujeros en las aceras, árboles caídos.

Vamos a mi casa, a nuestra casa, a la casa de la infancia. Todos siguen viviendo allí, menos mi hermana y yo. Es un palacete rojo, de principios del siglo xx , rodeado por un jardín. Un lugar fabuloso que ha sobrevivido a la destrucción de la belleza. Nos esperan mi primo Leone y su mujer, y también Cesare y Brigitte, vecinos que son familia. Han preparado espaguetis con almejas, han comprado unas mozzarellas que son una obra maestra. Y también helado. Helado de verdad, helado italiano. Cenamos juntos. Reímos, brindamos.

Solo falta Carlotta. Su apartamento tiene las contraventanas cerradas. Y huele a alcanfor.

VIENE HACIA MÍ

Leone y yo entramos en el hospital donde está ingresada mi tía. El mismo en el que vi morir a mi madre y a mi abuela. Las visitas no están permitidas a causa del virus, pero en Roma nadie respeta las reglas, así es que dejan salir a los pacientes, aunque solo hasta la entrada. Leone sube a recogerla.

Espero. Tardan muchísimo.

Los veo aparecer. Ella camina despacio, del brazo de su hijo. Está muy cambiada, ya no es la mujer poderosa que saludé en el aeropuerto cinco meses atrás. Ahora es una viejecita de cristal, con la piel pegada al hueso, los ojos acuosos y la mirada perdida.

Viene hacia mí, pero no me reconoce. Tampoco me oye cuando le digo que soy yo, que he llegado, que he venido en coche, que he tardado dos días, pero que lo he conseguido, que ya estoy aquí.

Me bajo la mascarilla y entonces sí, entonces abre los brazos temblorosos, como una niña, y la estrecho.

Y lloro sin llorar. Otra vez. Y nos sentamos en las escaleras porque han cerrado la sala de visitas. Y se cansa. Y poco después la acompaño de vuelta a su cuarto. La ayudo a tumbarse en la cama. Le digo que tiene que comer. Me dice que ya comerá cuando vuelva a casa. Ya, pero es que si no comes ahora, no volverás a casa, pienso. Pero no se lo digo, porque ya no digo nada, porque ya no sé qué decir. De pronto, me vuelve a mirar como si fuera la primera vez que me ve.

—Pero ¿cuándo has llegado? ¿Cómo lo has conseguido? —me pregunta sorprendida.

Me acerco a su oído y le cuento en tres frases mi viaje ilegal. Escucho el ruido de su sonrisa.

—Gracias —me dice buscando mi mano.

—Por eso tienes que comer —insisto—. ¿Qué te apetece? ¿Quieres que te traiga algo de casa? ¿Te preparo un caldo?

—Está prohibido traer cosas —contesta muy seria.

Y se queda adormilada.

De pronto, vuelve a abrir los ojos, ladea la cabeza, me mira.

—Aunque, después de tu viaje, ¿quién te prohíbe nada?

POR EL MONTE LAS SARDINAS, TRALARÁ

Soy una mentirosa. No lo puedo evitar. Siempre cuento un montón de mentiras. Y desde que se desató este pandemónium y comencé a escribir en este cuaderno privado que se ha convertido en público todavía más.

Mis familiares y amigos lo leen curiosos, y luego me acribillan a mensajes porque no se acaban de creer nada.

—¡Lo único cierto es lo que escribo aquí! ¡Aunque parezca mentira! —les prometo.

Pero no hay manera. No me creen. No se dan cuenta de que me apetece muy poco hablar y mucho escribir. Así es que, cuando me piden explicaciones, me las invento. Porque la verdad ya la he contado por escrito. O casi. Y detesto repetirme.

García Márquez dijo que tenemos tres vidas: la vida pública, la vida privada y la vida secreta. Mi padre añade una cuarta, la misteriosa. Pues bien, lo que sale de mi pluma pertenece al misterio de mí misma. Cada tecla, cada letra es una pincelada que dibuja mi ser. Y me sorprende, porque a veces me reconozco. Y otras no. Y me inquieta, porque olvido lo que es real. Y lo que no. Juego a la ceremonia de la confusión y acabo por creermelo que escribo. Y también lo que digo. Y al final me lío hasta yo.

Así es que ahora voy a confesarlo todo de una vez. Con una mano en el corazón y la otra sobre el *Quijote*.

Mentiras gordas de los últimos meses:

- He escrito que estaba confinada. Y sin embargo, he roto el encierro en cuanto he podido.
- He asegurado que el hombre que siempre me gustó era una fantasía. Y sin embargo, existe.

- No he comunicado mi marcha a Italia en el trabajo. Y sin embargo, me he ido.
- He firmado una serie de certificados con reglas obligatorias y absurdas en diversas ocasiones. Y sin embargo, no las he acatado.
- He dicho que viajaría en barco porque resultaba más literario. Y sin embargo, he alquilado un coche.
- Me han prohibido pasar la frontera. Y sin embargo, la he cruzado.
- He afirmado que soy la hija de mi tía para tener acceso a un hospital con las visitas restringidas. Y sin embargo, soy su sobrina.
- He jurado que no me volvería a enamorar. Y sin embargo...

Y así con todo.

He aplicado la política de los hechos consumados, sin pedir permiso. Lo reconozco. Para sobrevivir a esta locura como he podido, pero sin dañar a nadie. Y no tengo ninguna intención de pedir perdón porque, además de mentirosa, soy una rebelde.

Esta es la crónica de una desobediente.

PÍO, PÍO

Pondré punto final a estas páginas en cuanto regrese a España. Si es que consigo regresar, claro. Ya está bien de perder el tiempo. Debo volver a la novela que había empezado tímidamente antes de que se desatara el virus. Me lo ha dicho también mi editora. Que abandone este híbrido, que es un *siesnoes*, una obra menor en todo caso, puro veneno para las ventas, como los libros de cuentos, que los libreros los odian, que me olvide y que me dedique a lo que de verdad importa.

Pero yo ya no sé lo que de verdad importa.

De hecho, me importa todo una mierda.

Bueno, todo todo tampoco. Me importa que mi tía se tome el caldo que le he preparado esta mañana. Y poco más. ¡Hay que ver cómo se achican los deseos cuando vienen mal dadas!

Anoche Sandra y yo fuimos a cenar a casa de nuestra amiga Matilde. Hacía un calor sofocante. Pasamos la velada desmadejadas en el sofá, con la perra Lola a los pies. Ellas fumaban marihuana, yo bebía agua fría. A la vuelta, mi hermana me contó que una vez encontró una corneja escondida detrás de la rueda de un coche. Piaba, estaba herida y era feísima. Sandra se había vestido muy elegante porque es actriz y tenía que ir a un *casting*. Aun así la cogió y se la llevó. Llegó a la productora con una corneja en la mano, el guion bajo el brazo y la chaqueta blanca manchada de sangre.

Debieron de mirarla raro.

No sé si le dieron el papel.

Eso no me lo ha contado.

Porque lo que de verdad importaba era lo otro.

Lo de la corneja.

UN PUÑADO DE CEREZAS

Días de hospital y cocina. Voy y vuelvo cargada con un termo. A la hora de comer y a la hora de cenar. Desde que he metido dinero en los bolsillos de las batas del personal sanitario ya nadie me impide el paso. Trabajo que les quito. Mi tía rechaza las bandejas que le dejan en la mesita con ruedas. Dice que aquello es incomible. El resto de los pacientes hacen lo mismo. Toneladas de comida envuelta en plástico que se tira a la basura diariamente.

Carlotta lleva diez días ingresada. Diez días sin diagnóstico porque no hay una ambulancia libre que la pueda trasladar a otro pabellón donde le hagan una resonancia magnética. Diez días sin dormir porque una de sus compañeras de habitación aúlla de dolor y llama a un marido que no está. Diez días agotada de calor porque la habitación no está climatizada y el sol entra por la ventana abierta de par en par, que restalla de luz, de chicharras y gaviotas. Diez días sin un tratamiento, diez días que son tres meses, a la espera de que le digan cuánto tiempo le queda de vida.

Ya conozco a todo el mundo. Saludo al celador, al médico de guardia, a las enfermeras, a las enfermas, a los parientes de las enfermas. Sonrío y sonrío. Más de la cuenta. Sonreír es lo único que se puede hacer al entrar en el área de Oncología. Es la mejor medicina.

Me siento al lado de la cama. Le ofrezco las albóndigas que le he preparado. Se come media. La felicito, lo celebramos. Luego le pongo en el regazo un puñado de cerezas. Y comemos una ella y otra yo. Mirándonos a los ojos concentradas. Una para ti y otra para mí. Varias.

Me cuelgo dos cerezas de la oreja.

—Eso lo hacía siempre tu madre —me dice.

Nos reímos. Mi tía y yo. Y mi madre también, allá donde esté. Como tres niñas sentadas en un prado. Como si no mediara entre nosotras ninguna

distancia, ninguna diferencia. No tenemos edad. No estamos ni vivas ni muertas. Pero estamos juntas.

Somos el espejo de la misma mujer.

VOLVEMOS A SER TRES

Sabía que iba a llegar ese momento. Un médico te aborda en el pasillo de paredes verdes y flechas en el suelo, te invita a pasar a su despacho y te dice lo que ya imaginas pero no quieres oír.

Son esos momentos en los que hay siempre una luz cegadora, y la silla está demasiado dura, y los objetos sobre el escritorio parecen una ciudad en ruinas, y las palabras silban como balas, y un aire empolvado, desértico, entra por la ventana y reseca cualquier esperanza.

Tres meses de vida. No es ni poco ni mucho. No es nada.

Salgo a la calle. Me espera Leone, con sus pelos alocados, que antes eran rubios y ahora son ceniza, su porte de bailarín, sus ojos de niño asustados. Y le digo todo lo que no se le puede decir a un hijo. Tenemos que tomar una decisión, si traer de vuelta a casa a su madre o internarla en una clínica de cuidados paliativos donde no nos van a permitir visitarla por la pandemia.

Regresamos en silencio, caliente algo de comida. Y de pronto, le oigo reír en el salón. En realidad, confundo su llanto con la risa. Cuando era pequeña me pasaba lo mismo. Leone nunca aprendió a llorar. Me siento a su lado. Al rato llega Sandra. Y pasamos toda la tarde y la noche juntos. Volvemos a ser tres. Los tres chavales que jugaban en esta misma casa cuando los que ya no están y los que se van eran como nosotros, pero a nosotros nos parecían viejos. Y entonces Leone mira a Sandra y le dice algo incomprensible.

—¿Eh? —pregunta ella.

Leone le hace una pedorreta larga, infinita, liberadora. Se la ha colado. Una vez más. Nos morimos de la risa. Tirados en el diván, despeinados. Un revoltijo de brazos y piernas, de zapatillas y sandalias, de caramelos y colillas. Un barullo de amor.

Y pienso que todo vuelve.

Que nada ha sido en vano.

ROMA, CIUDAD ABIERTA

Ya no sé qué hacer. No duermo, no como, no trabajo. Me despierto al alba para ir al departamento de reclamaciones del hospital. Entro en una habitación que parece un trastero. Al fondo hay un hombre sentado frente a un pupitre de colegio de los años setenta. Me mira por encima de sus gafas y a través de una mampara de plástico que le han colocado como protección. Me acomodo en una silla a dos metros de distancia. También la silla es de colegio. Le explico la situación inaudita que estamos viviendo. Me contempla con la pachorra de quien escucha por enésima vez la misma historia.

—Mi tía está abandonada en una cama de hospital. Cada día posponen las pruebas que le tienen que hacer porque dicen que no hay una ambulancia que la lleve de un pabellón a otro. Y así llevamos dos semanas. Está cada día más débil, cada día más ausente. Y nadie nos dice nada. Es realmente increíble que un enfermo grave no consiga siquiera obtener un diagnóstico.

Silencio. Apunta algo en un cartapacio.

—Antes que poner una reclamación, lo mejor sería llamar al servicio de transportes para indicarles la situación. ¿Usted quiere que aceleremos el caso?

—¡Claro! Le estaría muy agradecida.

Pausa. Me mira a la espera.

No entiendo nada, hasta que entiendo. Saco un billete de cincuenta euros de la cartera. Se lo dejo encima del pupitre y vuelvo a mi sitio. Lo desliza dentro del cartapacio, con un movimiento lento, preciso, como si lo hubiera hecho mil veces. Coge el teléfono y llama. Le dice a alguien que ponga un pósito amarillo en la cartilla clínica de mi tía. Cuelga.

—¿Ve como siempre se encuentra una solución?

Salgo a la calle. Guantes y mascarillas pisoteadas en el suelo, paredes desconchadas, un patinete roto abandonado a los pies de un árbol. Me siento como Anna Magnani. Camino por los escombros. Bajo un sol abrasador.

UN HELADO CALIENTE

Entro en el cuarto, pero me impiden el paso. La mujer que llamaba a su marido por las noches se está muriendo. Varios enfermeros extienden un biombo, intentan reanimarla. Acierto a ver la cara aterrada de mi tía. Me quedo apoyada contra la pared del pasillo, a la espera de que todo acabe. Escucho sonidos aterradores. Pitidos, palabras de alarma, lamentos. Parece una escena de una serie de televisión.

Al cabo de un rato consigo entrar. La familia de la finada ya rodea su cama. Lloran, gritan, se abrazan. Mi tía me mira consternada. La paciente de al lado también. Hablo por encima de los alaridos, en el intento de que pasen desapercibidos. Tengo en la mano una copa de helado de pistacho y avellana que le ha comprado Sandra en una de las mejores heladerías de Roma. Se derrite.

—No puedo comer nada —me dice Carlotta.

No le hago caso. Clavo la cucharilla en la crema y se la doy. Mientras, al otro lado del biombo, pasa de todo. Y a mí no me pasa nada, no siento nada. Estoy fría, deshecha, como el helado que gotea en mi mano pegajosa. Y no veo la hora de irme, de huir de allí, de no volver nunca más, de que acabe esta tortura de una vez. Aunque eso signifique el final. Tengo un brote de egoísmo, de supervivencia, de insensibilidad total.

Basta ya.

Salgo del hospital, voy hacia casa andando y me veo reflejada en un escaparate. No me reconozco. He olvidado quitarme el gorro, la bata, los patucos de los pies. Me desvisto, tiro el amasijo en una papelería de la calle.

Vuelvo a ser yo.

Por la noche me llama el hombre que siempre me gustó. Dice que mañana viene a Roma. Es sorprendente. Creo que nunca nadie me ha querido así.

Aunque quizá me equivoque y ya no lo recuerde, porque la vida es muy larga.
Y muy corta a la vez.

UNA MANZANA SOLITARIA

Ha venido. A pesar de que le dije que no lo hiciera. Que no estoy de humor, que no tengo tiempo, ni ganas. Que no quiero que me vea así. Pero le ha dado igual. Y ahora está aquí, dormido a mi lado, mientras escribo y escribo en mi cabeza. Mi mejilla y mi mano en su pecho. Tiene un vello suave, tentador. Escucho el compás de su corazón mientras amanece en mi casa romana. Me levanto despacio para no despertarle. Me pongo el camisón que ha quedado en el suelo, después de una noche de amor. Salgo al jardín descalza. Silban los pájaros, chillan las gaviotas, cacarean las palomas, maúllan los gatos, ladran los perros, sopla una brisa suave. Y tañen las campanas de la iglesia. Miro hacia la luz violeta que brota del cielo y descubro una manzana roja, solitaria, colgada de un árbol. Levanto el brazo, lo estiro todo lo que puedo, la alcanzo. La arranco, porque es mía. La huelo, la muerdo. Un jugo blanco, delicioso, refresca mi boca, cae por mi cuello, endulza mi cuerpo. Y lo envenena.

Un nuevo día comienza en este paraíso.

Un nuevo día comienza en este infierno.

EL PEQUEÑO CUENCO CHINO

Cae la arena fina en el reloj. Sin ruido, rápida. Pero Leone, Sandra y yo corremos más veloces que el tiempo. Lo desafiamos. Nuestras armas son un teléfono y un coche. Estamos decididos a sacar a Carlotta de este hospital de república bananera, a traerla de vuelta a casa, a acompañarla en el trance más importante de su vida: la muerte.

Una asociación de voluntarios acude en nuestra ayuda. Nos ofrece asistencia domiciliaria y despeja el camino con sus consejos prácticos. Alquilamos una cama sanitaria y todos los aparejos necesarios para los cuidados paliativos, encontramos una mujer con experiencia que nos ayude en casa. Compramos sábanas, toallas, pañales, guantes, jeringuillas, medicinas, bombonas de oxígeno. Llenamos la nevera de víveres.

El salón se convierte en nuestro cuartel general. Desplegamos en la mesa los mapas de este laberinto: recetas, posologías, números de los médicos de urgencia. Organizamos los medicamentos según los horarios. Y según la gravedad. Las ampollas de morfina, que servirán solo más adelante, las ponemos en un pequeño cuenco chino con un cartelito porque tememos que, cuando llegue la crisis, se nos nuble la vista y el entendimiento.

Nos preparamos para ganar la batalla definitiva.

Somos unos soldados valientes, aunque estemos aterrados.

Iniciamos un nuevo confinamiento, pero en este no haremos tartas de chocolate, ni veremos series, ni trabajaremos *online*, ni chatearemos con los amigos ni dormiremos más de la cuenta. En este avanzaremos despacio hacia un desenlace fatal.

La única duda es la de no estar a la altura del envite.

EL LOBO FERROZ

Acompaño a mi tía durante su última noche en el hospital. Es de pesadilla. Un calor espantoso, mosquitos, pitidos de máquinas a cada minuto y lamentos que reptan por el pasillo hasta la habitación de luz azulada, fantasmal.

Carlotta está muy inquieta, no encuentra una postura que la alivie. Busca mi mano a ciegas, me la estrecha, noto sus huesitos deformados, de pájaro. Vuelvo a pensar en la corneja herida de mi hermana, agazapada detrás de una rueda, a la espera de que alguien la devuelva a su nido, a su casa.

Le hago masajes, le doy agua y trocitos de caramelos de menta, le beso la frente, el pelo, las muñecas. Hablamos, callamos. Y nos miramos. Mucho. Todo el rato. Sus ojos plantean una pregunta a la que no sé contestar. Porque la respuesta no la sabe nadie. Pertenece al misterio con el que nacemos y morimos.

—Ha venido el Lobo Feroz —me susurra asustada, en las tinieblas.

Y es verdad. No es la alucinación de una anciana moribunda. Ha entrado y está a nuestro lado. Husmea a mi tía, la elige. Percibo el hedor de su aliento y descubro sus pupilas de fuego. Da miedo. Siento ese mismo pavor de la infancia que me obligaba a correr y correr sin mirar atrás, a elegir el vacío de un precipicio antes que permitir que la bestia me agarrara con sus zarpas inmundas. Y reconozco en mí una sensación olvidada. He tardado años en apartarla de mi lado y ahora regresa, como un puñetazo que me devuelve al pasado.

Me veo sentada a la vera de mi madre dormida. Tengo nueve años. Y un único pensamiento: «Yo te salvaré». Le acaricio la cabeza calva. «Yo te salvaré.» Le subo el embozo. «Yo te salvaré.» La beso. «Yo te salvaré.» Le lloro. «Yo te salvaré.» Le rezo. «Yo te salvaré.»

Me creía una niña con poderes sobrenaturales.

Pero no la salvé. No supe, no pude.

Y durante siglos creí que había muerto por mi culpa.

Ahora sé que no hay culpas, solo finales. Por eso le propino un puntapié al Lobo Feroz, que se retira con el rabo entre las piernas sin devorar el corazón de mi tía. Volveremos a vernos, eso seguro. Aunque más tarde, querido, más tarde. Todavía nos quedan algunas cosas importantes por hacer.

Por la mañana llega Leone, recogemos sus cosas, firmamos los papeles para la baja hospitalaria. Nos marchamos sin saludar, indignados por el tratamiento inhumano que ha recibido mi tía en el hospital. Me subo con ella a una ambulancia. Miro las calles pasar en nuestro último paseo juntas. En su último paseo.

Sandra nos espera en casa. Acomodamos a mi tía en su cuarto, lleno de fotos, libros y abalorios. Rodeamos la cama en la que morirá, conteniendo las lágrimas. Ella nos mira agradecida y frunce la nariz igual que un conejo. Es su nueva manera de sonreír.

Y entonces nos abrazamos como los tres chavales de antaño, cuando ganábamos todas las guerras. Perderlas nunca entró en nuestros planes. Porque éramos mágicos.

Porque somos mágicos.

Y la hemos salvado.

QUE, QUE, QUE...

No he podido volver a escribir ni una línea. Han pasado dos semanas agónicas, en las que Carlotta se ha deslizado cada vez más rápido hacia su final. Dos semanas en las que hemos establecido turnos y tareas para acompañarla en este trance. Mi tía ya no come, ya no habla, ya no duerme.

Tan solo espera.

Lo peor son las noches. Es cuando la angustia la ataca con fuerza. Para poder descansar algo, hemos tirado un colchón en el suelo de su cuarto. Una noche en blanco Leone, otra yo. Aunque a menudo acabamos despertándonos el uno al otro porque es imposible atenderla solos. Nos falta fuerza, coraje.

—¿Leone? Ven, te necesito.

—¿Ayanta? No puedo, ven.

Corro por el pasillo en camisón. Se ahoga. La incorporamos entre los dos. Tenemos miedo de hacerle daño. Bebe agua con una pajita, come una cucharada de gelatina de fruta. Saca la lengua para tomar unas gotas de ansiolítico. Vuelve a sonreír como un conejo. Pide que le baje la cama. Que le cambie el pañal. Que le suba la cama. Que le apague la luz. Que le volteee la almohada. Que le prenda la luz. Que le diga la hora. Que le rasque la espalda. Que le dé la mano. Que le aparte el pelo. Que le quite la sábana. Que le acaricie la frente. Que le baje la cama, que le cambie el pañal..., que, que, que.

Nos lo dice todo sin palabras, hemos aprendido a descifrar sus gestos. Una coreografía precisa, elegante, bellísima, que interpreta con precisión, como si volviera a estar subida a un escenario y fuera afinando, en cada función, el papel de una mujer que agoniza.

Pero esta noche no es una noche más. Es la noche, lo presiento. Por eso busco refuerzos. Mi hermana se queda con nosotros. Fumamos sentadas en la escalera del jardín, incapaces de dormir, mientras Leone atiende a su madre.

Le doy el relevo. Luego va Sandra. Hasta que, a las dos de la mañana, Carlotta recupera el habla de pronto. Empieza a chillar. Las luces del edificio de enfrente se encienden. Imagino a los vecinos asomados a las ventanas, en camiseta, con un pitillo fluorescente entre los dedos, encantados de asistir a una riña conyugal. La enésima en el barrio. Frívola, televisiva. Divertida.

Lo que no saben es que se está muriendo la señora elegante, la del jardín con el limonero, la que era actriz, la que de joven trabajó con Totò, y De Sica, y...

No sabemos cómo tranquilizarla, cómo callarla.

Me cuesta escribir lo que dice porque es insoportable.

Grita que la matemos con una piedra en la cabeza.

Se araña la cara, el pecho. Lloro. Pide clemencia.

Llamamos a Urgencias, nadie nos atiende. Llamamos al médico de los voluntarios. Me da instrucciones por teléfono para que le pinche morfina.

Sandra se queda con ella. Leone y yo vamos a la cocina.

—Es lo que hay que hacer, ¿verdad? —me pregunta consternado.

—Sí —le contesto.

No entiendo nada. Agarro la ampolla del cuenco chino, aspiro el líquido con la jeringuilla. Me tiemblan las manos, me tiembla el cuerpo, me tiembla el corazón, me tiembla la vida. La pincho en la tripa. Me doy cuenta de que me he equivocado de dosis. La redoblo. Vuelvo a pincharla. Rodeamos la cama. Le sonreímos con amor. Comienza a calmarse. Solo mira a su hijo. Sube el brazo, Leone posa la palma de su mano en la suya. Y vuelan, danzan juntos en el mismo escenario. Cierra los ojos. Duerme.

Cae el telón. Al fin.

UN PRESENTIMIENTO

A primera hora de la mañana llega el médico. Le pone un goteo de morfina. Nos explica que no debemos estimularla de ninguna manera. No podemos hablarle ni tocarla. Tan solo cambiarla de posición tirando de la sábana, cada dos horas. Lo hacemos en silencio. A través de la puerta entornada se escuchan sus estertores, que son como el gruñido del Lobo Feroz. Es espantoso.

Ahora los que esperamos somos nosotros.

Por la tarde llega mi hijo Mario desde el pico de su montaña. Sandra y yo vamos a recogerle a la estación. Se arrodilla frente a la cama de Carlotta. Se despide de ella sin una palabra. Me impresiona permitir que asista a algo tan espantoso. Me gustaría protegerle del horror, pero no puedo. No debo.

Comemos un plato de pasta en casa de Cesare y Brigitte. A media cena Leone se levanta de la mesa de golpe, va a ver a su madre. Solo él, que es su hijo, ha tenido un presentimiento. Ha reconocido el instante, ha sentido el corte limpio del cordón que le unía a su madre. Ninguno de nosotros nos damos cuenta. Vuelve.

—¿Puedes venir un segundo? —me dice muy tranquilo.

Entramos en su cuarto. Ha muerto. Leone me abraza. Lloro, aunque parece que se ríe.

—No me abandones —me suplica.

Nos quedamos en la habitación, de pie, sin saber qué hacer.

No hacemos nada.

BAJO LA VENTANA DE SU CUARTO

Como los funerales están prohibidos, lo organizamos en casa. Mario y yo vamos al mercado, al puesto de flores, y compramos medio quiosco.

—¿Es para una fiesta? —me pregunta una matrona romana.

—No, es para un funeral —le contesto con una serenidad que no tengo.

Se queda desconcertada, pero no pierde la alegría.

—Un funeral *hippy*... ¡Qué bonito! —dice sin cortarse.

Nunca pensé que los ramos pesaran tanto. Lleno de flores la cama de Carlotta. Le pongo también un poco de colorete en las mejillas, de cacao en los labios, le avío el cabello. Está guapa. Es la muerta más guapa que he visto nunca.

Doy un paso atrás y observo mi obra.

Me viene a la cabeza cuando montaba el belén de pequeña.

Más que un funeral *hippy* parece un funeral mexicano.

Por la tarde vienen familiares y amigos. Sobre todo amigos. Nos reunimos en el jardín, bajo la ventana abierta del cuarto de Carlotta. De un modo espontáneo acaban contando anécdotas sobre ella. Van tomando la palabra. Uno a uno. Son casi todos muy mayores, están vencidos por el peso de los años. Y así, poco a poco, se vuelve a tejer su historia, su vida entera, en el recuerdo. Mario escucha aquellos relatos en los que su tía abuela no era una viejecita achacosa, sino una mujer de armas tomar.

—Solo hoy he acabado de conocerla del todo —me dice sorprendido.

Reímos, lloramos, comemos, brindamos. Y se van.

Sabemos que no volveremos a vernos.

UNAS GAFAS DE SOL, Y UNA CAMISA ROJA DE SEDA, Y UN SOMBRERO DE VUELO ANCHO

Al alba Mario ha cogido un taxi hacia la estación. Más tarde han venido los de la funeraria para llevársela. Las flores eran tantas que no cabían en el ataúd.

A mediodía Leone y yo hemos ido a recoger a mi hija Caterina al aeropuerto. No ha podido llegar antes. Está vestida de negro. Me entenece que sea la más tradicional de todos, a pesar de ser la más joven. Dejamos la maleta y nos vamos a pasear por el centro de Roma. Una Roma desierta por la pandemia. Una Roma igual a la de mi infancia. Plazas y fuentes, escalinatas y columnas, estatuas y mármoles. Piedras y más piedras, que me hablan con voces antiguas, cristalinas. Siento que he llegado a un final que es un comienzo. Al lado de mi hija, que siempre es otro comienzo.

Cenamos de nuevo con los vecinos. Cuando cruzamos el descansillo y entramos en casa, nos damos cuenta de que, al irnos, olvidamos apagar la luz. Qué raro. Y de que las puertas de la cómoda están abiertas de par en par. Muy raro. Y de que una corriente insólita remueve las cortinas del salón. Rarísimo. Todos pensamos lo mismo, pero nadie lo confiesa.

¿Es el fantasma de Carlotta, que merodea?

Un escalofrío nos estremece. Disimulamos. Avanzo por el pasillo y piso un pendiente de perlas desaparejado. Leone avisa desde la cocina que la ventana también está abierta. Caterina entra en el cuarto de Carlotta y grita. Es un grito de terror. Corremos.

La habitación está patas arriba. Los cajones despanzurrados, la ropa en el suelo junto a los libros, las fotos enmarcadas, la lámpara, el despertador. No hay nada que haya quedado en su sitio. Tampoco el joyero. Han abierto las cajitas con un puñado de recuerdos de plata y oro. Busco desesperada una gargantilla que ella siempre llevaba, con un colgante, una pequeña herradura

de aguamarina, que le regalé un verano. Quería ponérmela. Quería sentirla en mi piel. Era lo único que quería. Pero la han robado.

Caterina se sienta en la cama. Cubre su rostro con las manos. Solloza.

—¿Quién ha sido, mamá?

—Unos ladrones.

—Necesitaba algo suyo. Pero ahora ya no.

—¿Por qué no?

—Está sucio.

—Lo limpiamos, ya verás.

—¿Cómo?

Se marchan todos. Nos quedamos mi hija y yo. Recojo lo que anda desperdigado por el piso y lo acumulo sobre el colchón. Enciendo una vela. Cerramos los ojos, nos cogemos de la mano. Y respiramos. Y rezamos. En silencio. Sentadas en una cama que parece el tenderete del mercadillo.

Luego Caterina elige unas gafas de sol. Se las pone. Y una camisa roja de seda. Se la pone. Un sombrero de vuelo ancho. Se lo pone. Tiene las mejillas manchadas de rímel y los labios hinchados de llanto. Pero vuelve a ser la niña actriz que jugaba a disfrazarse y que me daba tantos besos que no me dejaba respirar. Caemos abrazadas sobre el caos de aquella cama. Sobre el caos de estos meses, de esta familia, de esta vida. De este mundo.

Y sobre el orden perfecto, inmutable, de nuestro amor.

EPÍLOGO

UNA FECHA CUALQUIERA, DE UN AÑO CUALQUIERA, EN UN PLANETA CUALQUIERA

Y al fin consigo volver después de un largo viaje. El jazmín se ha enroscado por los canalones y las celosías, ha cubierto la fachada azul. Mi casa está en flor.

Abro la puerta, Nina y Bowie se desperezan en el sofá, bostezan con sus colmillos afilados y acuden a mi encuentro. Ronronean, se restriegan contra mis piernas, me enseñan la tripa, piden berberechos. No hay mejor recibimiento que el de los gatos. Subo la maleta a mi habitación, abro el tragaluz. Y le veo. Allí sigue E., en su tejado, tomando el sol. No le digo nada. Voy a mi escritorio y saco la pastilla rosa que me regaló al principio del confinamiento, la misma que quiso comerse la gata Nina y que guardé en un cajón hace una eternidad, cuando nada de lo pasado había sucedido. Arrastro una silla, yo también salgo a mi tejado. Sin vértigos, sin miedos.

—¡Que he vuelto! ¡Que ya estoy aquí!

E. se incorpora, me mira atónito y, antes de que profiera palabra, abro la boca y poso la píldora milagrosa en mi lengua.

—¡No, no! ¡Espérame! ¡Hagámoslo juntos!

La tomamos al tiempo. Sin movernos de nuestros lugares. Sin tocarnos. Una grieta en la tierra nos separa. Él a un lado y yo al otro. Pero el cielo es el mismo. Los ojos son los mismos. Y, como soy una mentirosa, le cuento que he vuelto en barco. Y, como es un fantasioso, me dice que vino a recogerme en el muelle.

Así fue. Subí a un enorme buque en Roma, crucé los océanos revueltos y llegué al puerto de Madrid, que era una ciudad de mar. En la orilla me esperaba E. Nos cogimos de la mano y echamos a andar.

Recorrimos la Gran Vía por el centro de la calle. Empezaba a clarear y la avenida todavía estaba desierta. No había coches ni gentes. Tan solo él y yo.

Mirábamos a nuestro alrededor asombrados. El paisaje había cambiado, volvía a ser el de las cafeterías de butacas aterciopeladas, el de los lustrabotas en las esquinas, el de los quioscos de hierro forjado, el de los cines de grandes carteles pintados, el de los sueños de celuloide hechos realidad.

Una media naranja inmensa se eleva poco a poco en la alborada, nos ilumina, despierta a los durmientes que abren las ventanas y se asoman y nos miran. Y empiezan a aplaudir desde las alturas de sus azoteas y balcones, y el aplauso se convierte en música, en algarabía, en verbena. Y los hombres, y las mujeres, y los viejos, y los niños descienden en los ascensores, bajan por las escaleras, se descuelgan por las rejas, nos rodean. Caminan con nosotros. Enfermeros, médicos, cajeros, periodistas, barrenderos. Entre la multitud distingo a la ancianita Evidia, a Gris Marengo, a ministros y a presidentes. Mis hijos, Mario y Caterina, me cogen del brazo, al igual que los amigos, y Sandra y Leone, y mi tía, cuyo cuerpo es translúcido, y mi padre, que avanza decidido hacia el horizonte. También nos acompañan los pavos, los jabalíes, los mirlos, las golondrinas. Y los gatos, Nina y Bowie. Los árboles se inclinan, florecen las flores, nacen los frutos. Y el hombre que siempre me gustó se abre paso, ocupa su lugar a mi vera, me besa. Le beso. Musito su nombre.

Somos un mundo que se ha puesto del revés.

Un universo en el que sube el sol mientras caen las estrellas. Y se enciende la luna.